

Tray Mocha

REVISTA

SEMANAL



"GUINDAS"

N.º 804



—Yo no comería de esa sopa porque no me gustarían los nidos.



—A mí me agradan los nidos de canarios porque cantan lindo.



—Yo no quiero nidos de gato porque no dejan dormir.



—Pues a mí me encantan los nidos de conejos porque para Pascua salen conejitos de chocolate.



—¿Y qué me contas de los nidos de abeja, que tienen miel y sirven para los aparatos de la radio?



—Los nidos de gallina son mis favoritos porque tienen pollos.



—A mí me gusta "El nido de cóndores" porque vuelan tanto como Lindberg y, además, se puede recitar.



—Pues yo prefiero a todos los nidos, los nidos de vaca, porque dan leche y manteca y dulce de leche.



—Ni yo.

—Yo no he visto nunca un nido de vaca.

—Las vacas no tienen nido.



—¿Qué manga de atrasados son ustedes! ¿No vieron nunca un nido de vacas? Son grandotes y los huevos son de metal... Siganme y verán uno.



—¡Ahí lo tienen!

FABRICA DE MANTECA

FRAY MOCHO

Fundado el 3 de Mayo de 1912.

Redaccion y Administración. BOLIVAR 879

Año XVI

Buenos Aires, septiembre 20 de 1927

N.º 804

Actualidades, por Rojas



—Un obispo español ha declarado perjuro a Alfonso XIII por haber violado la Constitución.
—¡Ay! ¡Quién fuera Constitución!

Uno debía de ser como los árboles en la Primavera, que del tronco desnudo empiezan a salir hojas hasta que queda ampliamente vestido de un verde que da envidia. ¿No sería una maravilla, que al llegar esta fecha le empezaran a salir a las personas, que como yo, están desnudas, pantalones, chalecos, botines, y, en fin, hasta vestirlos completamente?



—Hasta en la edificación se nota la corrupción de Buenos Aires. El nuevo edificio de Max Glücksmann es un ejemplo. ¿No ha visto usted los focos que iluminan su fachada?
—Sí, señor.
—No me negará usted que son invertidos!

—En Colonia fué tan grande la sequía, que los habitantes de la histórica ciudad estuvieron varios días bebiendo soda.
—Pues es la primera vez que esa gente no bebe agua de Colonia.

—Señor: ha entrado la Primavera...
—Dígale que pase...

El hambre y el amor gobiernan el mundo.

SCHILLER.

Yo no sé, si podré cumplir mi propósito describiendo con método y orden, de cómo me vi envuelto, a pesar mío, en aquella dolorosa aventura, que durante largo tiempo, me produjo serios trastornos y no pocos disgustos. La prensa de todo nuestro país se ocupó del misterioso crimen, pero nunca se supo quién fué el autor.

Dirigía la construcción de un puente carretero para comunicar la población de Chicoana, con la ciudad de Salta y en pocas semanas me vinculé con todas las principales familias de aquella pintoresca población. Mis amigos predilectos eran: Aurelio Frías, Dardo Villalba y Ernesto Mendoza; jóvenes todos distinguidos, que acostumbraban pasar allí el verano en sus respectivas fincas. Aurelio Frías era el más simpático, por su carácter jovial, su espontaneidad en los afectos y por esa despreocupación propia al "que dirán" en todos sus actos. Era buen mozo, un verdadero Apolo, y por añadidura, pertenecía a una de las familias más ricas de la provincia. Sus amigos, le apodaban cariñosamente "As de corazones", por ser irresistible en las lides amorosas. En efecto, muchas eran las niñas, tanto de la encumbrada sociedad como del bajo pueblo, que se lo disputaban con calor. Desde temprano, todas las tardes, se instalaban en la puerta de su casa, poniendo los ojos en blanco, al verle pasar, montado en su brioso moro y vestido con la indumentaria propia de los campesinos salteños, pero de una distinción única. El distribuía sonrisas e inclinaciones de cabeza, miradas lánguidas, a veces picarescas, según la "persona" a quien se dirigía, y así cada cual, se retiraba satisfecha, creyendo haberlo conquistado y haciendo castillos en los aires para el futuro.

Dardo Villalba, era un jovencito delicado, de baja estatura, tez pálida, carácter apático, con todas las características del hombre cansado y melancólico, leyéndose en su rostro claramente, los desastrosos efectos de la cruel enfermedad que azotaba aquellas regiones con el nombre de "chucho" o paludismo. Se hacía querer, por su carácter suave, su excesiva modestia y vasta ilustración.

Ernesto Mendoza, en cambio, era el anverso de la medalla: grandote, corpulento, de una fuerza hercúlea y un coraje de león. Feo de cara, la viruela había hecho estragos en aquel rostro enérgico, de ojos brillantes, labios carnosos, húmedos y sensuales, y un mentón que denotaba fuerza de voluntad. Cuando miraba con fiijeza, no había quien le hiciese bajar la vista; parecía echar chispas de sus expresivos y hermosos ojos fosforescentes. Muchas anécdotas se contaban, apareciendo siempre de relieve su coraje y osada valentía. Le llamaban "el fiero", pero era de una fealdad hermosa, agradable. Probablemente tendría de 34 a 36 años. Mayor que todos nosotros, a juzgar por sus cabellos, que comenzaban a mostrar sus hilos de plata, entrelazados con los hermosos bucles negros que ondeaban en su sien. Parco de palabras, mesurado en sus apreciaciones, escuchaba atento la conversación de los demás, sin interrumpir, y sólo al final, cuando todos callaban, se aventuraba a exponer su juicio, siempre exacto e irrefutable.

AS DE CORAZONES

Por Pedro Heredia

Me encariñé de verdad con mis tres amigos. En cada uno encontraba cualidades admirables, pasando por alto sus pequeños defectillos.

Aurelio se jactaba demasiado de sus conquistas amorosas. Dardo era muy pesimista y Ernesto Mendoza tenía la pasión del juego.

Varias veces por semana, nos reuníamos a instancias suyas, y los cuatro hacíamos "una mesita de poker", como él la llamaba.

Aquella noche, como de costumbre, Aurelio vino a buscarme para reunirme en el Club y hacer la consabida "mesita". ¡Nunca lo hubiese hecho!... Pero el destino manda. Tenemos ya trazadas nuestras rutas, que seguimos incons-

está ella... y el amor desafia a todo; no encuentra obstáculos.

Recostado contra la pared, al parecer muy entretenido, parecía discurrir con algún ser invisible. Era un hombre de baja estatura, bien embozado en amplio poncho y con el sombrero calado hasta los ojos.

—¡Los milagros del amor!... — dije. — He aquí un Romeo, que por el amor de su Julieta, desafía las iras del cielo. Mi frase hizo reír al mozo del club, que también oyó mi "chiste", y así creyó oportuno terciar en la conversación.

—Más de una hora que está de plantón, y con ganitas estoy de ofrecerle una silla, pues al parecer, ellita no sale.

SUENA EL ORGANO

¡Organo de la cándida capilla!
Adivino en tu música sus penas,
alma sentimental en que florece
melancólica flor de neurastenia;
ojos que siempre miran a los cielos
hechos para triunfar sobre la tierra...!

¡Organo de la cándida capilla!
Yo conozco, bien como tus teclas,
el místico contacto de sus dedos
blancos y transparentes como cera;
que juntando una vez para la virgen
un ramo de jazmines y azucenas,
por ayudarla yo, toqué su mano
a través de la nieve de la ofrenda,
¡y bajo la blancura de la toca,
su cara se cubrió de rosas frescas!

B. FERNANDEZ MORENO.

cientos, como maniqués movidos por misteriosa mano. Cada uno de nuestros actos es producto del resultado de miles de combinaciones, interviniendo en cada uno, una serie enorme de circunstancias, y basta que en ello cambie de posición un sólo factor, para que obremos en forma completamente distinta de la que habíamos pensado.

Nos dirigíamos al Club; allí estaban Dardo y Ernesto, esperándonos. Yo iba de mala gana, mal humorado; una voz interior, parecía ordenarme volver atrás; sin embargo, los insistentes ruegos de Aurelio, a quien no quería disgustar, puesto que era tan obsequioso y atento conmigo, me indujeron a seguirle.

La noche amenazaba tormenta; en el Sud se vislumbraban repetidos relámpagos, anunciadores de una cercana lluvia, que en Salta, durante el verano, suele caer torrencial.

Con nuestros ponchos al hombro, a modo de capas, salimos a paso lento, alumbrados por una linterna eléctrica. Ya en el Club, comenzaron las primeras gotas gruesas y pesadas, aturdiéndonos el estruendo de un trueno formidable.

—Observen a ese sujeto, — dije a mis compañeros al entrar, — no le teme al agua.

—Seguro que tras de la ventana

searía sentir ese fuego llamado amor, que así como ha impulsado a cometer las obras más grandes que ha creado la humanidad, así también da origen a los hechos más denigrantes. Ni Rafael hubiese sido célebre sin su intenso amor hacia la Fornarina, ni el Dante sin su pasión hacia Beatriz.

—Cada uno, queridos amigos, obra según el estado interno del funcionamiento de su organismo — opinó Dardo. — El melancólico, el romántico, el colérico, el bondadoso, el neurasténico, el optimista, etcétera, son productos exclusivos del funcionamiento misterioso de nuestras vísceras. Una simple mala digestión cambia el carácter de una persona, y por consiguiente, su destino. Una persona de buena salud, es decir, en que todo su organismo funciona al unísono, tiene que ser forzosamente excelente, un optimista si se me permite, hasta un ingenuo.

—No puedes disimular que pronto serás médico, y desde ya, quieres aplicar todo a la medicina, — contestó Aurelio; y Dardo prosiguió:

—Así es, amigos. Según mi modesta opinión, no está lejos el día que terminen las inútiles prédicas de los moralistas, y que sean solos los médicos los encargados de cambiar el carácter de las personas. Puedo citar en mi favor, que a pesar de los enormes tratados de filosofía, a pesar de la inmensidad de libros escritos para regenerar a la humanidad, ésta sigue siempre con los mismos defectos, y los vicios aumentan día tras otro, en lugar de disminuir. Todos sabemos si obramos bien o mal, ninguno lo hace por ignorancia; sin embargo, cometemos acciones que a nuestros mismos ojos son denigrantes. Imposible cambiar el carácter y la manera de ser de cada uno, aun suponiendo que cada cual hiciese esfuerzos por conseguirlo. Pero nadie piensa en eso, y todos somos intolerantes con los defectos de los demás. ¿Prueben ustedes de que sea valiente un tímido? o que un insensato obre con prudencia. ¡Imposible!

Yo creo que Dardo tiene razón. Cada cual es como ha nacido y no puede cambiar; sólo lo conseguiría si se alterara el funcionamiento interno de su complicado sistema glandular. Y ya el vulgo tiene un refrán que según Dardo podríamos calificar de científico "Genio y figura... etc."

—Creo que tienes razón — contestó Aurelio. Pues yo, por ejemplo, quisiera enamorarme y no lo consigo; en cambio sólo experimento piedad hacia las mujeres que trato y que se afanan en ser amadas.

—Por eso haces sufrir a tus víctimas — añadió Ernesto.

—Pero soy generoso con ellas. A Raquel le instalé un almacencito, gracias al cual, se casó luego con uno de mis peones; Pilar, me costó un dineral, tú lo sabes, tuve que mantener a toda su familia; a Pastorita, le conseguí un empleo... y así podría seguir la lista que es interminable, y para terminar diré que no hay chinita que no saque a relucir su flamante vestido dominiguero, comprado de mi bolsillo.

—Un caballero no debe jactarse de ello. — Dijo Ernesto; y como la conversación comenzaba a tomar un giro molesto, traté de desviarla hablando de otras cosas.

La mesa de poker, quedó constituida. Aurelio sentóse frente a Ernesto, quien quedó de espaldas a la

puerta de acceso, y yo, frente al joven Villalba.

El juego se desarrollaba monótono y sin ningún incidente notable. Mis ojos estaban pesados, amenazando cerrarse de sueño por el cansancio del día.

Afuera, hacía sentir la borrasca lluvia con monótono sonido, invitando a dormir.

La suerte favorecía a Ernesto, que ganaba escandalosamente, mientras Aurelio, sentado a mi derecha, perdía sumas considerables.

—Ya se ve que eres afortunado en el amor, As de Corazones — dijo Dardo, a quien tocó el turno para distribuir los naipes. Dió cinco a cada uno; primero fué Mendoza, luego yo, enseguida Aurelio, y el último sirvióse Dardo. Mendoza pidió cartas, mientras Aurelio radiante de alegría, sólo pedía una. Levándose a la boca el naipe que quería descartar, mordiéndolo con voluptuosidad y haciendo chistes con respecto a la carta a cambiar. Al entregar Dardo las dos barajas a Mendoza, una de ellas, cayó al suelo. Mendoza se inclinó para recogerla... y fué en ese preciso instante, que la detonación seca, sibilante de un tiro, nos dejó helados de terror...

Cuando Mendoza sobresaltado, se incorporó en su asiento, nuestro desdichado amigo Aurelio, yacía tendido en la silla, herido mortalmente por el homicida proyectil.

Aurelio había muerto instantáneamente. Parecía una estatua. Un hilillo rojo como rubí, teñía su blanca camisa sobre el corazón. Quedó con sus ojos inmóviles y la actitud de un momificado; con la cabeza echada hacia un costado y los miembros rígidos, conservaba entre sus afilados dedos, el naipe que aun parecía observar: el as de corazones.

La caída del naipe, la excesiva demora de Mendoza en levantarlo, y el estallido del tiro, parecían tan bien dispuestos, que hacía suponer, un hecho premeditado.

Todo fué tan rápido como la vista de una escena cinematográfica, que tan pronto se aparta la mirada de la pantalla, en breves segundos todo ha cambiado.

Los tres quedamos perplejos, mudos de terror, ante tan inesperado desenlace. Luego, como movidos por un resorte, saltamos de nuestros asientos, Mendoza salió primero y el último fué Dardo.

La lluvia había cesado, pero la noche era oscurísima. Corrimos en varias direcciones sin rumbo. Después de un corto trecho, me pareció distinguir que alguien escapaba. Hubiese jurado que era el mismo, que poco antes había llamado mi atención al entrar en el club, y así lo atestigüé más tarde. Redoblé la marcha, quise alcanzarlo, me aventajaba tal vez, sólo cincuenta metros; hice un esfuerzo supremo, creí por un momento apresarle, cuando una vieja vendedora de empanadas, que seguramente se dirigía hacia mi campamento para estar allí al alba, interrumpió el paso del criminal.

—“Lo has matao, asesino!” — dijo mientras levantaba su débil linterna para iluminarle el rostro, pero el prófugo propinóle un fuerte golpe con la culata de su escopeta, derrumbando a la infeliz en medio del lodo y las piedras del camino... Y cuando yo llegaba al lugar, cuando creí tener al asesino en mis manos, desapareció confundido en las tinieblas, como un ser fantástico e infernal.

Al otro día, todo el pueblo de Chicoana repetía, agregando miles de extrañas conjeturas, que “el señor Aurelio Frías, había sido muerto en el club, de un balazo en el pecho, mientras mordía con frenesí un naipe; el as de corazones.

II

Durante tres días, estuvimos presos e incomunicados en nuestros domicilios, sufriendo el martirio del interrogatorio de la policía; y como ninguna prueba condenatoria cayera en contra nuestra, fuimos puestos provisionalmente en libertad, mientras se instruyera el sumario definitivo.

Mil veces repetí la misma cantilena: “Jugábamos, se cayó una carta, Mendoza se inclinó a levantarla...” etc. etc., aquello era fastidioso; el señor Juez, parecía haber olvidado mi declaración, cada vez que me llamaba, a pesar que las páginas del sumario, aumentaban considerablemente.

La anciana vendedora de empanadas, tampoco pudo dar mayores luces con su declaración. Dijo, que era un hombrecillo de baja estatura, bien envuelto en su poncho, de grandes ojos; y que no llegó a descubrir bien su rostro, puesto que

círculos se susurraba, comentando que era bien fácil descubrir al asesino, y si no se hacía era porque no se quería promover un escándalo.

Un buen día, toda la prensa, publicaba con grandes epígrafes, que la policía estaba sobre la pista y que pronto se conocería el nombre del criminal.

Tanto Villalba como yo, nos alegramos sobre manera, de la noticia, mientras Mendoza malhumorado, parecía excéptico. La policía no descansaba subvencionada por la familia de Aurelio que derrochaba a manos llenas el dinero, a fin de descubrir el misterio que envolvía el crimen.

La familia, Frías y Mendoza, si bien aparentaban mucha amistad, eran desde mucho tiempo atrás, enemigos políticos. Pero tanto Aurelio como Ernesto, jefes de bandos contrarios, decían que no había para qué hacer una cuestión privada por asuntos políticos; y efectivamente, después de terminadas las campañas electorales, se reunían y reconciliaban con un fuerte abrazo delante de todos los socios del Club.

Aquello era un ejemplo de hidalguía y caballería digno de imitarse. Sin embargo, alguien creía que era ficticio.

ANECDOTA

Cuando Sarmiento fué a la exposición de Córdoba, lo acompañó el doctor Vélez Sársfield. Estos dos grandes argentinos, siempre discutían entre bromas y risas cuál de los dos era más viejo.

El gobernador de Córdoba, ignorante de todo esto, felicitaba al doctor Vélez por lo conservado que estaba para su edad; la salud del viejo Vélez era en esos tiempos de primer orden.

El sarcástico cordobés aprovechó el momento para dar un puazo al presidente, y con esa tonadita que caracteriza a los hijos de la docta ciudad dijo:

...—Pero mi querido gobernador, yo soy todavía joven. El señor presidente, don Domingo, podría ser mi padre! Y el viejo luchador, que lo oyó a pesar de su sordera, murmuró de manera que le oyeran sus compañeros... —¡Y su madre también!

un fuerte empujón la había derribado en el momento que lo iluminaba, sin embargo juraba, que reconocería por los ojos.

Muchos fueron los detenidos; y creo, que no hubo persona de baja estatura que no fuese sometido al martirio de la policía y al examen de la vieja, quedando preso mientras no comprobaba debidamente donde se encontraba y qué hacía durante la hora del suceso.

La familia de Aurelio, no escatimaba recursos para descubrir al asesino. Se sospechó de algún marido engañado, o de algún hermano que quiso vengar el honor de la familia, pero bien pronto se desechó tal suposición, pues bien conocidas eran las aventuras y amistades del difunto, y se comenzó a rumbar para otro lado.

Era indiscutible que el objeto del crimen era una venganza; que el criminal era una persona de una puntería admirable, y que si Ernesto Mendoza no se hubiese agachado, el criminal no hubiese podido tirar.

Los diarios hacían largos comentarios; llenaban las páginas con fotografías y anécdotas del agrado del público, pero nada se sacaba en limpio. Sin embargo, en todos los

Tres meses antes de la muerte de Aurelio, se había convocado a elecciones para renovar la intendencia del departamento, y sonaban como candidatos: Aurelio Frías y Ernesto Mendoza.

Aurelio tenía un fuerte partido y propalaba por todos los vientos, que derrotaría a Mendoza, y que, era mejor que aquél renunciase a su candidatura, si no quería exponerse a un “papelón”. Los dos bandos trabajaron con mucho entusiasmo, y se susurraba que una noche, Aurelio, después de haber apurado algunas copas de licor, había encendido un cigarrillo con un papel de cien pesos que aproximó a la lámpara que iluminaba la sala.

—Con oro, no hay quien resista! — Había exclamado parodiando la célebre frase de Don Juan, mientras arrojaba con desprecio al suelo, el billete aun ardiendo.

Este hecho, disgustó a muchos, y sobre todo a Mendoza, que lo interpretó como un desafío. Sin embargo, no se hizo la menor alusión y todo quedó en la nada.

A los dos días, junto al nombre de Aurelio Frías que se destacaba en primera fila en la pizarra del club, junto a los nombres de los

concejales que debían integrar la lista, apareció una enorme cruz roja. Nadie supo quien fue el autor, pero se sospecho de Ernesto Mendoza, y esta causa desconcertó mucho a los electores.

El día de la elección, se presumía algún incidente desagradable, sin embargo, todo se desarrolló en la mas perfecta calma, y ante la sorpresa de muchos, resultó electo ineluctable, Dardo Villalba.

Aquella solución inesperada, calmó los ánimos, y la concordia volvió a reinar. Aurelio y Ernesto, como de costumbre, se dieron un fuerte abrazo, desechando así todo rencor.

Todo esto, hacía sospechar ahora, que la muerte de Aurelio era una venganza de Mendoza, sintiéndose como manducario del crimen. Yo me resistía en creer culpable, pero todos estaban en contra suya.

El hecho era claro, decían; Mendoza había esperado el momento oportuno para vengarse de la airada recibida, y había pagado a un sujeto cualquiera para satisfacer su venganza.

El comisario, íntimo amigo mío, me refirió estos hechos.

—En cuanto tengamos preso a Mendoza, no tendrá mas remedio que confesar la verdad y decir el nombre del sujeto que fué su cómplice.

—Pero esas son suposiciones — dije.

—Por algo se tiene lógica, y los hechos son claros. La única dificultad ahora consiste en prender a Mendoza, que de seguro, no querrá entregarse así nomás. Su fuerza es proverbial, y su coraje muy mentado, ¿quién podrá afrontarlo sin temor? Pero puede mas la astucia, y le aseguro a usted, que Ernesto Mendoza bien pronto estará entre rejas.

Yo creí que era mi deber avisar al amigo que se sospechaba de él, pero no me atrevía ni sabía cómo ni en qué forma decirle se cuidara del peligro que le amenazaba, sin herir su susceptibilidad.

—Mendoza, sospechan de ti, — le dije un día por fin.

Mendoza vivía a media cuadra de la comisaría. En una casa estilo colonial. Una mañana que estaba en su balcón, tomando mate, en traje de “pijama” fué saludado cordialmente por el comisario que se paseaba al parecer, distraídamente, por la acera de enfrente.

—Hay grandes novedades don Ernesto...

—¿Sí?... Se ha descubierto algo?

—¡Todo! Si gusta bajar un rato, lo enteraré del secreto.

Mendoza bajó apresurado dirigiéndose a la comisaría, tal como estaba, en pantuflas.

—Siéntese, amigo. Ya verá qué interesante. No se imagine usted la sorpresa que va a experimentar.

Mendoza inocente, se acomodó junto al escritorio, frente al comisario, quien abriendo rápidamente un cajón sacó un revólver y apuntó a Ernesto, que no sabía de su estúpido, mientras cuatro hombres, le colocaban las esposas y los grillos en los pies.

—Por fin te hemos tomado! Ahora no tendrás más remedio que confesar tu cobarde crimen.

—¡Infame! Sólo así podrás ultrajar a un Mendoza!

Y aquel coloso, loco de rabia, ciego de ira, sacudía los brazos im-

tente, tratando de librarse de sus ligaduras. Con todo, costó mucho trabajo reducirla; la ira duplicaba sus fuerzas. Rompió las esposas, tomó una silla, que hizo aficos, atacando a cuantos pretendían acercarse, pero al fin, agotado por el estado nervioso y fatigado, más por la excitación que por la fuerza desplegada, cayó al suelo sin sentido.

Toda la maledicencia cayó sobre Mendoza, que se le juzgaba como al más hipócrita y vulgar de los criminales. Yo quería desear de mi pensamiento su culpabilidad, pero aquélla me perseguía sin tregua, repitiéndose en mi agitado cerebro todos los detalles de la trágica noche.

Después de varios días, me permitieron visitarlo. Estaba desconocido. Sus cabellos se habían tornado casi blancos, el rostro desencajado, los miembros trémulos, sus espaldas encorvadas; daba la impresión de haber envejecido por lo menos veinte años.

—Gracias, me dijo. — Tú eres el único que no me cree culpable.

—Dardo Villalba también asegura tu inocencia, y dice que tengas fe en Dios.

La despedida fué muy triste, demasiado amarga; aquel hombre lloraba como un niño. Por mi parte, salí con el corazón oprimido y con la firme convicción de que Mendoza era inocente.

Nada se le pudo probar, y como por sospechas nadie puede ser condenado, fué absuelto provisionalmente, sin embargo la duda quedaba en pie.

Fuimos llamados nuevamente a declarar. Yo repetí como fonógrafo la eterna historia. Mendoza, por su parte amargado, hizo otro tanto, jurando a cada paso, su inocencia y protestando de la arbitrariedad de la policía. Pero el estupor llegó al colmo, cuando se supo que Dardo había desaparecido; lo mismo que la vieja de las empanadas. Alguien dijo que le habían visto tomar el tren para la Quiaca, en cambio, otros, aseguraban que para Buenos Aires.

Los hechos se complicaban cada vez más.

Ahora se decía que una carta encontrada entre los papeles del difunto, hacía sospechar de Dardo.

La carta comprometedorá decía así:

Amigo Aurelio:

Sé que festejas asiduamente a una niña, a quien, tal vez, hubiera hecho mi esposa; y sé también, que ella te corresponde. Tú sabes de quién se trata; no conseguirás nada, estoy seguro. En cambio, me has hecho sufrir, pero ya estoy curado. Y ahora, juzgando con calma, agradezco tu intervención, que me ha enseñado, una vez más a conocer el corazón femenino.

Tu siempre amigo

DARDO.

La policía veía claramente el asunto. ¿Pero cómo no se le había ocurrido antes?... La elección a intendente, la eliminación de los candidatos con sus artimañas, la envidia en la superioridad física y pecuniaria de Aurelio, la célebre carta, que entre paréntesis nadie conocía su contenido, en fin, todo estaba en su contra. Por otra parte razonando: Si él no hubiese hecho caer el naipe, Mendoza, no hubiese podido dar lugar a que el tirador, que estaba apostado, pudiese hacer fuego. Estaba claro, él había ti-

rado de exprofeso la carta al suelo... ¿Sería acaso inocente?... ¿Y ahora por qué huye? ¿Por qué había desaparecido también la vieja de las empanadas? Era la única que había visto al criminal; tal vez lo habría reconocido, y amenazada por Dardo callara el nombre, sobornada con una fuerte suma, y para no dar lugar a sospechas, ahora la vieja se iba lejos de allí, dejando su miserable medio de ganarse el sustento.

Ahora todos sospechaban que Dardo era el instigador del crimen. Además, su carácter reservado, taciturno o bilioso...

Pobre Mendoza... El era efectivamente inocente; no tuvo más re-



LA ESPOSA No. 631. — Amado mío. Mañana es el primer aniversario de nuestra unión.

REY SALOMON. — Perfectamente. Haremos una fiesta. ¿Cuántas se encuentran en el mismo caso que tú?

medio que agacharse para recoger la carta que adrede Dardo le tiró al suelo...

Se hicieron manifestaciones, fiestas campestres, pergaminos, y qué no se hizo para desaguiar al caballero Mendoza.

Mientras tanto, la familia del difunto declaraba que hasta no agotar su fortuna, no daría término en perseguir al criminal, y un ejército de pesquisas, buscaba con empeño y sin descanso.

III

Pasaron varios meses, sin ocurrir ninguna novedad y ya parecía haberse olvidado el asunto de la muerte de Aurelio.

Una noche, se presentó Mendoza, y con mucho misterio me llevó a un lugar apartado.

Se ha descubierto definitivamente la culpabilidad de Dardo, y su paradero. La policía lo vigila con mucha cautela para apresarlo.

—¿Dónde se encuentra? — pregunté.

—En el lugar llamado la Viña, a una legua de la estación Cuachipas, en esta misma línea, al sud; es la quinta estación después de Ampascaschi.

—¿Y Dardo?

—Se le ha sorprendido en la escuela del lugar, donde concurre todas las noches a horas avanzadas. Allí también se encuentra la vieja de las empanadas sirviendo a la maestra, que es una mujer joven y según dicen muy hermosa. La

Por lo menos hasta que se aclaren las cosas. Yo no puedo ir allí, soy demasiado conocido. Llamaría mucho la atención. Tú eres el indicado. Corre inmediatamente y avisa a Dardo del peligro que le amenaza. Debes hacerlo! ¡Ahora mismo! Tengo dos mulas listas. Llámame a tu baqueano, el conoce bien el camino. En la "Puerta de Díaz", cambiáreis las bestias. Gatopando bien, estaras allí antes del alba. Es la escuela "Lainez". No puedes confundirte. Lo demás, depende de tu perspicacia y de tu buen tino.

Mi corazón latía con violencia. Hacer un bien, me dije, nunca es un mal.

A las nueve de la noche, me puse en marcha, precedido de mi baqueano; a la una estuvimos en Puerta de Díaz y a las cinco de la madrugada llegábamos, jadeantes y rendidos de fatiga, a la escuela de "La Viña".

La nieve blanqueaba el paisaje, iluminado por el titilar de las estrellas en un cielo despejado. Todo era silencio en torno. La escuela estaba situada en un paraje deshabitado, al pie de una montaña. De una ventana semiabierta salía la claridad de una luz. Luego, alguien estaba despierto allí.

Los perros ladraron con insistencia amenazando abalanzarse sobre nosotros. La ventana se entreabrió un poco más. Una cabeza apareció entre las rejas quietando los perros.

Esperamos breves segundos y la vieja de las empanadas nos recibió con sorpresa.

—¡Alabado sea Dios! ¿Usted aquí? ¿A estas horas?

—¿Está Dardo?...

La vieja me miró un poco. —Apeese, — dijo. Y la seguí, mientras mi acompañante se dirigía a la cocina.

—¡Dardo! Exclamé al entrar.

—El cielo te envía.

—¿Sabes a lo que vengo?

—No, pero de todas maneras bien venido seas.

¿Qué quería decir? Cada vez comprendía menos.

—Sálvate, la policía te busca, ya está sobre la pista. Tal vez dentro de una hora será tarde...

Dardo me miró con una sonrisa llena de bondad y melancolía, tan característica en él. La vieja me miraba asombrada.

—Siéntate. Estás fatigado. Tiembles de frío...

—Tu flema me asombra, Dardo! ... Es necesario que huyas, así me lo ha indicado Mendoza.

—Despacio. En la habitación contigua, una enferma de gravedad descansa, y tal vez, dentro de breves instantes, irá a rendir cuenta a Dios de sus actos.

—Comprendo, pero tú, debes salir de aquí cuanto más pronto. Yo la cuidaré tu debes salvarte...

—Ahí... mi pobre amigo. Gracias por tu premura. Pero siéntate y escucha.

Esa calma me ponía nervioso. Dardo no parecía darse ninguna prisa para ponerse en salvo de la justicia, y yo, estaba violentísimo.

—¿Recuerdas la trágica noche? Los hechos nos comprometían a todos. Cada uno, estaba en el deber de aclarar el misterio. Cuando salimos en persecución del criminal, y volvimos después de haber socorrido a esta infeliz anciana,

LA POBREZA

Lejos de ser un mal la pobreza, si se sabe suplir a ella por la energía de la espontaneidad individual, puede llegar a ser un gran bien, porque hace sentir al hombre la necesidad de esa lucha con el mundo, en la cual, a despecho de los que compran el bienestar a precio de su degradación, el justo y el valiente encuentran fuerza, confianza y triunfo.

Yo creo que el mejor medio de hacer bien a los pobres no consiste en hacer cómoda su pobreza, sino en obrar de manera que dejen de ser pobres: no en hacerles caridad, sino en hacer que puedan vivir sin recibirla y de su trabajo.

Benjamin FRANKLIN

descubrí a su lado una peineta. La alcé e inconscientemente la guardé en mi bolsillo. Había olvidado completamente aquel hecho insignificante, cuando un día, que volví a ponerme la misma ropa, descubrí en mi bolsillo el extraño objeto aun cubierto de tierra. ¿Y esto? me dije, y al punto recordé donde la había alzado. Era una peineta, de esas que usan las mujeres como una prenda de adorno, más que para sujetar el cabello. que raro, me dije, que una vieja vendedora de empanadas, sea tan coqueta; Y me dirigí a su casa para entregársela.

—¿Se burla usted de mí? don Dardo, me dijo ésta cuando se enteró de lo que yo le atribuía como propiedad suya. ¿Cómo puede suponer usted, que una pobre mujer como yo, use semejantes prendas?

Aquello, me hizo meditar, y un pensamiento como relámpago iluminó mi cerebro... Me despedí de la anciana pidiendo disculpa y volví a llevarme a mi casa el objeto encontrado.

Desde ese día, con cualquier excusa trataba de conversar breves instantes con la vendedora de empanadas; deseaba hacerle algunas preguntas, pero no hallaba la forma más adecuada para comenzar.

Por fin, una tarde le dije: ¿Y dígame viejita, reconocería usted efectivamente por los ojos al criminal?

—Patente los tengo aquí metidos. Me contestó la vieja poniendo el dedo índice en medio de las cejas.

—¿Eran fieros, verdad?...

—No hay ser... Churos, grandes y renegridos.

—¿No serían de alguna mujer?

—La viejita abrió desmesuradamente sus ojos sus pupilas se llenaron de claridad, arrugó el entrecejo y estiró los labios, como si tratase de recordar.

—¿No serían de alguna mujer? Insistí con fuerza.

—Na...! sabe que no había reparao en eso?... Y ahora le voy dando razón... Quien sabe... Eran muy donosos para un hombre... Bah y tal vez no más usted hay tener razón...

—Sí. Eran de mujer. — Dijo como convencido, y la peineta se le cayó a ella.

—¿Usted la conoce?...

—No, pero será fácil. Y dando por terminada la entrevista me disponía a marcharme.

—Un momento... gritó la vieja, como iluminada por un repentino recuerdo. Yo he visto esos ojos...

¡Es ella! Sí. Son inconfundibles, No los hay igual en todo el pueblo. Y a duras penas me indicó de quien sospechaba.

—Dios me perdone si me equivocó! me dijo al fin.

En el acto salí, fui a mi casa, tomé la peineta, y me dirigí a la escuela. Las maestras ya salían confundiendo con los grupos de niños. Me aproximé a la señorita Blanca.

—Señorita, usted ha perdido su peineta, y mucho me honro, poderse la devolver. La señorita Blanca palideció. Creí que se desmayaba; luego se puso roja, encendida, y apenas pudo articular algunas sílabas. Pero pronto se repuso de su emoción.

—Caballero, me dijo, con aparente calma —. Usted es víctima de un lamentable error, o tal vez, un espiritual bromista. Jamás uso se-

mejantes adornos, de modo, que puede usted guardarse ese obsequio para otra merecedora de su distinción. Y dando media vuelta me dejó plantado en la calle en forma desairada.

¿Habría yo, encontrado el criminal? En realidad, aquella peineta, no me decía nada, pero hacía suponer mucho. Llamé a la viejita, y le pagué para que todas las tardes, se instalara en la puerta del colegio a vender confituras, y al mismo tiempo, observar a la sospechosa maestra.

Así lo hizo, y a la semana, la señorita blanca no apareció más. Estaba ausente, con aviso de enferma, mientras pedía al Consejo, su traslado por razones de salud.

—Es una histérica. — Me dijo mi amigo el médico. Basta mi-

ya la señora de... No hay para qué nombrarla.

—¡Oh perdóneme Dardo! Yo también te creí culpable. — Y por toda contestación, recibí un fuerte apretón de mano.

Hubo una larga pausa, yo estaba violento, ¿qué tenía que hacer yo allí? ¿Porqué no me volvía?... Dardo comprendió mi estado de ánimo.

—Síntate. El cielo te ha enviado. No te imaginas cuanto estoy arrepentido de haberme embarcado en esta desagradable tarea. Blanca me da mucha pena. Está enferma desde hace un mes. Falla el corazón. Probablemente yo he sido el causante de su enfermedad. ¿Cómo remediar mi crueldad?... Esta bondadosa mujer, la ha cuidado como una hija, tratando en

temprana edad el calor del hogar. ¡Oh!... es una historia muy triste... ¿comprendes?... Insensiblemente, sin pensarlo, me he encariñado con ella. Tal vez te diré que la amo y que desechando todos los falsos prejuicios y necedades que ha inventado la sociedad y el egoísmo de los hombres, teniendo sólo en cuenta los designios de mi corazón, te diré que tal vez la tome por esposa.

—¿Dardo, tú me asombras!

—Sí, la sociedad se asombra siempre, cuando no obramos como la vulgaridad, y el que se aparta de la falsa ruta que le ha trazado, es considerado un loco, un insensato. Qué saben los demás, cuales han sido los motivos y las causas que nos inducen a proceder en una determinada forma? Siempre juzgamos según nuestra manera de ver y de pensar, y somos tan malos, que siempre queremos que predominen nuestras ideas, condenando, al que no las practica. ¿Porqué seremos tan intolerantes?... Oh amigo mío !!... Nunca has pensado que una misma mujer puede ser la ruina, la desesperación para uno, mientras sea la redención, la felicidad, para otro?... Yo pienso y comparo a la mujer con un "Stradivarius" del que, un excelente artista saca notas dulcísimas y sonidos encantadores, mientras que en manos de un torpe ejecutante, sólo deja oír notas estridentes, sonidos desagradables y desafinados.

Un extraño murmullo en la habitación contigua, interrumpió las últimas palabras de Dardo. Corrimos allí. Mi baqueano, alarmado, acudió también.

Era Blanca, que, agitada, imploraba socorro.

¡Dios mío, qué ojos!!... Yo tampoco los olvidaré jamás. Eran hermosísimos, como lo era toda ella. Pero, ¿qué manera de mirar... En seguida recordé el diagnóstico del médico, "ojos neuropáticos... una histérica". Oh encanto misterioso de los ojos!... Son los primeros en envejecer y los últimos en morir. En seguida recordé la frase de Shakespeare: "El amor nace, se nutre y muere en los ojos".

—¡Usted! — exclamó reconociéndome. — ¿Viene a buscarme? ¡Sálveme Dardo! — y prorrumpió en un amargo llanto. Un gesto a la vez lastimero y anhelante agrandó sus ojos y entreabrió su boca con un rictus de espanto.

Dardo hizo todo lo posible para apaciguarla, pero la infeliz estuvo a punto de sufrir un síncope. De pronto reaccionó y aparentando calma, sentada en medio de la cama, se dispuso a conversar.

Yo no podía sostener aquella mirada; aun creo sentirla.

Hizo señas, nos aproximamos, y habló. Apenas si podía; las palabras se ahogaban en su garganta.

—Amé intensamente, — dijo. — Fué mi primer y único amor. Desconocí el de madre, fraterno, y de parientes. En él confundí todos mis afectos; a él entregué mi cuerpo y mi alma. Aurelio me tomó como a una flor fresca y perfumada, arrojándose de su pecho una vez aspirado el perfume de mi pureza. Imploré, pedí, amenacé...; todo en vano.

Recurrí a todos los recursos a que puede acudir una desesperada. Llegué a pintar una cruz en señal de muerte, cierto día en una pizarra. No se amedrentó por eso.

Quiso pagar con oro mi sacrificio. ¡Ah, eso fué horrible! Me indignó! Mi alma toda, sublevada, com-

CREDITOS LE OFRECE HOY DIA CUALQUIER COMERCIO DE BUENOS AIRES PERO NINGUNO CON LAS VENTAJAS DE

A. CABEZAS LLENE Y REMITANOS HOY MISMO ESTA Solicitud de Crédito

Buenos Aires,..... de..... de 19.....
1-2-3-4

Casa A. CABEZAS:

SARMIENTO esq. SAN MARTIN — Buenos Aires

Deseando adquirir mercaderías de esa casa hasta un valor de pesos m/n. de c/legal
(\$ m/n.) solicito un crédito por dicha cantidad con amortizaciones del 10 % mensual y propongo de co-deudor al Sr. de profesión domiciliado

FIRMA DEL CO-DEUDOR	FIRMA DEL SOLICITANTE
En prueba de conf. y para cotejo	Domicilio particular
.....	
Domicilios	Donde está empleado
Comercial	
Particular	Esc. u Of.
Rogamos dar datos exactos para facilitar el pronto despacho.	Nomb. y apel. comp. del solicitante

rarle los ojos neuropáticos y observar sus gestos. Ya es muy conocida en el Consejo y no le hacemos caso; sin embargo, ha conseguido el pase. Así ya no molestará más.

—Mi sospecha, — continuó Dardo — se convirtió en certeza. Pero era el caso de obrar con prudencia. Esta buena mujer, — dijo señalando a la vieja, — se ocupó de lo demás.

Se trasladó aquí, y cada vez que la señorita Blanca se encontraba con ella, le daba un ataque. Mientras tanto, yo observaba. Tratando de inspirarle confianza.

Dardo hizo una pausa.

—¿Pero Blanca es tu?... — Dijo. Dardo me contestó con una sonrisa llena de amargura.

—Sólo he tenido un amor en mi vida, y no fué posible... Ella es

lo posible de tranquilizarla. Yo no sé qué hacer, necesito quien me aconseje... Anoche tuvo un ataque terrible, es ya el tercero o el cuarto. Ahora reposa gracias a una inyección de morfina que le he dado. Hay que evitarle toda emoción, un nuevo ataque sería fatal para ella. Es un caso de abortitis. Muchas noches he acudido alarmado, para aliviarla y socorrerla. Ahora ella es mi amiga, me tiene plena confianza... Pobre Blanca... Sola, sin familia, sin afectos alejada del mundo, sin una palabra de consuelo... Ella no tiene quien le dirija una frase de cariño, huérfana de toda protección, aprisionada entre estas montañas, cuya soledad enloquece y mata... Pobre Blanca... Es una de las tantas víctimas de nuestra inhumana sociedad. No conocí a sus padres, le faltó desde

prendió sólo entonces, que todo había terminado. El no era el hombre por mí soñado; había sido víctima de un cruel engaño. Mi alma ya estaba destrozada.

¡Ya no engañarás a nadie! — me dije. — Si no eres mío, tampoco serás de otra; y esta terrible frase me perseguía tenaz, insistente, martirizándome a toda hora.

Exasperada, decidí matarlo!

Me disfracé, y durante largas horas estuve en espera del momento vengador. Tiritaba de frío, quise volver, pero una mano invisible me detenía allí detrás de los vidrios, espionando todos sus movimientos.

"Ya no serás de nadie", me repetía yo misma con insistencia. Los momentos eran siglos. La suerte le favorecía; alguien que le cubría enteramente; por fin se agachó. Le vi hermoso como nunca.

"¡De nadie!", me dije... y el tiro salió, rápido, imprevisto, cuando menos lo esperaba.

Aquello me sorprendió. Fué inconsciente. Algo inexplicable. ¿Había dado en el blanco? ¡Imposible! Ni siquiera apunté. Además, era la primera vez en mi vida que manejaba un arma. Juraría que el tiro salió solo...

Aquí hizo una pausa angustiosa.

—Luego usted me persiguió. Estuve a punto de entregarme, pero el instinto de salvación me impulsó a correr. Creí tener alas; pero pronto estuve a punto de desfallecer. Las fuerzas me habían abandonado por completo. Me tiré al suelo tras de una pírca y allí me acurruqué. Muchas veces pasaron ustedes por mi lado. Detuve la respiración, mi corazón palpitaba con violencia, creí que esos latidos pudieran llegar hasta vosotros. Luego se alejaron todos; sólo percibí los quejidos de esta pobre anciana, a quien yo había derrumbado, sacando fuerzas no sé de dónde; me dió mucha pena, pensé que era necesario socorrerla; pero el silencio se hizo, agucé el oído, escuché atenta; la calma era absoluta. Ahora aquel silencio me abrumaba, me daba espanto, me llenaba de terror. Corrí a mi casa ¿Qué había hecho?... ¿Era un sueño?... ¿Estaría demente?... No, puesto que razonaba... Me sentía feliz, como si hubiese cometido una loable acción. Mis pulmones se ensanchaban, respirando con avidez, como si me hubiese quitado un enorme peso del pecho. Abrí las ventanas para respirar a mis anchas, luego sentí mucho frío y cansada, me tiré sobre la cama. Un éxtasis embriagador me inundaba el corazón.

Dormí a sueño pleno, tranquila, disfrutaba que satisfecha, despertando ya muy tarde al día siguiente.

Los diarios y las vecinas me enteraron del crimen que yo había cometido. Me produjo terror, como si hubiese sido otro el criminal, como si yo nada tuviese que ver en ese asunto. Pero pronto vino la reacción, y el pánico se apoderó de mí.

Pasé muchas noches de insomnio. Yo misma, no quería dar crédito a lo que había visto, pensando que fuese una alucinación, debido a mis exaltados nervios. Pasé muchas noches de insomnio; el terror volvió a devorarme con sus punzantes garras. Gracias a usted, Dardo...; gracias a sus bondades, los fantasmas se disiparon por algún tiempo, pero ahora vuelven a ensañarse conmigo.

La pobre Blanca, se ahogaba en

sus palabras, pero proseguía como impulsada por un gran deseo de hablar.

La vista de la peineta, que ofreció devolverme Dardo, me llenó de terror. No tuve ya un momento de tranquilidad. Cada vez que esta anciana me dirigía su mirada escudriñadora, sentía como si hubiesen clavado dos tizones ardientes en mis ojos. Aquello era insostenible. A toda hora, sentía la punzante mirada de esta anciana, que parecía recordarme la noche del crimen. Vea sus ojos en todas partes y sus palabras resonaban terribles y amenazadoras en mis oídos: "Lo mataste..., asesina!"

Muchas veces creí perder el juicio, haciendo en vano esfuerzos para tranquilizarme a mí misma.

Las tiernas miradas de las inocentes criaturas, que en la clase, atentas, escuchaban mis explicaciones, me parecían intencionadas, encontrando muchos ojos parecidos a los de la "viejecita de las empanadas".

Quise escapar, refugiarme donde nadie me viera, pero fué inútil; aquella mirada de fuego me perseguía a toda hora, sin darme tregua.

yo esté aquí. — Dijo Dardo, muy conmovido.

—Todo ha terminado, Dardo; me siento morir. — Continuó Blanca. — Sé que mi hora ha llegado, estoy en plena lucidez, no es delirio. Estoy luchando por estar algunos minutos más al lado suyo, Dardo. Sólo en su compañía me siento segura, tranquila, feliz... ¡Oh!... ¿Por qué no tuve la suerte de conocerle a usted antes, Dardo?... Usted que ha sabido transformar mi corazón; usted que lo ha modelado a su antojo... Dios mío. Tú que eres todopoderoso, ¿por qué no guiaste mis pasos por el camino del bien, del sacrificio, de la virtud? Comprendo muy bien, qué ahora, es ya muy tarde para hacerme digna a los ojos de la persona a quien amo de verdad, con el corazón en el cerebro. ¡Oh angustia tan torturante, no poder hacer retroceder al tiempo!

Continuó hablando mucho; dijo cosas muy dolorosas. La escena era tan angustiosa, que nos martirizaba de piedad.

Noté que Dardo hacía esfuerzos para detener una gruesa lágrima en sus ojos. La viejecita lloraba en

Hay señoras que tienen costumbre de decir:

"He llegado a esta edad sin usar ninguna clase de cremas, y mi cutis, sin embargo, está lo mismo que en la juventud". Estas señoras tienen por naturaleza una epidermis que solamente poseen los hombres, y no han conocido todavía lo que significa tener un cutis verdaderamente fino. La Crema Vasenol no hace imposibles, pero en todo caso permite tener siempre un rostro hermoso y lleno de salud. Venta en farmacias, droguerías y perfumerías.

Celebridades mal vestidas

El célebre poeta inglés Tennyson tenía debilidad por los sombreros viejos. Cuando estrenaba uno lo usaba años y años hasta que se ponía verde y se caía a pedazos. Los gabanes también los gastaba mucho tiempo. Esto no quiere decir que Tennyson fuera un hombre sucio. Se lavaba escrupulosamente, pero no había medio de hacerle estrenar ropa. Con el calzado le ocurría lo propio. En cierta ocasión, ensalzando la bondad de unas botas que usaba cuando se ponía de tiros largos, dijo que las venía usando desde hacía cuarenta años.

Al ser elegido Presidente de la República Francesa, M. Fallières se vió sometido a la terrible prueba de ser retratado contra su voluntad. Muy respetuosamente le indicó el fotógrafo la conveniencia de ponerse una corbata de moda, pero el presidente exclamó muy contrariado: "¡Cómo! ¿Cambiar de corbata? ¿Quitarme esta que llevo desde hace treinta años? ¡Eso sí que no! ¡Prefiero no retratarme!"

La corbata predilecta de M. Fallières era un lazo muy grande que se sujetaba al cuello con una cinta elástica.

—Turner, el gran pintor, gastaba la ropa más vieja que podía encontrar, y para trabajar solía ponerse un sombrero muy viejo y un smoking pasado de moda, lleno de manchas de pintura. Lo mismo en invierno que en verano, llevaba siempre una bufanda vieja, por supuesto, para ahorrarse el trabajo de gastar cuello.

—Carlyle iba siempre tan derrotado como Tennyson, aunque frecuentaba los círculos más aristocráticos, y era venerado por todos los conductores de ómnibus del barrio en que vivía. Uno de ellos que vió a cierto viajero reírse del sabio historiador, exclamó muy molesto: "El sombrero será viejo, pero ya quisiera usted tener la cabeza que lleva dentro".

EL PENSAMIENTO

Nadie puede matar el pensamiento,
Sublime concepción de la natura
Sobre el misterio de la noche oscura
Al encender la chispa del talento.

Si de las grandes almas es acento,
Y artístico joyel de donosura,
Es su reinado lá suprema altura
Adonde tiene su inmortal asiento.

Perpetua vibración. Es el gigante
Que a través de los siglos, arrogante,
Derrama su gloriosa pedrería.

Y eternamente en el cerebro humano
Es idea y es luz, juez soberano:
Abrió el camino a la razón un día.

Vicente BOVE.

Algo más tranquila en estas soledades, acompañada de las mudas montañas, volví a ser víctima de mis remordimientos, cuando un día, a la salida de clase, vi pasar, caballera en una mula a esta bondadosa mujer, que ahora me inspira tanta confianza. Aquello fué el suplicio más grande de mi vida; creí que fuese una visión, creí que mi vista me hubiese engañado, que se trataba de un fantasma y cuando volví en mí, me encontré rodeada de niños que junto con algunos labradores, me socorrían de un desmayo.

Aun al otro día no quise dar crédito a lo que había visto, pensando que fuese una alucinación, debido a mis exaltados nervios.

Pasé muchas noches de insomnio; el terror volvió a devorarme con sus punzantes garras.

Gracias a usted, Dardo...; gracias a sus bondades, los fantasmas se disiparon por algún tiempo, pero ahora vuelven a ensañarse conmigo.

—Nada tema, Blanca; mientras

silencio, arrinconada en un ángulo de la habitación.

Blanca continuaba en su larga exposición. Ahora sus palabras eran entrecortadas, truncas, incomprensibles. Parecía ahogarse, como si le faltara el aire.

De pronto, se excitó cada vez más, dejó escapar un gemido tembloroso; luego calló.

Aquel silencio, me produjo la sensación de un extraño frío en la médula. Todos nos inclinamos hacia ella.

Mi acompañante, se quitó el amplio sombrero; la bondadosa anciana, de rodillas, elevó una plegaria, y mi amigo Dardo ocultó el rostro entre sus manos, vencido por el hondo pesar.

El sol mostraba sus hebras doradas. Todo se pintaba de púrpura diluida que recibía como una bendición, la serenidad transparente de la montaña, coronada de nieve, mientras nuestros cuerpos proyectaban largas sombras violáceas sobre el lecho mortuario, que parecían cargadas de dolor.

Stefan Krass, leñador en la floresta del Estado de X. subía a grandes pasos las gradas de la vía.

Estaba prohibido cruzar la vía, pero como el paso que daba a los patios de la fábrica distaba todavía media hora, por eso Stefan deslizóse aquella tarde a la hora del crepúsculo, sobre los rieles para encontrar al otro lado de la vía a Milka Rubinsky, su amada, que era sirvienta en la casa del director de la fábrica.

—Bueno, Milka, ¿me amas? — preguntó Krass, — y sus manos ásperas posáronse sobre los hombros delicados de la joven.

Suavemente arrimó ella, su cabeza sobre el brazo del leñador.

—¿Cuánto tiempo falta? — preguntó ella.

—Dos semanas — repuso Stefan — Ayer mandó el mercader los muebles; el salón pequeño lo mandé pintar de nuevo; ahora es blanco, así como tu cutis. En dos semanas estarán terminados los otros cuartos. Y entonces serás mi esposa, Milka.

Los ojos de Milka buscaron los de él, una cabeza más altos que los suyos, y desasiéndose de los brazos de Stefan desapareció con el volterear de su delantal detrás de la alta palizada que circundaba la fábrica.

Stefan Kraas volvió a ascender por la vía; arriba quedóse parado un momento, contemplando, a través de la niebla, las primeras luces de la aldea.

Stefan, no obstante ser indiferente para las grandezas de la naturaleza, fué envuelto en tranquila felicidad por aquel atardecer de excelso silencio.

El joven puso ambos pies, calzados con gruesas botas de suelas sobre uno de los rieles, y empezó a caminar sobre él como lo hacía cuando era niño, con los brazos abiertos y equilibrándose con dificultad.

Repentinamente, cuando Stefan Kraas llegaba al cambio de la vía, resbaló uno de sus pies y fué a quedar entre el ángulo que formaban los rieles. Asombrado vió que no podía desencajar su pie.

Impaciente empezó a tirar del miembro atorado; pero mientras con el pie libre hacía palanca sobre el riel, su pesado cuerpo perdió el equilibrio y cayó pesadamente al suelo. El dolor fué tan agudo que se quedó sentado algún tiempo, aniquilado. Trabajosamente levantóse después, e inútilmente empezó de nuevo a probar de zafar su pie. Una ira sin límites le sobrevino; a la serena calma que ha poco llenaba su espíritu, siguió un insensato coraje.

—¡Maldita cosa! — exclamó.

El sudor resbalaba de su frente, y el pie, del cual los dolores aumentaban considerablemente a cada movimiento, no quería zafarse.

El cielo ya se había oscurecido. Y, exhausto, Stefan Kraas detúvose repentinamente; pensaba que dentro de media hora tendría que pasar por allí el expreso de X., que después del crepúsculo llenaba por algunos segundos la aldea con su ruidoso traquear.

Miedo terrible paralizó sus miembros.

Otra vez comenzó a tirar de su pie; pero éste se había encajado como una firme raíz. Cuidadosamente probó entonces a zafar la bota; pero desde el tobillo el pie se había hinchado completamente, pues al caer Stefan momentos antes se ha-

LA VIA FERREA

Por ARMIN T. WEGNER

bía roto, y ahora llenaba el hueco total entre los rieles.

De nuevo empezó a correr el sudor frío por su frente; ya se imaginaba oír el bronco zumbir del ferrocarril.

—¡Huuuuuh! ¡Oigan! ¡Gentes! — gritó.

Débiles ladridos le contestaron.

Una sombra blanca sobresalía en la oscuridad: era la casa de Philipp, el herrero; él y Stefan Kraas se odiaban; habían tenido reyertas por celos.

—¡Philipp, Philipp!

—¿Qué hay? — contestó una voz

mujeres y niños, que, asombrados, miraban a Stefan.

Los hombres agarraron a éste bajo los brazos.

—Una, dos... Tiren — decían — y lo hacían con todas sus fuerzas. Stefan Krass apretaba los dientes; después empezó a gritar bestialmente, vencido por espantoso dolor. El pie no se movía.

—¿Se le podrá zafar? — preguntó una voz.

—¡Quién sabe! Y el tren tiene que pasar dentro de poco — murmuró una mujer.

—¿Qué horas son?

ANTIBACTER

El desinfectante ideal de uso general preparado por el

INSTITUTO BIOLÓGICO ARGENTINO

No tiene ácido bórico, ni fenoles, ni cresoles, ni sales mercúricas que son venenos celulares.

Por consiguiente el ANTIBACTER es un desinfectante insuperable y de uso general.

Es indispensable y no debe faltar en ningún hogar

Debe, pues, usarse para el toilet de las señoras, el Para las enfermedades de la piel, el Para las enfermedades de los ojos, el Para las enfermedades génito-urinarias, el Para las enfermedades de la nariz y del oído, el Para el catarro de los fumadores, el Para las enfermedades de la boca, el Para la medicina y la cirugía en general, el Y para la desinfección de todas las heridas, el

ANTIBACTER
ANTIBACTER
ANTIBACTER
ANTIBACTER
ANTIBACTER
ANTIBACTER
ANTIBACTER
ANTIBACTER
ANTIBACTER

Usese ANTIBACTER. Tenga confianza en el ANTIBACTER y puede tener la seguridad de haber recurrido al gran antiséptico que le evitará toda clase de trastornos.

Su uso, aun continuado, no provoca molestias, y pueden emplearlo los niños sin cuidado alguno.

EN VENTA EN TODAS LAS BUENAS FARMACIAS

tranquila. — Se oían pasos por las gradas. ¡Ah, eres tú... Stefan!

Kraas contóle a Philipp su angustia.

—¿Y qué me importa? — dijo éste, descendiendo de la vía.

Stefan lanzó una imprecación; pero contúvose al momento para decir con suplicante voz:

—No tarda en venir el tren, Philipp...; no dejarás que sus ruedas me despedacen.

Y Philipp llegóse a Stefan, empezando a tirar el pie de éste.

—No se puede — repuso — pero se podrían zafar las planchuelas.

Quizá... voy a traer ayuda. Poco tiempo después regresó con algunos hombres y una linterna de mano. Después llegaron algunas

—Cerca de las nueve y media.

—Se puede telegrafiar a la próxima estación.

—Es X. Allí no se detiene.

—Tenemos que hacer parar el tren — dijo el jefe de estación. — A ver, gente, corred hacia donde tiene que venir y encended hogueras. ¡No temas, Stefan!

Algunos hombres se apartaron del grupo y empezaron a caminar apresuradamente por la vía. La noche había oscurecido más.

A los lados de la vía relumbraban momentos después grandes llamas a través del espeso humo semejaban rojos e inflamados ojos de mirada sombría y malvada.

Poseído de ensueño paralizador,

Stefan se imaginaba caminar sobre una vasta pradera, viendo allá lejos, brillar el pañuelo de cabeza de Milka; y mientras más se acercaba a ella, más lo detenía una fuerza desconocida. Y después veíase en su fresco y limpio cuartito, mientras oía la voz ruda, pero cariñosa de su padre.

Acurrucado en el suelo, Stefan levantó sobresaltado la cabeza.

—¡Mañana! — pensó. — Y la terrible duda de esta palabra lo asustó de tal manera que se levantó enérgicamente sobre su lastimado pie.

—¡Tráiganme un hacha y córtenme el pie. ¡Aprisa! ¡Córtenme el pie! — exclamó.

Los aldeanos, agrupados se miraban estupefactos e indecisos.

—¡Un hacha, un hacha! — gritó Stefan.

De repente, entre el oscuro grupo de gente brilló algo, era el hacha de algún leñador. El dueño de la herramienta llegóse a Stefan.

—Anda, Peters, pronto, antes que sea tarde.

El leñador midió la distancia que había en él y Stefan y adelantó un paso. Kraas cerró los ojos. Pero Peters, que estaba preparado para dar el terrible golpe, contúvose y dejó caer el brazo.

—¡Peguen, cobardes! — rugió Stefan.

Indecible espanto paralizaba a los aldeanos; sus ojos miraban tristemente al pobre hombre. Al otro lado de la vía oyéronse entonces pasos precipitados: Milka y su patrón corrían hacia el lugar de angustia.

Los ojos de Stefan Kraas habían tomado la expresión de locura, y de nuevo sintió él, espantado, venir hacia él, aquella fuerza desconocida que parecía salir del ángulo que formaban los rieles.

Entonces, rápidamente, quitóse Stefan el saco.

—¡A ver el hacha! — gritó. — Ahora, ¡quítense!

Después escupió en sus manos y levantó el brazo como si quisiera tirar un árbol. Pero su poderoso brazo paralizóse y Stefan lanzó un grito. Los aldeanos no sabían si el hacha había tocado el pie o sólo el riel, que despidió brillante chispa.

—No puedo — dijo impotente — y empezó a llorar amargamente.

En ese momento oyóse de lejos el ruido del expreso que se acercaba. Los aldeanos corrieron a los lados de la vía.

Las hogueras que habían encendido poco antes, empezaban a humear más densamente. A través del obscuro humo le parecía a Stefan ver su par de botas, relucientes; luego la sonrisa de Milka, y después montones de leña; todo pasaba en danza frenética frente a sus ojos inmensamente abiertos.

Y de nuevo alzó Stefan el hacha para defenderse del férreo gigante que hacia él se acercaba; éste llegaba con su estruendo que sofocaba los gritos de los aldeanos. Y por un momento distinguieron éstos, por las iluminadas ventanillas del expreso algunas caras de viajeros y las sombras de los mozos que, ignorantes de la tragedia que en la vía se desarrollaba, servían en el comedor. Y el tren pasó ruidosamente.

Nadie se atrevió a mirar sobre la vía. Sólo oyóse después, un grito agudo y desgarrador y Milka era conducida, desmayada, por algunas caritativas y consternadas mujeres a la casa más próxima.

"Deseo acercar el pueblo a la policía", nos expresa el jefe de la institución.



Señor Francisco Wright, jefe de policía de la capital federal.

Un retrato de Ramón L. Falcón preside la amplia sala donde penetramos. De todos lados oye el teclear de máquinas, la ejecución de órdenes expresas, movimiento activo, dinamismo humano. Es el reflejo de la vida íntegra del Departamento. Timbres que suenan, llamados telefónicos, rapidez en los mensajes transmitidos, intensidad honda y provechosa.

Habíamos leído que don Francisco Wright, hacía una jefatura de puertas abiertas, especialmente para el periodismo. Y con nuestra visita pudimos comprobarlo.

De regular estatura, cabellos y bigote blancos, como copos de nieve, figura simpática, el jefe nos recibe en el acto.

—Agradezco el saludo de FRAY MOCHO. Nada trascendental puedo agregar a lo ya expresado en la prensa. Anhele mejorar en todo lo posible la repartición; estimular a los nobles servidores, ascendiendo a aquellos, que por años y méritos les corresponda. Me empeñaré vivamente para que esto pueda realizarse. He dispuesto que se coloque una piedra a la entrada de este edificio, donde se grabará el nombre de aquellos que cayeron en cumplimiento del deber.

Habla concisamente, sin circunloquios.

Recordamos al bombero, cabo, víctima heroica del fuego.

—Será honrada su memoria — expresa rápidamente. — Interpretando el reconocimiento popular. Las personas ven con suma simpatía a este cuerpo, porque salva y no ofende. En cambio, los agentes se ven obligados, a veces, para hacer

respetar la autoridad que representan, o mantener o restablecer el orden, a acudir a medios enérgicos, por culpa de los mismos que censuran a la policía y le guardan malquerencia. Eso es lo lamentable. La población debe querer a la policía como ésta quiere a aquélla y vela, asimismo, por su paz y seguridad. ¡Son tan desagradables ciertas cosas! Policía es toda en esta casa, y sus distintas dependencias. La institución tiene un objetivo: laborar por el orden y mantenimiento de las garantías individuales. Deseo acercar al pueblo a la policía, ya que ésta lo está a aquel. Este es mi propósito central, inquebrantable.

—Hemos visto que se realiza una severa campaña contra las publicaciones inmorales.

—Así es. Combatiré la pornografía de modo enérgico y empleando todos los medios de que disponga. Yo también tengo hijos, y como padre comprendo el mal grande que ocasionan revistas como aquellas de que he ordenado el secuestro y detención de sus propietarios. Son publicaciones cuya lectura corrompe a los jóvenes y niños, manchando su inocencia.

—Hay muchos quioscos y escaparates en el Paseo de Julio que contienen libros obscenos.

—Ya he ordenado una prolija requisa para hacerlos desaparecer. Cualquier denuncia sobre la existencia de libros o revistas de ese género, será debidamente atendida y previa comprobación, se procederá contra los individuos que atenten contra las buenas costumbres, difundiendo semejantes publicaciones.

Con la cooperación de ciudadanos que comprendan lo que significa la policía y colaboren en su misión, arrancaremos de cuajo, ciertas inmundicias sociales. Con ese acercamiento ganará policía y el pueblo. Cuanta más cordialidad exista entre ambos, más sólida y firme será la valla opuesta a la delincuencia y al crimen.

Nada más. Don Francisco Wright se niega rotundamente a hablar de su persona. Le interesa la policía, su mejoramiento, para convertirla en poderosa entidad de salvaguardia de los habitantes de Buenos Aires.

Salimos. A dos cuadras del Departamento, un volante ha cometido una infracción, el agente de servicio aconseja prudencia en el manejo y no le hace posible de multa ni le arresta, revistiéndose de bella to-

Contra la gripe y la tos

Pastillas RIN-RIN

En dos tamaños: a \$0.45 y a \$1. — la caja.

lerancia. Es la orden terminante del Jefe; evitar incidentes y hechos discordantes, entre ciudadanos y vigilantes; todo aquello que se pueda solucionar con palabras cultas y expresivas, debe realizarse.

Se ganará más, se disminuirán enconos e injusticias, y se consolidarán los buenos propósitos que animan al caballereco funcionario.

Roque Cepeda Verón.

UNA IDEA GENIAL

Por Georges Dolley

Después de aguardar diez autobuses, que pasaron completos, Jean Valjean, actor del teatro de la Magdalena, subió en el undécimo coche refunfuñando.

—¡Estos autobuses! Hoy llego tarde al ensayo. ¡Y pensar que en la obra que estamos ensayando hago un papel de vendedor de automóviles! ¡Ah! ¡Si yo tuviera un "auto"!

De pronto, el rostro de Jean Valjean se animó:

—¡Qué idea! Se me ha ocurrido el medio de tener un automóvil por nada.

Llegó al teatro; pasó su escena, una de las primeras del primer acto, y al salir alquiló un "taxi"

—¡Chauffeur! Avenida del Sol, fábrica de Lesturgeon.

En su fábrica de automóviles, Lesturgeon pasaba por la inmensa nave en que estaban expuestos sus coches.

—Están bien mis coches, bastante mejor que los automóviles Antilope.

—Necesitaba un medio de publicidad que matase la marca rival. Es preciso que Lesturgeon se coma al Antilope.

Entró un caballero alto y afeitado.

—Quisiera hablar con el director.

—Soy yo, caballero. Usted dirá.

—Soy Jean Valjean, actor de la compañía de la Magdalena. Vamos a estrenar una obra titulada "El auto" de Plumard y Barnabé.

—¡Ah!

—En esa obra yo interpreté el papel de director de una fábrica de automóviles, y mi frase es ésta: "Puede usted comprar con toda confianza un automóvil Machinchouette, que es la mejor marca que existe."

—¿Y qué?...

—¿Qué le parece a usted si el día del estreno, al que asistirá lo mejor de París, yo digo lo siguiente: "Puede usted comprar con toda confianza un automóvil Lesturgeon, que es la mejor marca que existe".

—Eso sería un reclamo formidable, y yo no tendría inconveniente en regalarle un coche de esta casa. Pero ¿qué dirán los autores y el empresario?

—Que digan lo que quieran. ¡Una vez dicha la frase!

—Es verdad. ¡La obra está bien!

—He oído que sí, pero no lo sé.

Como todos los actores, yo no conozco más acto que aquel en que trabajo, y en esta obra no salgo más que en el primero.

—Eso no tiene importancia.

—Me dará un retrato suyo para caracterizarme, parecido a usted.

—Gracias, y la noche del estreno le entregaré en el teatro un vale para que recoja su automóvil.

Ha terminado el estreno.

Jean Valjean, cuya cabeza ha sido una acertadísima copia de la de Lesturgeon, aguarda en su cuarto, la visita del director de la fábrica.

De pronto, se abre brutalmente la puerta y entra, rojo, exasperado, el director de la casa Lesturgeon.

—¡Es usted un estafador!

—¡Pero!...

—De lo que ha hecho me responderá usted ante los tribunales.

—¿Qué he hecho yo, sino lo que convinimos? Substituir los automóviles Machinchouette por los automóviles Lesturgeon.

—Precisamente. Todo el segundo acto ocurre delante del automóvil que ha vendido usted. El coche no puede marchar a pesar de los esfuerzos que hacen todos, y por esta causa el seductor no puede raptar a su novia, hasta que, al final del acto, dice el padre de la muchacha: "Gracias al pésimo motor de este coche está a salvo el honor de mi hija."

—¡Atiza!

—La marca Lesturgeon está en ridículo en París. ¡Cómo se reía el director del Antilope! ¡Pero esto no quedará así! ¡Me querellaré contra usted y pediré cien mil francos de indemnización!

Y Roger Roger, el autor de la obra, recibió al día siguiente del estreno una carta que decía:

"Querido maestro: En su deliciosa comedia estrenada anoche, ha puesto usted en ridículo la marca Lesturgeon, rival de la que yo dirijo, y tengo el gusto de ofrecerle gratuitamente un coche de esta casa. Puede usted pasarse cuando guste por los almacenes para elegir el modelo Antilope que más le agrade."

LAS DESGRACIAS DE EVA

Por Germaine Beaumont

Ocurrió en los primeros días del mundo, que un leñador prestó un servicio a un hada, y ésta, naturalmente, para demostrarle su agradecimiento, le pidió que expresara su deseo y que sería satisfecho.

—Yo — dijo el leñador — quisiera tener una hija que fuese la más bella del mundo y que no muriese jamás.

—Eres un tonto — dijo el hada; — pero como no tengo más que una palabra, en tu casa encontrarás lo que deseas.

Y el leñador encontró, en efecto, sobre las rodillas de su mujer, una niña hermosísima a quien llamaron Eva.

Esta Eva caída del cielo creció en belleza. Creció es la palabra indicada, porque en aquel tiempo el encanto se medía por el peso, y los gigantes eran los más hermosos. Eva fué la muchacha más hermosa de su época. Derribaba a un buey de un puñetazo, jugaba a las tres en raya con rocas y paraba a un elefante al galope, poniéndole un dedo meñique sobre la trompa. Triunfó como ninguna hasta el día en que se durmió más pesadamente que de costumbre, pues el hada creyó que entre los períodos de su vida eterna, una siesta de un siglo o dos daría el reposo necesario a la pobre Eva. ¿Qué significa un siglo para quien tiene ante sí la eternidad?

Eva despertó una mañana. Hacía muchos años que sus padres habían muerto y el bosque había cubierto su cabaña.

La joven gigante se miró en un arroyo, clavó una palmera en su cabello y se dirigió hacia la ciudad en busca de nuestros triunfos. Encontró un cortejo compuesto de todo lo que Menfis tenía de mayor elegancia, comenzando por el Faraón, que conducía a su Faraona en viaje de bodas.

Cuando Eva apareció delante de los Soberanos, la Faraona creyó que era un número de circo y empezó a batir palmas. Mandó que acercasen a Eva, a la que nombró inmediatamente su primera esclava.

—¿Yo esclava? — gimió nuestra Eva. — ¡Yo que soy la mujer más bella del mundo!

—Pero si eres un monstruo — dijo la Faraona. — La única belleza es la mía. Peso treinta y siete kilos, de los que hay que deducir siete de escarabajos.

—Está bien — respondió Eva. — Si la belleza consiste en adelgazar, yo lo conseguiré.

Al año de no haber comido nada, se puso tan esbelta y tan linda que el Faraón se prendó de ella. En este momento el hada la durmió, con lo cual hizo muy bien, pues la Faraona pensaba hacerlo también, aunque por otros medios.

Cuando Eva recobró de nuevo los sentidos, tuvo una sorpresa. Un bosque muy parecido al de sus años niños, la envolvía en una sombra verde. Un hombre de elevada estatura, con una larga cabellera rubia, la contemplaba con desagrado.

—Yo soy la mujer más bella del mundo — dijo Eva, extendiendo voluptuosamente el hilo que le servía de brazo.

—En tu país puede ser — dijo el hombre riendo a carcajadas; — pero en el mío una mujer hermosa tiene que pesar más. Engorda, y tal vez me gustes.

En seis meses adquirió un diámetro de talle de un tonel, y el hombre rubio le declaró que, decididamente, podía pretender a la verdadera belleza. Pero, ¡ay!, que el hada, para evitarle a Eva una viudez penosa, la durmió de nuevo.

Estaba escrito que Eva no tendría el sentido de la oportunidad; porque cuando sus doscientos kilos coronados de hojas de roble reaparecieron en el mundo, Yseult daba el tono a la moda.

Una mujer bella no podía pesar más que una rama de avellano, un pétalo de madreleña o

un juramento de hombre. Para llamar la atención volvió a su fluidez de Faraona; pero cayó dormida y no se despertó hasta los tiempos de madame de Montespan. Su aparición fué recibida con carcajadas.

—Que echen de aquí a este manojo de huesos — dijo la favorita.

—Espera un poco — pensó Eva. — Veremos quien ríe la última.

Y se cebó de nuevo; pero volvió a quedar dormida, para despertar bajo un sauce cuyas damas acariciaban los arrepentimientos de la sueva Elvira.

Eva observó rápidamente la delgadez de la heroína romántica.

—¡Hay que adelgazar otra vez!

Y adelgazó rasta el día en que las mujeres de 1880 le devolvieron el apetito, el cual hubo de perder de nuevo al resucitar en nuestros días.

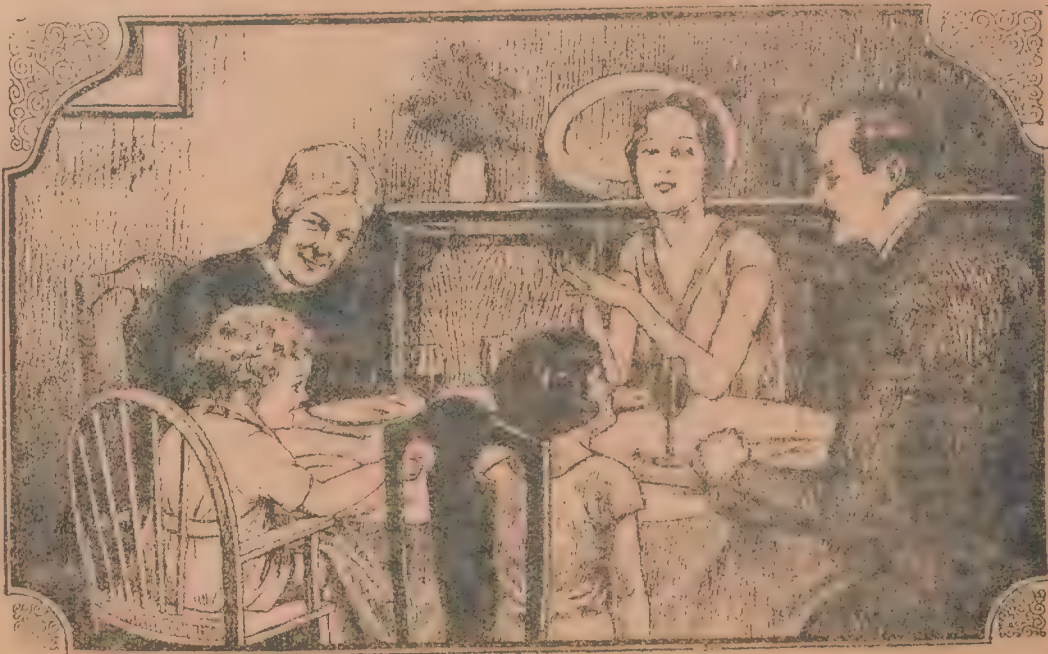
¡Cómo la recibieron en casa de la modista!

—Aquí no vestimos elefantes — le dijeron. —

Ya le indicaremos una masajista, una corsetera y un establecimiento de baños de vapor. Además, no se alimente usted, sino con un limón todos los días pares.

CEREMONIA PINTORESCA

En la India meridional, en Consateswara, sobre una colina, hállase emplazada una estatua gigantesca de Buda que mide veintidós metros de altura. Este coloso da lugar, cada quince años a una ceremonia pintoresca, que atrae a una muchedumbre ávida de presenciar la llamada purificación del ídolo. Para ello se eleva en torno de la estatua un enorme andamiaje, desde cuya parte superior se arrojan sobre la cabeza de Buda, torrentes de leche de cabra. El derecho a purificar a la divinidad se pone a subasta y es muy solicitado por los fieles de aquellas legendarias y lejanas tierras.



La bebida de mesa de las familias

Cuando tiempo atrás resolvimos invitar al público a comprobar las bondades de la Malta Palermo como bebida de mesa, no pudimos sospechar un éxito tan halagador.

Hoy son numerosísimos los hogares que le destinan un puesto en su mesa, y esa preferencia tiene, por otra parte, una justificación tan clara como convincente:

Porque, aun cuando sea riquísima por su sabor, Malta Palermo en la mesa significa algo más que un simple halago al paladar: es un elemento cuya contribución a la salud y al bienestar no puede discutirse, pues aparte de facilitar la digestión y asimilación, su acción sobre la sangre y los nervios es tan notoria como amplia.

EN TODOS LOS ALMACENES DEL PAÍS

CERVECERIA PALERMO S. A.
Buenos Aires.



Los ancianos cuyas funciones digestivas no siempre son perfectas, hallan en la Malta Palermo un auxiliar doblemente valioso: por su virtud de coajar eficazmente a dichas funciones, y por sus propiedades tónicas naturales, que contribuyen a mantenerlos fuertes y optimistas.

Visite la Exposición
Permanente de la Industria Argentina,
Av. de Mayo, 1163.



Publ. P.A. Weber

Tengo un amigo que se llama Renato Fouchal, hombre insoportable, o, mejor dicho, insoportable para mí, no para todo el mundo, ni mucho menos para las mujeres, que se perecen por él, y el caso es que no sé por qué. Yo no lo encuentro guapo. No tiene talento ni ingenio. Es vano y presumido, y ni siquiera es rico... No tiene más que una pequeña posición que le permite vivir sin trabajar.

Pero tal vez por eso, es por lo que Fouchal logra tantos éxitos entre el bello sexo. Le sobra el tiempo y siempre está a la disposición de las mujeres; las acompaña, las lleva a sus casas, les dedica pequeños cuidados y, por decirlo todo, su conversación recae siempre sobre temas muy del agrado del sexo femenino.

La suerte de mi amigo me ha hecho descubrir una injusticia del destino. Fouchal es demasiado feliz mientras que otros lo son apenas. Y al decir otros pienso en Víctor Dodier, otro de mis amigos, que en amor no conoce más que sinsabores.

¡Pobre Víctor Dodier! Desde que lo conozco, y ya van transcurridos muchos años, siempre lo he visto ir de desengaño en desengaño.

Y no creáis que fuera porque eligiera mal. Los hechos venían a probar, indudablemente, que sus elecciones estaban justificadas. Lo que hay es que se volvían siempre en su perjuicio. Claro es que en cuanto os diga que Víctor Dodier no es guapo ni joven, exclamaréis: "¡Acabáramos! Sus desdichas amorosas se explican, pues, por sí mismas!" ¡Os equivocáis! Hay hombres más feos y más viejos que Víctor Dodier, y, en realidad, mi amigo Dodier Comenzaba siempre por un éxito; pero en seguida venían los fracasos. Triunfaba, pero al cabo de muy poco tiempo lo dejaban plantado, y lo singular del caso de Víctor era la repetición inexorable de los mismos hechos. Hasta el punto de poderlos predecir de antemano sin riesgo alguno de equivocarse. Sus amores empezaban con mucho calor; duraban unas tres semanas, y, pasadas éstas, declinaban y acababan por morir.

Un día me encontraba a Víctor Dodier muy alegre, vivaracho, con los ojos brillantes y la sonrisa en los labios y me apresuraba a preguntarle:

—Bien, Víctor. ¿Cómo se llama ella?

Víctor respondía invariablemente:

—Se llama Juana... Isabel... o Gilberta.

Dejaba a mi amigo muy satisfecho; pero estaba yo bien seguro que, pasadas tres semanas, lo volvería a ver con la cara muy larga, el gesto tímido y la boca amarga, para decirme:

—Figúrate que Juana (o Isabel o Gilberta) me ha dejado plantado. No me lo explico..., no veo ninguna razón... Yo me he portado siempre bien; la he colmado de regalos y he hecho todo lo posible por agradarla... Pero todo inútil... Decididamente, las mujeres son unos monstruos de egoísmo y de ingratitud.

Yo no estaba lejos de pensar como él.

Una vez, sin embargo, creí que su mala suerte habría cesado de perseguirlo. Fue el día que puso

Lo que no se renuncia

Por Pedro Valdagne

sus ojos en una mujer encantadora, a quien yo conocía algo, y que se llamaba Berta. Era ésta, una criatura muy cariñosa, bastante tímida, de poca ambición, y cuyo ideal era

llevar la vida tranquila de una burguesita.

Aquellos amores duraron un mes; al cabo del cual Berta rompió las relaciones con mi amigo. La encon-

tré poco después y traté de que me contara lo ocurrido entre los dos. Me interesaba saber si Dodier tendría algunos defectos ignorados por mí, que fatalmente alejarían de él toda afección duradera. Berta me contestó con evasivas.

—¡Pisch!... Ni yo misma sé por qué hemos acabado... En realidad, no tengo nada que reprochar a Víctor... Ya no lo quiero... Eso es todo... Son cosas que no dependen de la voluntad de una.

—¿Es que quiere usted a otro?

—Es posible... Pero no se lo diga a Víctor. No me gusta causar pena a nadie. ¡Sea discreto!

—Seré discreto. Pero ojalá no tenga usted que arrepentirse de su determinación.

—¿Que quiere usted?... El porvenir no depende de una.

Y después de Berta vino una tal Magdalena, que no duró más de quince días. Pero lo que a mis ojos agravó el caso de esta Magdalena fue que engañó a Víctor Dodier con mi otro amigo, el insoportable Renato Fouchal.

Al cabo de algún tiempo supe que Víctor Dodier había empezado otros amores con una tal Elena, a quien yo había visto un día con él, y que me pareció de mucho cuidado, porque era bonita y miraba a los hombres en la calle de un modo que escamaba al hombre más confiado.

—Con ésta — pensé yo, — Dodier no tiene para ocho días.

Tres meses después vino Víctor a verme.

—No te pregunto — le dije — por tu amiga Elena, porque supongo que habrás acabado con ella hace ya tiempo.

—¡Supones mal!

—¿Elena te sigue siendo fiel?

—Sí, amigo mío...

Pero una cosa me asombraba de Víctor: en vez de aparecer contento y feliz, noté en él un marcado aire de tristeza y desencanto.

El me explicó la causa con las siguientes palabras:

—Yo no creo que Elena sea mejor que las otras, y no me hago ilusiones acerca de su cariño por mí. No hay más sino que en mi vida ha ocurrido un cambio, al que primero concedí poca importancia, pero que, en realidad, la tiene muy grande. Adquirí un 20 HP hermosísimo, conducción interior y elegante carrocería.

—¿Pero, cómo? ¿Eres capaz de creer que tu 20 HP habría bastado?...

—Sí, lo creo; y estoy seguro. Verás mujeres que dejan a un sabio ilustre, a un gran artista, a un ministro, a un académico, que abandonan a sus hijos, que desdennan su posición por los ojos bonitos de un jovencuelo que las seduce; pero no verás jamás, una mujer, que renuncie a su automóvil, cuando lo tiene..., a menos que sea para poner la mano sobre otro mejor.

—¿Quieres callarte? — exclamé.

—¡No blasfemes más!...

—Si Elena — insistió Víctor Dodier — hubiese encontrado después de mi 20 HP un 40 HP, capaz de hacer ciento veinte kilómetros por hora...

No quise oír más y me fui sin despedirme. Verdaderamente, el pobre Dodier exageraba. Y es que cuando un hombre ha sido infortunado durante mucho tiempo, el escepticismo lo corroe.

TOS - CATARROS - RESFRIOS

SE QUITAN TOMANDO EL

PECTORAL ESTERPAL

PARA NIÑOS Y MAYORES. EL FRASCO \$ 2,50

Elixir Dentífrico ESTERFAL

Conserva la dentadura, quita el dolor de muelas y de esmalte y refresca la boca, el frasco \$ 2,00

Farmacia Inglesa Americana

ABIERTA HASTA LA 12 Y 30 DE LA NOCHE

Perú 901-907

Buenos Aires

U. T. 23 - B. ORDEN - 1667

ESTE OLOR DE JAZMINES...

A Carlos Barros Conde.

Esta suave fragancia de jazmines que viene de mi fresco jardín, es un alma cordial que me habla de un tiempo que en mi memoria tiene esa melancolía de una tarde otoñal...

Me acuerdo, al aspirar este olor de jazmines, de su silencio místico como aroma de templo; de sus manos — azules sueños de los jardines; de su blanca bondad, blanca como un ejemplo.

Vuelvo a oír sus suspiros — que eran como un sollozo cuando sonaba el Angelus — en las tardes lluviosas... Al mirar las tristezas de un paisaje sombrío, La invadía un otoño de agonía de rosas...

La contemplo viajar por entre albos rosales, toda poesía pura como las transparencias de los claros y abiertos cielos primaverales, escondidas las manos entre un ramo de hortensias...

...Vamos por una senda, bajo árboles de oro;... mi amor la va cuidando como un ángel; también su amor me va cuidando... Ella lleva un tesoro: un libro de poemas que hizo Alberto Samain.

Este olor de jazmines me trae glorias lejanas y su voz perfumada que, temblando, me nombra... Se va la tarde con un llanto de campanas... Ya nos envuelve el tul de ilusión de la sombra...

¡Fragancia de jazmines profunda y delicada que me haces ver paisajes que iban ya borrando; fragancia de jazmines de esta tarde dorada, para aspirarte toda, voy los ojos cerrando!...

José Ma. OLMOS CARDENAS

Sebastián dejó el montón de redes, sobre el cual estaba sentado y se acercó al barquichuelo. Una vez junto a él, extrajo un remo y lo colocó bajo la proa para facilitar el deslizamiento. En seguida se encaiminó a la popa, apoyó en ella sus espaldas y empujó vigorosamente. Sus pies desnudos se enterraron en la arena húmeda y el botecillo, obedeciendo al impulso, resbaló sobre aquella especie de riel con la ligereza de una pluma. Tres veces repitió la operación. A la tercera recogió el remo y saltó a bordo del esquife que una ola había puesto a flote, y empezó a singlar con lentitud, fijando delante de sí una mirada vaga, inexpresiva como si soñase despierto.

Mas, aquella inconsciencia era sólo aparente. En su cerebro las ideas fulguraban como relámpagos. La visión del pasado surgía en su espíritu luminosa, clara y precisa. Ningún detalle quedaba en la sombra, y algunos presentábanle una faz nueva hasta entonces no sospechada. Poco a poco, la luz se hacía en su espíritu y reconocía con amargura que su candoridad y buena fe, eran las únicas culpables de su desdicha.

El bote, que se deslizaba lentamente, impulsado por el rítmico vaivén del remo, doblaba en ese instante el pequeño promontorio que separaba la minúscula caleta de la Ensenada de los Pescadores. Era una hermosa y fría mañana de julio. El sol muy inclinado al setentrion, ascendía en un cielo azul de un brillo y suavidad de raso. Como hálito de fresca boca de mujer, su resplandor, de una tibieza sutil, acariciaba oblicuamente, empañando con un vaho de tenue neblina el terso cristal de las aguas. En la playa de la ensenada, las chalupas pescadoras descansaban en su lecho de arena, ostentando la graciosa y curva línea de sus proas. Más allá, al abrigo de los vientos reinantes, estaba el caserío. Sebastián clavó con avidez los ojos sobre una pequeña eminencia, donde se alzaba una rústica casita, cuya techumbre de zinc y muros de ladrillos rojos, acusaban en sus poseedores cierto bienestar. En la puerta de la habitación apareció una blanca y esbelta figura de mujer. El pescador la contempló un instante, frunció el ceño, hosca la mirada y, de pronto, con un brusco movimiento del remo torció el rumbo y navegó en línea recta hacia el sur. Durante algún tiempo singló con brioso esfuerzo; el barquichuelo parecía volar sobre la bruñida sábana líquida, y muy luego, el promontorio, el caserío y la ensenada, quedaron muy lejos, a muchos cables por la popa. Entonces soltó el remo y se sentó en uno de los bancos. Su actitud era meditabunda. En su rostro tostado que la rizada y oscura barba encuadrada en un marco de ébano, brillaban los ojos de un color verde pálido con expresión inquieta y obsesionadora. Todo su traje consistía en una vieja gorra marinera, un pantalón de pana y una rayada camiseta que modelaba su airoso busto, lleno de vigor y juventud.

El bote, entregado a la corriente, derivaba a lo largo de la costa erizada de arrecifes donde el suave oleaje se quebraba blandamente. Sebastián, recogido en sí mismo, fijaba en aquellos parajes, para él tan familiares, una mirada de intensa melancolía. Y de pronto la vieja

EL AHOGADO

Por Baldomero Lillo

historia de sus amores surgió en su espíritu, vívida y palpitante, como si datara sólo de ayer. Ella empezó cuando Magdalena era una chiquela débil, de aspecto enfermizo. El, por el contrario, era ya crecido, y su cuerpo sano y membrudo tenía la fortaleza y flexibilidad de un mástil. El contacto diario de las comunes tareas, había ido transformando aquel afecto fraternal en un amor apasionado y ardiente. Como hijos ambos, de pobres pescadores, su mútuo cariño no encontró en la diferencias de fortunas, obstáculos ni entorpecimiento. Fué, pues,

parte, a la vanidad materna, que quería a toda costa, hacer de la zafica pescadorcilla, una señorita de pueblo. De aquí partieron los primeros tropiezos para el proyectado matrimonio. A juicio de la futura suegra, éste no debía efectuarse hasta que Sebastián no fuese propietario de una mejor embarcación que reemplazase su misérrimo bote, el cual, según ella, era un viejo cascarón y no valía tres cuartillos.

El mozo no pudo menos que someterse a esta exigencia; mas, con el entusiasmo del amor y la juventud, creyó que muy pronto se

Un suspiro se escapó del pecho del pescador. Entornó los ojos, y un episodio grabado profundamente en su memoria, se presentó a su imaginación.

Un domingo por la mañana, de vuelta a la misa, marchando las muchachas adelante y los mozos atrás por el angosto sendero de la capilla, oyó, de repente, la voz alada de la joven que lo llamaba: ¡Sebastián, Sebastián!

De un salto salvó el espacio que de ella lo separaba y vio al aborrecido rival que, sujetando por un brazo a la indignada muchacha, trataba, entre las risas de las demás, de tomarla por la cintura.

La escena del pugilato aparecía-sele envuelta en una espesa bruma. Todo había sido cosa de un momento. Entre la admiración de todos hizo morder el polvo al cínico galanteador, y si no se lo arrancan de entre las manos, habrían allí, probablemente, terminado todas sus valentías.

Por algún tiempo nada se supo de él hasta que llegó la noticia de que, jurando vengarse de su descalabro, se había embarcado a bordo de un ballenero que zarpara para una larga expedición a los mres del sur. Sebastián alzó la cabeza. De la ribera ascendía una ligera niebla que iba prendiéndose en los flancos de la escarpada costa. Ahora venía una época de relativa calma. Entregado con ardor al trabajo, procuraba reunir el dinero necesario para adquirir una embarcación de más valía que el diminuto bote. Mas, esto iba para largo y empezaba a comprender que, con sólo el trabajo de sus manos, tal vez no lo conseguiría nunca. Entonces, la sorda hostilidad de la madre de Magdalena, aquella vieja avarienta y vanidosa a la vez, se hizo de día en día más desembozada y tenaz. El no era un partido digno para su hija. Con su inexperiencia de muchacho y seguro del afecto de Magdalena, burlábase de aquella oposición. Ahora comprendía cuán torpe había sido al despreciar tan temible adversario. Mas, ya era tarde para remediar el mal. Sólo le restaba la venganza. Al llegar a este punto, un relámpago pareció animar las apagadas pupilas del pescador. En su rostro se dibujó una expresión de amenaza y de cólera intensa y honda. Mas esta excitación fué pasajera y volvió a abismarse en sus reflexiones. La escena de la taberna lo sumió en una profunda meditación. Aunque esa tarde había bebido copiosamente, recordaba todos los detalles. En medio de su embriaguez, el padre de la joven había soltado la verdad, brutalmente. Hacía un mes que había llegado la carta. Estaba fechada a bordo del ballenero, y había sido traída por una goleta que había completado, primero que el bergantín, su cargamento. Estaba dirigida a la madre de Magdalena y en ella decía su rival, que la expedición, a la cual pertenecía, había realizado ganancias fabulosas, de las cuales correspondíanle, en su calidad de capitán, una no pequeña parte. Relataba algunas incidencias del viaje, y concluía solicitando a Magdalena en matrimonio, pues, sus intenciones eran establecerse en la Ensenada e invertir su capital en grandes empresas de pesca, a las cuales asociaría a su futuro suegro.

El viejo terminó su confidencia, diciendo que Magdalena, que había empezado por rechazar abiertamente

Calzado "NEWARK"

VENTA DIRECTA
DE
LA FABRICA
AL PUBLICO



Precio Unico

\$ 15.- m/n.

EL PAR



CORRIENTES 745 - FLORIDA 245

Y CARLOS PELLEGRINI 342

sin oposición, novio oficial de Magdalena, quien era toda una mujer. Ni sombra quedaba en ella de la jovencilla esmirriada, a quien tenía que proteger a cada paso de las bromas de sus compañeros. La transformación había sido completa. Alta, de formas armoniosas, con su bello rostro y sus grandes ojos oscuros, era la joya de la caleta. Entonces fué, cuando, aquella herencia inesperada, ercaída en la madre de su novia, vino a modificar en parte este estado de cosas. Experimentó una corazonada de mal augurio, cuando le dieron la noticia. Los hechos vinieron a confirmar bien pronto aquel presagio. El ajuar de Magdalena se transformó completamente. Los burdos suecos fueron reemplazados por botinas de charol, y los trajes de percal cedieron el campo a las costosas telas de lana. Este cambio debíase, en gran

encontraría en estado de satisfacción.

El bote, arrastrado por la corriente, presentaba la proa a la costa, y Sebastián vió de improviso en la azul lejanía, destacarse los masteleros de los buques anclados en el puerto. Cortó aquel panorama, el hilo de sus recuerdos, reanudándose en seguida la historia en la época en que apareció el otro. Un día irrumpió en compañía de unos cuantos calaveras en la Ensenada de los Pescadores. Decíase marinero licenciado de un buque de guerra, y mostrábase muy orgulloso de sus aventuras y de sus viajes. Con su fiero aspecto de perdonavidas, impúsole por el temor entre aquellas pacíficas y sencillas gentes. Muy luego dióse en cortejar a Magdalena, la aguardentosa figura del valentón, contestó a sus galanteos con el más soberano desprecio.

te todo compromiso con el marinero, (había ido poco a poco, cediendo a las instancias maternas y a la sazón, aunque no mostraba gran entusiasmo por el nuevo y ventajoso partido que se le proporcionaba, su repugnancia se había debilitado en gran parte. Todo aquello, dicho por la estrapajosa voz del viejo que excusaba su debilidad con la voluntad indomable de su mujer, a la cual había estado siempre subordinado, le produjo el efecto de un mazazo en el cerebro. Mas, luego estalló en él una ira terrible. De un empujón derribó al vejete que quería retenerlo, y se abalanzó a comprobar de la propia boca de Magdalena, la veracidad de aquella noticia. Pero, la excitación producida por la cólera y las libaciones, convirtió aquella explicación en reuerta, que terminó en un rompimiento definitivo.

A las palabras duras que le dirigiera, contestó la joven con otras ásperas e incisivas que lo volvieron loco furioso. Aquella actitud suya había sido una nueva torpeza, pues, tenía la convicción íntima de que Magdalena lo amaba, siendo la máléfica influencia de su madre la que la aparta de su brazos. ¡Si él tuviese algún dinero! Y el deseo furioso de ser rico, de poseer riquezas, penetra como un dardo en su cerebro sobreexcitado. ¡Ah, si pudiera evocar a los espíritus infernales, no titubearía un instante en vender su sangre, su alma, a cambio de ese puñado de oro, cuya falta era la causa única de su infelicidad! Pensó en los tesoros que guardaba avaro en su seno el mar. En las leyendas fantásticas de cofres llenos de corales y de perlas, flotando a merced de las olas y que el genio de las aguas ponía al alcance de un humilde pescador.

El insomnio de la noche, los efectos de la orgía de la víspera, el derumbe de sus esperanzas y los atroces celos que le atenaceaban el alma, marcaban sus huellas profundas en su semblante. Sentía una sed vivísima. Se levantó del banco y buscó debajo de la proa, extrayendo de un escondite hábilmente disimulado, una botella. Quitó la tapa y bebió con ansia. Poco a poco su rostro pálido se coloreó. Un principio de embriaguez se pintó en sus verdosas pupilas. Cogió el remo y se puso a singlar para salir de la corriente y acercarse más a la costa. De improviso, al doblar el cordón de arrecifes, distinguió por la proa, flotando, un objeto redondeado que llamó poderosamente su atención. Con un golpe de remo enderezó el rumbo y marchó en línea recta en demanda de aquello que despertaba su curiosidad. A medida que se aproximaba, su extrañeza se convertía en asombro. Luego, toda duda fué ya imposible: lo que sobresalía del agua, a pocos metros de él, era la cabeza de un hombre. Se acercó un poco más, y un espectáculo extraño se presentó ante su vista. Un joven, casi un niño, completamente desnudo, yacía sumergido hasta el cuello, en las frías y salubres ondas. Su posición casi vertical se debía a un salvavidas sujeto debajo de los brazos, en el que se destacaba con letras azules este nombre: Fany.

Es un desertor, pensó Sebastián, recordando la fragata que al anoche del día anterior, había anclado cerca de la costa. Buscó con la vista el barco y lo distinguió navegando a velas desplegadas afuera del golfo. Como el nordeste, que lo obligara a recalar allí, cambiase, horas después, había levado anclas

y emprendido de nuevo su ruta desconocida.

Sin mucho esfuerzo, se imaginó el pescador al grumetillo descolgándose del portalón de la nave a las altas horas de la noche. Mas, el fugitivo no había contado con la frialdad del agua ni con la engañosa proximidad de la costa.

Sebastián contempló el cuerpo amoratado y rígido que se destacaba a través del agua transparente, y viendo que las azules pupilas del naufrago se clavaban en las suyas suplicantes, le dirigió algunas palabras en ese jerga tan común a la gente de mar. Pero de aquella boca, cuyos labios recogidos mostraban los blancos dientes, no brotó ningún sonido. La vida del grumete, parecía haberse refugiado toda entera en sus inquieto y móviles ojos,

oprimiendo el resorte. Su contenido, una gruesa cantidad de monedas de oro, lo maravilló. Mentalmente trató de calcular el valor de aquellos áureos discos y de súbito se echó a temblar. Una idea siniestra acababa de herir su cerebro, dejándolo deslumbrado. Mientras su cabeza ardía, un frío glacial comenzó a descender a lo largo de sus extremidades. Una sed ardiente le abrasó las fauces. Cogió la botella, y llevándola a sus labios, bebió el líquido que encerraba, hasta la última gota. Casi instantáneamente cesó el nervioso temblor, y su mirada adquirió una fijeza extraña, de alucinado. Ya no pensaba en el naufrago. El mar, los arrecifes, la gallarda nave, todo aquel panorama habíase desvanecido, borrándose de su vista como una niebla le-



cuya imploración muda hizo por un instante, olvidar a Sebastián sus propios pesares.

Se inclinó para desembarazarlo del paquete de ropas que tenía atado a la espalda, pero, no pudiendo desatar los nudos, buscó la navaja del marinero, guiándose por el cordón que asomaba entre los pliegues del traje de sarga azul. Tiró de aquel cordón, y, mientras una extremidad quedaba fija en las ropas, en la otra apareció la navaja, unido a otro objeto pesado y brillante. Era un portamonedas de mallas metálicas que Sebastián, casi sin darse cuenta de lo que hacía, abrió

jana. Vefase triunfante junto a Magdalena que le sonreía ruborosa a través de su blanco velo de desposada. Era el día de la boda. La magnífica chalupa que los conducía de regreso del puerto era de su propiedad y volaba sobre las aguas, impulsada por sus ocho remos como una rauda gaviota.

De repente, su rostro transfigurado por una felicidad suprema se ensombreció. Conservando en la diestra la navaja y el portamonedas, su mirada se clavó en el naufrago dura y fulgurante como la hoja de un puñal. Mientras hacía jugar el muelle del arma, aquel ros-

tro juvenil vuelto hacia él con expresión de angustioso terror, le pareció el genio del mal que surgía de su antro, en las profundidades, para arrebatarse la felicidad. Un simple tajo en el caucho del salvavidas y aquel obstáculo desaparecería para siempre. Durante un minuto vaciló. Todo lo que en él había de generoso y noble pugnó por sobreponerse en la terrible lucha que se libraba en su corazón. Un golpe sordo en el agua hizo estremecer. Un gran pájaro marino se levantaba de un círculo de hirviente espuma, llevando en su férreo pico un vívido y plateado pez. Siguió el ave en su vuelo y, de súbito, su cuerpo vibró de pies a cabeza, como si hubiese recibido el choque de una corriente galvánica. En el blanco velamen del barco, hundiéndose en el horizonte, vio al ballenero que volvía. Sus ojos adquirieron otra vez aquella inmóvil fijeza. Contemplaba de nuevo a Magdalena ataviada con su traje de novia, pero ya no era él, el que estaba a su lado, junto al lecho nupcial, sino el otro, Mirábala sonreír, mientras aquel rostro bestial, convulso por el deseo, se aproximaba al de ella, fresco y purpúreo como una rosa. Vió, en seguida, como una mano, más bien una garra, en cuyo dorso había grabada una ancla, se posaba en el blanco y nacarado seno...

Un sordo rugido se escapó por entre sus dientes apretados y se inclinó veloz sobre la borda. El salvavidas se desinfló instantáneamente y la rubia cabeza se hundió en el agua, y Sebastián vió, durante un segundo los ojos azules del naufrago crecer, aumentar, salirse casi de las órbitas, sin que pudiera apartar sus ojos de la tétrica visión. El cuerpo inclinábale de espaldas hasta tomar la posición horizontal, y de pronto le pareció que el descenso se interrumpía, sintiendo al mismo tiempo, en la diestra, un leve tirón. Desencogió las falanjes y la navaja y el portamonedas atraídos por el delgado cordoncillo, saltaron por encima de la borda y desaparecieron en el mar.

Con la vista extraviada, desencajado el semblante, el pescador, dando un brinco, que casi hace zozobrar la embarcación, se precipitó sobre el remo y comenzó a singlar desesperadamente.

Seis días han transcurrido. Sebastián, sentado en el banco de popa de su esquife, dejase arrastrar por la corriente en dirección al sur. Los ojos del pescador tienen un brillo y expresión extraños. Su lívido semblante, azorado e inquieto, sufre continuas transmutaciones. Sus ropas en desorden están cubiertas de fango. A veces sus miembros se crispán convulsivamente, los ojos parecen saltársele de las órbitas, y se vuelve con presteza a la derecha o la izquierda buscando la causa de aquel estruendo que, como un pistoleato, acaba de resonar en sus oídos. Su existencia, durante la semana que acaba de transcurrir, ha sido una orgía continua. Aquella mañana se encontró tirado en el arroyo frente a la taberna. Se levantó y echó a andar como un autómata. Una vez en la caleta, un leve esfuerzo le bastó para que flotara el bote, pues, la marea comenzaba ya a lamer su filosa quilla. Sentado en el banco, nada recuerda, en nada piensa. En su cerebro hay un enorme vacío, y ve las más extrañas y raras figuras, desfilar por delante de sus ojos. Todo lo que

EL ENSUEÑO

Especial para FRAY MOCHO.

Desde mi tierna edad soñé con la princesa de cabello dorado y manos de marfil que un día apoyaría su gloriosa cabeza sobre mi pecho juvenil.

Largas horas de ensueño presentí que vendría y adiviné sus pasos junto a mi corazón, y un día luminoso surgió, en la fantasía, la realidad de la visión.

Eras tú, fina, lánguida, con el encanto blondo de las princesas de los lienzos de Van Dick, el alma delicada y el pensamiento hondo, toda luminosa y sutil.

El alma ensoñativa desde la tibia infancia latió llena de júbilo al sentirte llegar, y una grata ternura, una tenue fragancia, me tornó, de nuevo, a soñar.

Mas, era el dulce sueño del pensativo paje o del príncipe errante por un bello país, era la cárcel diáfana de sensitivo encaje que al corazón lo hace feliz.

Bartolomé GALINDEZ.

mira se transforma al punto, en algo extravagante. El dorso de un arrecife es un disforme monstruo que le acecha a la distancia, y la extremidad del remo se convierte en un diablillo que le hace burleros visajes. Por todas partes, seres extraños, con vestimentas azules o escarlatas, bailan infernales zarándas.

De súbito un halcón marino se precipita de lo alto y se hunda en el agua, a pocos metros de un arrecife. El ruido de la caída y el blanco penacho de espuma que levanta el choque, producen en el pescador una agitación extraordinaria. Mira con ojos extraviados y el sopor de su espíritu se desvanece. Está en el sitio, y muy cerca del escollo, junto al cual se hundiera la rubia cabeza del naufrago. Y estremecido, preso de infinito terror se acurruca en el fondo del bote. Aunque la vista del mar le causa invencible pavor, una fuerza más poderosa que su voluntad lo obliga a alzar poco a poco la cabeza. El temblor de sus miembros y el castañeteo de sus dientes aumentan a medida que se asoma, sobre la borda. Trata de rebelarse, pero, vencido, dominado por aquel irresistible poder, quédase inmóvil, con las pupilas inmensamente dilatadas, fijas en el agua que acaricia los costados del bote con chasquidos, que semejan amorosos ósculos.

En un principio sólo ve una masa líquida, de un matiz de esmeralda intenso. Mas, a medida que su vista se hunde en ella, las capas de agua se tornan más y más transparentes. Muy luego divisa el fondo de arena tapizado de conchas marinas, y de pronto algo confuso, de un tinte blanquecino, que se destaca allí abajo, atrae toda su atención. Como a través de un cristal empañado, que va perdiendo gradualmente su opacidad, los contornos de aquel objeto informe se precisan, adquieren relieve y el conjunto se destaca poco a poco con claridad y nitidez.

De súbito una terrible sacudida agita de pies a cabeza a Sebastián... El cuerpo está acostado de espaldas, con las piernas entreabiertas y los brazos en cruz. Su boca, sin labios, muestra dos hileras de dientes afilados y blancos, y de sus órbitas vacías brotan dos llamas que van a clavarse, como otros tantos dardos, en las verdes pupilas del homicida, quien, en el paroxismo del terror, trata inútilmente de sacudir la inercia de sus miembros y huir de la pavorosa visión. Una fatal fascinación lo posee, quisiera cerrar los ojos, apartarse de la borda, pero ni uno solo de sus músculos le obedece.

Y, el muerto, sube. Abandona suavemente su lecho de conchas y asciende en línea recta a la superficie sin cambiar de postura, extendido de espalda, con las piernas entreabiertas y los brazos en cruz. En su horrible rostro hay una expresión de venganza implacable, de aguda ferocidad. Un sordo estertor brota de la garganta de Sebastián. Su cuerpo tiembla como el de un epiléptico, mas no puede apartarse del flanco del bote.

Y, el ahogado, sube, sube cada vez más aprisa. Ya está a diez brazas, ya está a cinco, luego a dos. Y en el instante en que los brazos del muerto se tienden para estrecharle en un abrazo mortal, el pescador, dando un tremendo salto, va a caer de pie sobre la popa de la embarcación. De ahí brinca a un arrecife, donde el bote abandonado a sí mis-

mo, ha ido a chocar y, ganando la parte más alta de la roca, mira des-pavorido a su derredor. Mas, apenas su vista se ha posado en el borde del agua, cuando salta de allí a la parte opuesta para volver al mismo sitio un segundo después. Y, loco de terror, de un arrecife pasa a otro con los cabellos erizados, flotando al viento.

Es que él está ahí y lo persigue. El agua hierve en torno de los escollos con las arremetidas del ahogado que azota las olas como un delfín. Está en todas partes a derecha e izquierda, delante y detrás. Sebastián oye rechinar sus dientes y ve, a través del agua, el cuerpo hinchado, monstruoso, con sus largos brazos prestos a asirle al menor descuido o al más ligero traspiés. Y para evitarlo, salta, se escurre, se agazapa, corre de aquí para allá, desatentado, sin encontrar un refugio contra la horrenda y espantable aparición.

De improviso se encuentra preso en un arrecife solitario. La marea

le ha interceptado el paso y no puede ya avanzar ni retroceder. A medida que el agua sube y el peñasco se hunde, el ahogado estrecha el cerco y redobla sus acometidas. Varias veces el pescador ha creído sentir en sus desnudas piernas el contacto frío y viscoso de aquellos brazos que, como los tentáculos de un pulpo, se tienden hacia él con una avidez implacable. El fugitivo multiplica sus movimientos, su pecho jadea, la fatiga lo abruma. De pronto, mientras agita sus manos en el vacío y lanza un pavoroso grito, una ola viene a chocar contra sus piernas y lo precipita de cabeza al mar.

Mientras el sol va distanciándose cada vez más de la cima de los acantilados, el bote se aproxima con lentitud a la playa, sacudido por el espumoso oleaje, sobre el cual, los halcones se deslizan silenciosos, es-cudriñando las profundidades.

Los primeros periódicos

El primer periódico empezó a publicarse en Venecia, el año 1563. Antes de su aparición las noticias corrían manuscritas con el nombre de Avisos. En Austria no aparecieron periódicos hasta 1814. En Hungría existían ya en 1721 y el primero fué escrito en latín.

En 1609 apareció la primera gaceta francesa, llevando en verso el programa. En Inglaterra apareció en 1622 el Vesky News. El Times, de Londres, empezó en 1788 y con el nombre The Star, comenzó al mismo tiempo a publicarse el primer diario de la noche. En Alemania empezaron los primeros periódicos entre 1447 y 1420. Se reducían a hojas manuscritas, luego pequeños pliegos impresos que llevaban el nombre de Zeitug (Gaceta). En Dinamarca se empezaron a publicar en 1663 y en 1626 apareció la Gaceta de Madrid.

“Señoras y Caballeros: el novio de mi hermana”

“SE apellida Gonzalez y Más—agrega Pepita—y es político, periodista, orador y poeta. Hay que verlo, cuando recita aquello de ¡“Oh dulce amada mía”!, mirando de soslayo a mi hermana. Pero en medio de su seriedad y sus versos, es un hombre bueno y amable como pocos. Sólo que cuando se case vamos a tener que cortarle un apellido, porque es lo que yo le digo a mi hermana: “si te firmas “Señora de Gonzalez y Más, creerán que te casaste con varios.”



“GONZALEZ y Más” como todos los que trabajan intelectualmente y están sometidos a una constante tensión espiritual, sufre de violentos dolores de cabeza, con “pesantez” en el cerebro y decaimiento nervioso. ¡Qué torpe y miserable se siente entonces el hábil político e inspirado poeta! Pero es cosa de un instante, porque siempre tiene a mano la

CAFIASPIRINA

y con dos tabletas se le alivia el dolor, se le despeja el cerebro y recobra toda su energía nerviosa. Por eso el otro día le dijo sonriendo a su novia: “sólo dos cosas llevo siempre conmigo a todas partes: tu retrato y un tubo de Cafiaspirina.”

Nada hay igual a la CAFIASPIRINA para dolores de cabeza, muelas y oído; neuralgias; reumatismo, y consecuencias del excesivo trabajo mental, las trusnochadas, etc. NO AFECTA EL CORAZON NI LOS RIÑONES.



La próxima presentación que les hará a ustedes Pepita es el “EXCELENTÍSIMO SEÑOR DOCTOR,” un personaje a quienes todos respetan y quieren. ¡No se pierda Ud. de conocerlo!

La cara de Parrita

Por Boy

Yo no conocí al pobre Parrita personalmente; pero uno se lo imagina sin esfuerzo a través de este episodio que ha dado gran extensión a su popularidad. Lo que a uno le cuesta comprender es que la noticia no haya cundido en las crónicas de los diarios, porque durante muchos días después de que sacaron de la casa del carpintero el cadáver de Parrita la gente del barrio se ha pasado horas y horas con la mirada fija en el vidrio de la ventana donde algunos aseguraban que veían la imagen de la cara de Parrita. Esta omisión de la prensa nos resulta más extraña todavía desde que se nos dice que el carpintero, ya cansado de tanta impertinencia, recurrió varias veces a la policía para que despejara la acera de su casa.

Pero esto fué al principio. Al final el carpintero se aburría y la dejó que se cansase sola, porque la muchedumbre no se retiraba por más que se lo pedía. Además pudo advertir el carpintero que los agentes del orden público que llegaban para despejar la calle eran los primeros en sentirse sugestionados por aquel misterioso fenómeno que se personificaba en el vidrio de la ventana de Parrita. De manera que la acción de la policía resultaba bastante ineficaz. La gente retrocedía algunos pasos, retrocedía cuando mucho hasta la acera de enfrente, y allí volvía a permanecer estacionada, hasta que el debilitamiento del cordón policiaco le permitía volver al punto de partida.

La ventana de Parrita estaba en alto. El carpintero se reducía a exclamar, agitando los brazos por encima de la cabeza, cada vez que se encontraba frente al grupo, al salir o al entrar en su casa.

—¡También son ganas de perder el tiempo! ¡Hay alguno que quiera convencerse? ¡Entre y suba de una vez!

Los del grupo se miraron, pero nadie se atrevía. Hasta que una tarde, ya anocheciendo, cruzó la calle el herrero que tenía su fragua enfrente. Cruzó y dijo:

—Yo quiero ver.

El herrero llevaba en la mano una pesada herramienta de su herrería. El carpintero se sonrió al observarlo y le puso una mano sobre el hombro.

—Si me rompe usted el vidrio, me lo paga.

—De manera — repuso el herrero — que tampoco usted se encuentra muy seguro de que la cara de Parrita no está en el vidrio.

El carpintero exclamó:

—¡Pobre Parrita! Era un desgraciado.

Y cerrando la puerta de calle se llevó a su vecino al comedor y le refirió la historia del muchacho.

LA HISTORIA.

La historia de Parrita no era del todo vulgar porque Parrita era un galleguito que tocaba la gaita maravillosamente. Tan maravillosamente tocaba la gaita Parrita que

en su pueblo no le dejaban hacer otra cosa sino tocar la gaita. Y tanto tocó la gaita que un día en que resultó que estaba enfermo del pecho hubo quien llegó a decir que era de tocar la gaita. Entonces le aconsejaron que dejase de tocarla; pero él contestó que ya no podía.

Montevideo comprobó que tocaba la gaita mejor que nunca. Algunos compañeros le preguntaron:

—¿Por qué te quedas aquí?

Parrita contestó.

—No lo sé, pero me quedo. Y se quedó.

En Montevideo Parrita no tenía parientes ni conocidos; pero en seguida su gaita le creó un mundo de vinculaciones. Parrita andaba tocando de fiesta en fiesta, una noche aquí, una noche allá. Le daban lo que querían y vivía de lo que le daban. Durante el día, como el enjambre de su colonia gallega trabajaba, Parrita se encerraba a tocar solo. El fondero de la fonda le decía:

LOS CELOS MODERNOS



EL. — ¡Vamos! ¡Que yo no voy así contigo a la calle!

ELLA. — ¡No sé por qué!

EL. — ¡Porque todas las miradas son para ti, y yo paso completamente inadvertido!

Entonces le dijeron que cambiase de clima, y Parrita se fué a Vigo y se embarcó para América. Durante el viaje de Parrita bailó a proa todo el pasaje de emigrantes, porque a medida que Parrita se alejaba de su tierra sentía una más viva necesidad de tocar la gaita y la tocó en el barco incesantemente. Cuando Parrita desembarcó en

—Se conoce que extraña usted la tierra.

—No, no señor. Como siempre me parece que la llevo al hombro.

Aquello era la gaita, que Parrita conducía como un mástil, alegremente engalanado con gallardetes de vivos colores. En los bailes, mientras que la tocaba, las muchachas que dejaban de bailar se que-

LA AMISTAD

El mayor bien que tienen los hombres es la amistad. Es espada segura, tanto en la paz como en la guerra. Compañera fiel en ambas fortunas. Con ella los prósperos sucesos son más espléndidos y los adversos más ligeros, porque ni la retiran las calamidades ni la desvanecen los bienes. En estos aconseja la modestia y en aquellos la constancia. El parentesco puede existir sin benevolencia y afecto, la amistad no. Esta es hija de la elección propia, aquel del acaso. El parentesco puede hallarse desunido, la amistad no, porque la unen tres cosas, que son: la naturaleza por medio de la semejanza, la voluntad por medio de lo agradable y la razón por medio de lo honesto.

Debe conservarse cuidadosamente la amistad, que amistad reconciliada nada bueno es, porque la memoria del agravio dura siempre.

Saavedra FAJARDO

Enfermos



de los OJOS

“LOIDU,” Unico producto Italiano de fama mundial. Que, friccionando en las sienes, refuerza el nervio optico, quita el cansancio de los ojos, evita el uso de lentes incluso septuagenarios, recuperandose en pocos dias una vista envidiable. **No mas miopes, presbitas ni vistas debiles**

PEDID HOY MISMO EL INTERESANTE LIBRO GRATIS

Direccion General

UGO MARONE
Piazza Falcone al Vomero, 1
(Italia) NAPOLI

daban mirando el semblante del gaitero con las pupilas melancólicamente dilatadas. Parecía que al mirar aquel rostro tan pálido y transfigurado, las pupilas de las muchachas se asomaban a un abismo, en cuyo fondo sin cálculo ardía una llama extraña que las sugestionaba. Una madrugada, cuando llegó el invierno, las muchachas notaron que el rostro de Parrita tenía una palidez de crucificado. Hasta que los sonidos de la gaita se fueron amortiguando lentamente y Parrita exclamó desvaneciéndose:

—No puedo más.

Como Parrita no tenía familia, los amigos llamaron a la Asistencia Pública, que cargó con su cuerpo al hospital. Allí lo tuvieron algunos días esperando turno, y cuando se produjo una vacante, Parrita fué transportado a la Casa de Aislamiento. El gaitero preguntaba por su gaita, pero nadie sabía nada de la gaita. Parrita mejoró visiblemente y pidió que le dieran libertad. Como no se la daban todavía, una noche saltó un cerco y se escapó. Al día siguiente se presentó en una mueblería, cuyo dueño publicaba avisitos en los diarios, ofreciendo trabajo de aprendiz. En el taller trabajaba de capataz el carpintero que ahora le cuenta al herrero la historia de la vida de Parrita.

EL DRAMA

Al carpintero le pareció Parrita un buen muchacho y le prestó su ayuda en el taller. Pronto Parrita pudo convencerse de que le habían robado su gaita la madrugada en que se enfermó, y todo se le volvía hacer mérito para que le señalasen un salario con que poder mandar a España por otra gaita. Cuando lo consiguió, se puso muy contento; pero por aquellos días, el muchacho volvió a escupir sangre y tuvo otro desvanecimiento que alarmó al capataz y le indujo a pedirle un descanso. Parrita le decía:

—Lo que usted quiera, don Paco; pero, por Dios, no vayan a llevarme al hospital.

—¿Y qué hacemos contigo, si en la fonda no te quieren?

—Cualquier cosa, menos mandarme al hospital.

El carpintero era un hombre decente. Cuando vió que se trataba de un caso perdido, llamó a Parrita y le dijo que lo único que podía hacer por él, era arreglarle en su casa una pequeña pieza que tenía ocupada con cachivaches, para que durmiese en ella mientras estuviese sin trabajo. Parrita se instaló allí, con un catre, una silla y un baúl. Pero Parrita no repuntó ya. Los tres o cuatro meses que tardó en morirse, Parrita se los pasó mirando a la calle, con los dedos cruzados sobre el pecho y la frente apoyada en el vidrio de la ventana. Entre la gente del barrio, de condición humilde, desconfiada y supersticiosa, la presencia del rostro de Parrita, constantemente asomado a la ventana, llegó a adquirir cierta popularidad nutrida de suspicacias. El carpintero subía algunas veces al cuarto y le preguntaba:

—¿Qué estás mirando, Parrita?

Parrita respondía:

—A ver si llega la gaita.

Cuando falleció Parrita, la gaita no había llegado. En cambio ocurrió otra cosa que algunos asociaron a la idea de la gaita que no llegaba, y fué que el día siguiente de haberse llevado la Asistencia Pública el cadáver de Parrita, entre la gente del vecindario empezó a correr el rumor de que la cara de Parrita continuaba asomada al vidrio, con lo que se produjo el alboroto de que hablamos al principio de esta crónica. Unos decían que la veían y otros que no. Unos aseguraban que la veían únicamente al anochecer y otros que al anochecer era cuando no la veían. Unos en fin, descubrían en la cara de Parrita extraños gestos de risa y llanto, mientras que otros no descubrían más que un gesto lleno de fría inexpresión. El carpintero no había podido ver nada; pero por desprenderse de aquella muchedumbre se fué a ver a un doctor a quien conocía y volvió diciendo que en todo caso el fenómeno no tenía que sorprender a nadie, porque la aparición de las facciones del enfermo en el vidrio de la ventana, podía tener su explicación científica, como consecuencia de una reacción producida por las propiedades químicas de los medicamentos.

El barrio se rió del carpintero, y entonces fué cuando el carpintero recurrió a los auxilios de la policía, en primer lugar, y luego al expediente de invitar a que subiera al cuarto de Parrita quien quisiera convencerse de que todo era una pura superchería. Hasta que llegó el herrero con su asador en la mano. Como decimos, el herrero cruzó la calle y dijo:

—Yo quiero ver.

Y entró en la casa.

EL DESENLACE

Anochecía ya. Mientras el carpintero le contaba a su vecino la historia de Parrita, la muchedumbre permanecía estacionada frente a la ventana, con los rostros en escorzo y la mirada absorta. Era la hora en que la mayoría afirmaba que la imagen del rostro de Parrita apoyaba la frente en el vidrio para asomarse a la calle. Se producían, en voz baja, diálogos como el siguiente:

—¿Lo ves?

—No lo veo.

—¿Cómo no lo ves?

—No sé, pero no veo nada.

—Ponte aquí, donde yo estoy. ¿Lo ves ahora?

—Tampoco.

—Fíjate bien en el vidrio, sin pensar en otra cosa.

—Veo en el vidrio una mancha, como de aceite.

—Sigue entonces fijándote bien.

Y el diálogo, de pronto se veía interrumpido por la voz de una mujer:

—¡Pobrecito!

O de otra:

—¡Me da frío!

O de otra:

—Dicen que estaba encerrado porque lo andaba buscando la policía.

Aquí surgía una voz aguardentosa:

—¡Por Dios, señora! ¡En qué cabeza cabe que si la policía lo andaba buscando se pasara el mucha-

cho la vida, asomado a la ventana!

—¿Quién sabe!

—¿Cómo quién sabe?

Venía una pausa larga y pavoro-

—Ahora parece que cierra los ojos.

—¿Los ojos?

—Sí. Los ojos y los labios.

Cerraba ya la noche casi por completo cuando repentinamente se oyó de allá arriba un golpe que produjo en la muchedumbre una sensación de pánico. Tras el golpe, rotundo y seco, el vidrio de la ventana de Parrita, cayó a la calle hecho trizas.

La gente se desbandó llena de espanto y nadie apareció en toda la noche. Pero como al día siguiente el vecindario volvía a arremolinarse frente a la casa, el carpinte-

re colocó otro vidrio en el que ya nadie pudo ver la imagen de Parrita.

LOS RUMORES

Sin embargo, los rumores continuaban. En vano el carpintero se ha cansado de decir que fué el herrero quien rompió el vidrio de la ventana. Como nadie vió al herrero, la gente dice que el vidrio lo rompió el alma en pena de Parrita, que continúa vagando por los rincones de la casa a la espera de la gaita que encargó.

Lo cierto es que ahora, entre los demás rumores, en el barrio circula la noticia de que el carpintero ha hablado con un hombre que dicen que se dedica a la compra y venta de casas.

DIRECTAMENTE A LA FABRICA

COSTURERAS

DUEÑAS DE CASA

ES IDEAL

COMPRAR LAS MAQUINAS DE COSER

"ALYNE"

SOLIDAS-SILENCIOSAS-RAPIDAS



COSTANDOLE LA MITAD MENOS
Con certificado de garantía de
CALIDAD IGUAL A LAS DE MAS FAMA

FABRICAMOS

SOLO 2 TIPOS:

Tipo A — Uso Domestico & Bordar

De pedal, con tabla de extension, Tapa curva, 1 Gaveta, Caoba, Bobina Central, Vibrante u Oscilante a elegir, Largo del brazo 19,5 cm., altura 12,5 cm., Equipo y accesorios completos para bordar, doblar, encarrujar, etc.

Tipo B — Sastres, Costureras, etc.

De pedal, con tabla de extension, Tapa curva, 1 Gaveta, Caoba, Bobina Central, Vibrante u Oscilante a elegir, Largo del brazo 29 cm., altura 14,5 cm. Equipo y accesorios completos p/sastres, costura & taller.

RECORTE este cupon para gozar de nuestro **EXTRAORDINARIO PRECIO** de propaganda solo por 60 dias.

(El suscrito) o (la suscrita) (Aquí nombre y apellido del comprador).....

Calle.....

N.º..... Ciudad.....

Provincia.....

Pide le remitan el tipo (A ó B) de la maquina de coser "ALYNE", completa, con certificado de garantía 2 años, puesta en mi domicilio, libre de todo otro gasto a pagar por la suma total de (25 ó 30 dollars) que hoy remeso adjunto en..... (solo letra Bancaria sobre Estados Unidos, valores declarados, giro postal. No se aceptan envios contra reembolso) a favor y nombre de la firma:

ALYNE FABRIL UNIDA
Largo Afonso Pena — Campo Pequeno
LISBOA-NORTE (Portugal)

Anunció Salido "Diario".....

PRECIOS

EXTRAORDINARIOS:

Tipo A

25 DOLLARS

Tipo B

30 DOLLARS

(Comprendiendo Gastos Aduana y Transportes. Puestas a domicilio por nuestro Agente de Aduanas de la zona respectiva.)

BORDADORAS

Estudiamos Exclusivas con Importadores

SASTRES

RESTAN 32 (2) DIAS PARA APROVECHAR ESTE REGALO DE PROPAGANDA

Curiosidades

Las ostras viven de catorce a quince años.

A los quince días de edad tienen el tamaño de una cabeza de alfiler, y hasta los cuatro años no sirven para el mercado.

La jiba del dromedario es un sedimento de grasa que representa un depósito de alimentos para el tiempo de necesidad, a que están expuestos muchas veces.

Las estaciones de las líneas ferroviarias rusas distan siempre tres o cuatro kilómetros de la población para evitar incendios, porque las casas de los pueblos pequeños tienen casi todas el tejado de paja.

El número de los automóviles en uso, actualmente en los Estados Unidos supera en más de dos millones al de los teléfonos. Un censo efectuado por la Western Electric Company registra 17.740.236 automóviles y 15.369.454 aparatos telefónicos. En Francia se observa el mismo fenómeno: hay más automóviles que teléfonos.

Los microscopios más poderosos que se conocen pueden aumentar diez mil veces el diámetro de las cosas.

Dos temibles osos polares se volvieron mansos como corderos, cuando oyeron cantar a la tripulación de un barco.

Las mujeres rubias deben evitar las luces azuladas, que dan a su cutis un tono ceniciento.

El Danubio atraviesa comarcas donde se hablan cincuenta y dos idiomas y dialectos diferentes.

En el transporte de mercancías y de pasajeros de Arabia, India y Persia a Meca, el camello no puede competir con el automóvil.

Un explorador norteamericano ha afirmado que los monos antropoides poseen hasta 30 sonidos para expresar distintas disposiciones de ánimo o tonalidades de ellas. El aserto ha sido recibido con desconfianza por los naturalistas, que, hasta ahora, sólo consideran comprobados y con significado preciso, tres sonidos, semejantes a un rezongo, emitidos por un chimpancé: uno le sirve para expresar asentimiento o afirmación; otro, negación, y un tercero, muy diferente de los otros dos, empleado para indicar agradecimiento por los favores que recibía.

En el Universo todo está en movimiento; ni un sólo átomo goza de reposo absoluto.

La ceguera de colores, es más común en los hombres que en las mujeres.

"Ninguno de los grandes descubrimientos va ligado a un nombre de mujer" decía Menéndez y

Pelayo en el prólogo de "San Francisco", de la Pardo Bazán. Si ese juicio podía defenderse en los días en que fué escrito, ahora va ligado el nombre de madame Curie al descubrimiento del Radio.

Los doctores Heymans y Bouckaert han obtenido la anestesia por el gas de acetileno. Exige el empleo de una careta provista de una válvula inspiratoria que permite administrar una mezcla de acetileno puro y de oxígeno que al principio consiste de ochenta y cinco partes de acetileno y quince de oxígeno. En el perro produce primero un período de excitación que dura algunos minutos, al que sigue el aletargamiento y la anestesia.

En China se hace un dulce especial con azúcar y pétalos de rosa.

En Japón hay una avenida de árboles de cincuenta millas de largo, que se extiende desde la ciudad de Nikko a Namada.

En Nueva York los anuncios luminosos, suman actualmente más de 1.243.500 signos, entre letras, números, etc., que representan una intensidad luminosa total de unos 25 millones de bujías, y sostienen unas 60 manufacturas de diversos objetos aplicados a estos anuncios.

La moda de empolvarse los cabellos es tan vieja como la coquetería misma; pero la moda de empolvarse la cara con polvos de arroz, de almidón, de harina, de habas, de trigo, de talco o de bismuto, apareció en el siglo XVIII. Se empolvaban ya los cabellos bajo el reinado de Carlos IX; pero el polvo para la cara es uno de los atributos de la Regencia.

A Toda Edad



Qué hacer para no toser?
Tener siempre a mano una caja de

Pastillas Iodeína Montagu

y tan pronto sienta usted la gana de toser, póngase una pastilla en la boca y déjela derretir

A pesar de su marcada actividad, pues cada pastilla contiene 5 mg de Iodeína (producto del cubierto por Montagu) estas pastillas son tan deliciosas al paladar que resulta un gusto curarse con ellas

De cuantas pastillas existen para curar la tos, las de Iodeína Montagu son las más rápidas y eficaces para quitar el cosquilleo de la garganta que molesta tanto.

LAS pastillas Iodeína Montagu son remedio bueno para Resfrio, Ronquera, Bronquitis, Ahogos, Asma, Enfisema, Tuberculosis, etc., etc.

Montagu 49, Bd. de Port Royal - Paris

DEPOSITO GENERAL

Farmacia Franco-Inglesa

LA MAYOR DEL MUNDO

Sarmiento y Florida - Bs. Aires

Homenaje al Brasil

Organizada por el Ateneo Ibero-Americano, realizóse en los salones de la Asociación Patriótica Española, una velada conmemorativa del aniversario de la independencia del Brasil, a la cual asistió un numeroso público. — El embajador de dicha nación, doctor José de Paula Rodríguez Alves, pronunciando su discurso ante el embajador de España, duque de Amalfi, el ministro de Portugal don Eugenio Carlos Martínez Tavares, el presidente de la Asociación Patriótica Española, doctor Luis Méndez Calzada y otros caballeros que presidieron el acto.



El presidente del Ateneo Ibero-Americano, don José León Suárez, haciendo uso de la palabra.



Vista parcial de la concurrencia que asistió a la fiesta conmemorativa.



Demostración a don Carlos Vega Belgrano

Un grupo de intelectuales y amigos de don Carlos Vega Belgrano, ofreció a este caballero un banquete con motivo de su reciente designación para ocupar la presidencia de la Comisión Nacional Protectora de Bibliotecas Populares. — La cabecera de la mesa, en la que aparece el ministro de Justicia e Instrucción Pública, doctor Sagarna, a la derecha del obsequiado.

Almuerzo en honor del comisario general de la Exposición Ga- nadera

En el local de la Sociedad Rural, sirvióse el almuerzo que numerosos expositores ofrecieron en honor del comisario general de la Exposición Ganadera, don Eduardo G. Drable vicepresidente de aquella institución, con motivo de la destacada labor realizada por dicho señor en el mencionado torneo. — La cabecera de la mesa.



Exposición de cerámica en el Círculo de la Prensa



El presidente de la República y su señora esposa, durante el acto inaugural de la exposición de cerámica organizada por los señores Valentín Cavallieri y Américo Lemmi.



Algunos de los notables trabajos en cerámica, realizados por los artistas Cavallieri y Lemmi, que figuran en la exposición instalada en los salones del Círculo de la Prensa.

Grupo escultórico "Canto al trabajo"



El intendente municipal, doctor Casco, descubriendo el monumento "Canto al trabajo", del escultor Trustia, erigido en la plaza Dorrego.

Llegada de los maestros chilenos



Grupo de diez y ocho maestras y seis maestros chilenos, a su llegada a Buenos Aires, procedentes de la República hermana. Esta delegación de docentes que nos visita en misión de estudio, está siendo muy agasajada.

La ofrenda a la Escuela Militar de Chile



Placa en bronce, obra del escultor Luis Perloti, que el Colegio Militar Argentino ofrece a la Escuela Militar de Chile, como homenaje a la memoria de las víctimas de Alpatagal.



Señor Julio Lottermoser, autor del libro "EL SONIDO Y EL COLOR Y OTROS ENSAYOS MUSICALES", recientemente aparecido.

Señor Alberto Larrán de Vere, colaborador de FRAY MOCHO y autor del volumen de poesías "HOREB", que acaba de ser publicado.



En honor del señor Leopoldo Castiñeyras



Con motivo de haberse acogido recientemente a los beneficios de la jubilación, como veterinario de los mataderos, el señor Leopoldo Castiñeyras fué obsequiado con un banquete que le fué ofrecido por sus compañeros.

BIBLIOGRAFÍA

Comida de camaradería en el Club Policial



Organizada por la comisión directiva del Club Policial, se llevó a cabo la primer comida de camaradería que realiza dicha institución, acto que fué dedicado a los socios últimamente ascendidos. — A la izquierda, la cabecera de la mesa. — A la derecha: vista general de los comensales. — Ofreció la demostración el subcomisario don Guillermo Mendoza, secretario del Club. También hicieron uso de la palabra el comisario inspector don Alfredo Fernández, que agradeció el homenaje en nombre de sus camaradas, y el subcomisario don José Romariz.

Exposición Antonio Cicchitti

Vista parcial del público que asistió a la inauguración de la Exposición Homenaje de las obras póstumas del malogrado artista Cicchitti, organizada en la Galería Müller por la agrupación de artes y letras "Intip Raymi". Durante el acto, el crítico de arte, señor Manuel Rojas Silveyra disertó sobre la vida y la obra de Cicchitti.



Mutualidad del Tranvía Anglo Argentino



Como estaba anunciado, llevóse a efecto, en el local de la Mutualidad del Tranvía Anglo Argentino, el sorteo de la rifa de tres casas en la capital federal, organizada a beneficio de dicha asociación. — A la izquierda: autoridades de la institución que intervinieron en el acto. — A la derecha: un detalle del público que presenció el sorteo.

Vida ferroviaria



Comensales que asistieron al banquete ofrecido a los señores C. E. Ahirth, G. Gammes, P. S. Scott y M. Monturi, altos empleados de los talleres del F. C. O., con motivo del ascenso de los tres primeros y de la jubilación del último.

Necrología



Señorita María Esther Albarracín, cuyo deceso ha sido muy lamentado.



Señor Miguel A. Abrines, cuya muerte ha sido hondamente sentida en el gremio periodístico, al cual pertenecía.



Sonata en do menor, op. 1.

por José Martínez Jerez

ESTELA no había sido feliz en su primer matrimonio. Casada demasiado joven, hubiese necesitado un marido que comprendiera sus caprichos de mimosa ingenua y la siguiera en sus traviesas genialidades pueriles sin oponer a su irritable voluntad indiferencias ni contradicciones. Pero Rodolfo tenía toda su atención para la música, y es sabido que las mujeres no toleran en nada competencia, ni aun de las cosas más espirituales.

Ella había soñado que la música no fuera para Rodolfo, sino el medio que lo encumbrara al mundo superior del lujo y las comodidades, que era el más alto que ella alcanzaba.

Esperaba verle triunfar en la escena, conquistando él. ovaciones clamorosas y ella miradas de admiración desde el mejor palco del teatro. No fué así. Rodolfo desdenaba las victorias efímeras, y, entregándose plenamente a unas trascendental concepción sinfónica, tributaba sin firma sus obras subalternas a las exigencias del presupuesto doméstico. En lugar de audaz aviador de éxitos, era un oscuro héroe de trinchera. Sin embargo, amaba a Estela, bien que a su modo y sin penosas renunciaciones, siendo esto, lo que a ella la encantaba, pues la mujer, como los dioses paganos, exige culto de sacrificios.

La obra del maestro llenaba la casa de tiranías. El piano, los libros, los papeles pautados, eran intangibles.

La misma Estela se vió un día abandonada de él en una fiesta. Cuando regresó a casa, sola, lo encontró entregado a la armonización de un motivo.

Desde entonces comprendió su fracaso, resignándose a ser la tercera persona de aquella adúltera trinidad.

Sin duda la vida es siempre un poco absurda, capitalmente en la mujer, que tiene tan sutil sentido de la realidad, de modo que aquella consecuencia de Rodolfo con su entusiasmo artístico la encontraba Estela tan extraordinariamente natural que no alcanzaba a comprenderla.

Era una fiebre perenne, una viva emoción continua, una incesante emanación de acordes, corriente pensativa de alta tensión de un al-

ma en terca actividad generadora. Se diría que vibrara en el aire, un flúido intelectual, atmósfera cargada de extraños efluvios cerebrales.

—Está loco, está loco — decía Estela a los amigos de Rodolfo, cuando éste se negaba a recibirlos. Ya no me quiere, ya no se preocupa ni de mí ni de nada de la casa.

Cada día, en efecto, era mayor el retraimiento del músico. Para él era su gabinete de trabajo, como para una crisálida su capullo aislador. Frugal en las comidas, parco en el sueño, indiferente a todo lo que no fuera su labor artística, pasaba por las demás habitaciones de la casa como un recién llegado a un hotel donde sólo va a pasar pocas horas.

—Déjelo — le decían algunos a la esposa torturada. — Son genialidades de artista.

Y otros:

—¡Qué lástima!

Tal vez no sea más que una chifladura pasajera.

—Pues yo no le aguantaba.

—Hágalo ver por un especialista. Son los nervios.

—¿Por qué no se van de viaje?

Comentarios y proyectos se estrelaban contra el mutismo de Rodolfo. Cuando más, contestaba con evasivas. Pocas palabras y enseguida nuevamente a la tarea, aquella insufrible tarea que para Estela sólo era la monotonía de pequeños fragmentos de una música desagradable y rara, sin compás, sin melodía, igual que la lectura de los pedazos de una carta destrozada.

Un bohemio extravagante, médico sin enfermos, filósofo pesimista, que no había podido salvar su amistad del retraimiento de Rodolfo, se mostraba muy interesado por las alternativas y evoluciones de lo que él llamaba el fenómeno psíquico y que venía observando desde afuera por las referencias de Estela.

—Es — le explicaba a ésta — un curioso caso de autosugestión magnética. El cerebro es una maravillosa fuente de energía mental que se irradia en torno nuestro, según la potencialidad del agente produc-

tor. Este flúido magnético, por llamarlo de algún modo, influye sobre los otros cerebros, a la distancia, pero a veces por un fenómeno de reflexión, actúan sobre la misma fuente de que emanan. Hoy está él influido por su propia fuerza magnética, mañana puede ser usted, o yo, o un mandarin de la China, y seguiremos en ese caso sus dictados, inconscientemente y con su misma obcecación.

Estela no comprendía nada de aquello, pero para ella aquel fenómeno psíquico no era más que un estúpido y grosero egoísmo.

Los últimos días de Rodolfo fueron terribles. Consumido por su propio fuego interior parecía que toda su materia se espiritualizaba en armonías que quedaban flotando en el ámbito de la sala. Cuando reunidos todos sus apuntes escribió en la cubierta: "Sonata en do menor, op. 1", no quedaba de él más que un vestigio humano. Dos días después lo enterraban, llevando bajo su cabeza yacente, por expresa voluntad, el formidable manuscrito.

Es lógico que Estela odiase la música y se volviera a casar en cuanto pudo, pero esta vez con un modesto empleado, Carlos Lima, que no sentía homicidas inquietudes de arte. Era una de esas almas blancas que carecen de vida interior, especie de copas vacías que casi nunca llenan ningún licor espiritual. Su dulce luna vagó por los recreos de las islas del delta y, ya en cuarto menguante, volvieron a la casa. Estela miraba con recelo el piano, y hasta quiso venderlo, pero luego convino con Carlos en que era un mueble que decoraba bien la sala.

Raramente salía Carlos. Sus horas libres las pasaba en la casa leyendo la biblioteca de su antecesor, biografías de maestros célebres, historias de la música, monografías de obras famosas, estudios críticos. A pesar de su oído lamentable, silbaba ahora con frecuencia, asomado al balcón, en las noches templadas, mirando las estrellas. Un día destapó el piano y deslizó sobre el teclado sus manos torpes, suscitando un agrio y doloroso quejido. A veces se quedaba meditando largo rato.

—¿En qué piensas? — le preguntaba su mujer.

—En nada. Siento como una vaga melodía.

Cada vez eran más frecuentes sus ensimismamientos. Quedaba base embotado mirando un punto fijo como si escuchara una voz dulce y distante. A ratos movía la cabeza siguiendo el compás de una música imaginaria. Poco a poco iba perdiendo la memoria directriz que coordina los actos usuales de la vida.

No se sentía bien más que en aquella sala, entregado a una divagación sin pensamientos, dejando flotar su espíritu como una burbuja en una suave corriente. Cuando Estela pretendía sacarlo de sus éxtasis, se irritaba violentamente. Después le pedía perdón llorando como un niño.

—¡Oh!, era un gran hombre Beethoven — repetía siempre.

No tardó en producirse una violenta crisis. Sentado en el mismo sillón que había usado Rodolfo, le parecía que una fuerza exterior quisiera organizar en su cráneo, complicadas fórmulas de rayas y signos cabalísticos.

A veces se ponía a escribir cediendo a un ajeno impulso y, abandonando el lápiz después de haber trazado algunos garabatos, exclamaba con desaliento:

—No puedo, no puedo.

Un día se levantó inquieto, nervioso. La noche anterior había sido terriblemente bochornosa. Aquella mañana grandes cúmulos asomaban sobre las últimas azoteas del horizonte de la ciudad. Carlos se encerró en la sala. Vagaba por ella como un sonámbulo. Después se sentó en un sillón.

Pasaron tres horas en un profundo silencio.

Alarmada Estela llamó inútilmente a Carlos. Pidió auxilio temiendo un accidente.

Violentada la cerradura entró en la sala un médico de la Asistencia, que encontró a Carlos desmayado.

Sobre la parte superior de un pliego de papel había escrito con letra que no era suya: "Sonata en do menor, op. 1", y debajo un confuso tropel de notitas negras que semejaba una dispersión de hormigas.

SOCIALES



ENLACES. — Josefina Zapiola - Cipriano Pons Lezica



Dora Urquiola - Jorge A. Luro



Delia María Nieto - doctor Armando Fernández del Casal.



Laura Spegazzini, recientemente desposada con el señor Vicente Krause.



Rosa Carabasa del Carril - Manuel Jorge Acosta.



Maud D'Alkaine - Alberto Larreta Quintana.



Eugenia Benavente, desposada con el señor Oscar H. Martínez.



Felsa Gavilán Naón - doctor Carlos Alfredo Adrogue.



Nelly Mark - Eduardo Robertic.



Pagés Gaudix - Chistensen



Sbarbi - Bordelois



Angélica Castro - Tancredo Vadel



Los esposos Felipe Kraner y Luisa Markman, acompañados de sus hijos y nietos al cumplir el vigésimo quinto aniversario de su casamiento.



Victoria Adolphi, que últimamente contrajo enlace con el suboficial de la armada Enrique Bruno.

Actualidades cinematográficas



Gordon White y Edna Marion, en "Colegiales románticos", film que la Corporación estrena hoy.



Lon Chaney y Renée Adorée en la superproducción Metro-Goldwyn-Mayer "Wu-Ling-Chang", que se dará en breve.



Rod La Rocque y Mildred Harris en "La herencia del corsario", que Glücksmann exhibe desde el viernes último.



Dorothy Revier y W. Mong, en "El payaso", que Glücksmann estrenará el domingo próximo.



Escena de "Hijos del Jazz", protagonistas: Irene Rich, William Collier, Edna Murphy y Richard Tucker, que la General estrenará el viernes próximo.



Leatrice Joy en "Vanidad", cine drama que Glücksmann estrenará el viernes próximo.



Alma Rubens, Barry Morton (el actor argentino) y Walter Pidgeon en "El corazón de Salomé", que la Fox estrenará pasado mañana.



Bárbara Kent y André Beranger en "Solterito", cinta Jewel que la Universal estrenará pasado mañana.

===== INFORMACION GRAFICA DEL INTERIOR =====



ROSARIO. — Enlaces. — María Luisa Recart - Guillermo J. Beltrame.



Clara Spaventa - Luis C. Vigiano.



Sara Hortensia Fredrikson - Rodolfo L. Paz.



Raquel Colombres - José Grasso Grognet.



MENDOZA. — El regreso del ex-senador doctor Carlos Washington Lencinas. — Público congregado en la estación a la llegada del tren en que aquél viajaba.



El doctor Lencinas, desde el vagón ferroviario, dirigiendo la palabra a la gran cantidad de correligionarios políticos que esperaban su arribo.



Conocidos dirigentes del lencinismo formando la cabeza de la manifestación que fué a recibir al doctor Lencinas.



Un aspecto de la columna de manifestantes esperando la llegada del tren que conducía al ex-senador por Mendoza.



Señora Salwa H. de Huespe, recientemente fallecida.



RIO CUARTO. — Combinado de la Liga de Villa María, que se impuso a combinado de Río Cuarto, por el campeonato argentino, mediante un score de 3 a 2 goals.



Team de combinado de la Federación de Foot-ball de Río Cuarto, que fué vencido por el equipo combinado de Villa María.

Florencio Sáenz, radiante de júbilo, en pleno triunfo, saboreando las mieles de su primer éxito artístico, paseaba por una de las salas del Palacio de Bellas Artes. Su lienzo — un asunto histórico de la época de los Césares — estaba allí, ostentando el rótulo, en gruesos caracteres: PRIMERA MEDALLA.

La concurrencia, elegante y distinguida, porque aquella tarde visitaba también la Exposición el rey Humberto, hacía ante el hermoso cuadro, elogios que el autor, de incógnito, recogía con fruición.

Ya al mediodía, antes de salir del hotel, había leído algunos periódicos de España que reproducían y comentaban con entusiasmo los juicios favorables que de la obra expuesta había publicado la Prensa romana. Uno de los más reputados críticos escribió en su diario, que la primera medalla estaba muy bien merecida, pero que el Jurado tampoco hubiera pecado de injusto, adjudicando el primer premio al joven pintor español.

Ahora, viendo desfilar la gente aristocrática por delante de su cuadro, recordaba los azarosos comienzos de su carrera; la vida bohemia, no siempre dorada, de la juventud; los primeros escorzos dibujados en los tableros de mármol de las mesas de los cafés de Madrid; los esfuerzos inauditos para poder presentar al público su primera obra un poco seria, y... por fin, el logro de la pensión oficial y su traslado a Roma.

Habían transcurrido cinco años. Florencio tenía a la sazón veintisiete. Hacía pocos meses que dejó de percibir la pensión; podía vivir ya decorosamente de su trabajo, y esta primera medalla le abría las puertas de un brillante porvenir en el arte.

Entre las personas que circulaban por la sala, vio avanzar, hasta ponerse delante del cuadro, al gran maestro, al ilustre artista Luis Dellanni. Florencio le conocía de vista, le admiraba sinceramente; pero no había tenido ocasión de aproximarse a él, de tratarle.

Dellanni era una celebridad, un artista excepcional; su nombre y sus obras habían llenado toda una época; como el divino Leonardo, era pintor y escultor; toda una generación de artistas debía gran parte de su fama y su gloria a las enseñanzas del insigne maestro. A la sazón trabajaba poco; descansaba sobre sus laureles. Frisaba ya en los cincuenta años; pero conservaba en lo físico su personalidad arrogante, de suprema distinción.

Florencio, un poco retirado, no quitaba la vista del rostro del maestro, queriendo adivinar las ideas que le sugiriese el cuadro.

Después de breves instantes de contemplación, Dellanni volvió la cabeza y extendió su mirada a lo ancho de la sala. Vio a Florencio, dirigióse a él, le tendió amablemente la mano y le dijo:

— ¡Le felicito muy cordialmente!

— ¡Oh maestro! — balbució, conmovido el joven.

— Un premio muy bien ganado; en mi concepto merecía algo más.

— Sus palabras, señor Dellanni, son para mí el más alto galardón de mi pobre labor...

El maestro, con encantadora frialdad mundana, hizo derivar la conversación hacia otros asuntos ajenos al arte, y ambos, hablando casi familiarmente, salieron a la calle...

Un día completo de gloria para Florencio. Después de su triunfo,

LA MODELO

Por José Cintora

mostrarse en público en compañía del gran artista, era para él, motivo de legítimo orgullo.

Entraron en un suntuoso café, punto de notable concurrencia. Artistas de todas clases: pintores, escultores, poetas, músicos, autores dramáticos, actores, cantantes de ópera, personajes distinguidos en la política, críticos, periodistas. Allí tenían sus tertulias de las tardes D'Annunzio, Carducci, Mascagni, Amicis...

Dellanni y Florencio se instalaron en una mesa. Poco después entró en el café una elegantísima jo-

al artista como en éxtasis de contemplación admirativa. El la trataba con exquisita galantería, en la que a veces se notaba, mezclada con la pasión amorosa, cierta ternura paternal.

Pasó algún tiempo. Después de repetidas insinuaciones de Florencio y de otras tantas negativas de Rosina, al fin, por generosa intervención de Dellanni, en favor de su joven amigo, consiguió éste que ella le sirviera de modelo para un desnudo que pensaba presentar en la próxima Exposición de París.

Las sesiones tenían lugar en el

Pidan

"QUILMES DE INVIERNO"

La mejor cerveza para la estación

ven. Miró rápidamente a derecha e izquierda, y viendo a Dellanni, vino a sentarse a su lado.

El maestro hizo la presentación: — Mi compañero Florencio Sáenz... Mi amiga Rosina...

Era una espléndida mujer. Alta, esbelta. Las tenues gasas de su vestido dejaban entrever las líneas perfectas de una diosa humana...

En suma: una belleza impecable en toda su sazón; veinticinco años, en la plenitud de la vida; la realidad femenina del sueño de un artista...

Todos sabían que Rosina era la modelo de Dellanni. Pero podía también afirmarse que les unía otra más dulce intimidad. Ella miraba

estudio de Dellanni, adonde Florencio concurría todas las mañanas.

Al quedar acabada la obra, el último día, cuando ya Florencio no debía volver a contemplar y trasladar al lienzo las bellas formas de su modelo, el joven se despidió del maestro y de Rosina, profunda y visiblemente afectado...

— No creo engañarme, Rosina — dijo Dellanni. — Ese joven te ama, está enamorado de ti...

— Quizá — contestó ella. — Pero para él sólo he sido la modelo... Lo demás todo es tuyo...

Volvió a pasar bastante tiempo. Florencio, tras un ruidoso triunfo en la Exposición de París, con su

desnudo de mujer, que obtuvo el primer premio, se hallaba en Milán sumido en melancólicas aforanzas amorosas.

Cierta mañana leyó en los periódicos de Roma, la noticia de que el gran artista Dellanni estaba gravemente enfermo. Se desesperaba de su salvación.

Florencio exclamó al instante:

— ¡Rosina!

Llevaba indeleble en el alma, la imagen de aquella mujer... Partió rápidamente para Roma. Llegó a la casa del maestro. A su solo nombre se le franqueó el acceso hasta el lecho del enfermo.

Dellanni estaba demacrado, casi moribundo... Se estrecharon conmovidos las manos... Florencio miraba a las personas que rodeaban al enfermo. Personas todas solícitas y cuidadosas, pero asalariadas. No tenía el maestro familia. ¿Y Rosina?

Florencio — dijo débilmente Dellanni, — usted nota aquí la falta de una persona... ¡Confíese que ha venido... por mí, no lo dudo..., pero especialmente por ella!

Florencio se ruborizó y bajó la cabeza.

En los labios secos y pálidos de Dellanni se dibujó una amarga sonrisa, y murmuró:

— ¡No está!...

Luego Florencio interrogó al antiguo criado del maestro.

— ¿La señorita Rosina? — repuso el sirviente. — Cuando el señor enfermó, al principio, estaba aquí de día y de noche; luego, sólo venía por las mañanas; después, dejó de venir del todo... He sabido que se fugó con un tanguista argentino...

Florencio sintió precipitarse dolorosamente el ritmo del corazón... Su acariciada esperanza quedó desvanecida.

Días después, asistió, con el alma llena de negruras, al suntuoso sepelio del famoso artista...

Y desde entonces, una visión punzadora y cruel se adueñó de su mente: allá, muy lejos, en un lujoso "cabaret" de Buenos Aires, ante un público abigarrado, concupiscente y rísculo, el cuerpo escultural y divino de Rosina se exhibía casi desnudo entre los brazos del bailarín vestido de frac, en los lascivos movimientos del tango...

¿Por qué no se quema el amianto?

El amianto es una materia que ya ha sido quemada, como la piedra o la arena y, por consiguiente, no puede volverse a quemar. Es también muy difícil fundirlo y no se consigue hacerlo a la temperatura de una llama cualquiera: por lo tanto, se le utiliza de muchas maneras. Se le emplea para cubrir las cajas de hierro, los hornos, etc. Su nombre viene del griego y significa "incorruptible".

En este caso, como en el de la piedra, es probable que en épocas muy remotas, todas las substancias hayan sido producidas por combinaciones con el oxígeno, pues la Tierra era entonces muy diferente de lo que es hoy. Si se considera que una porción de la corteza terrestre ha sido ya quemada, es decir, combinada con el oxígeno, y cuanto oxígeno queda aún en el aire en la época actual, se comprenderá fácilmente cómo casi la mitad de las materias que nos rodean se componen de oxígeno.

Pertenecía a esa numerosa serie de recolectores de espantos internacionales, que se llaman comunmente coleccionistas de sellos. A la edad de dieciocho años robó por primera vez un billete del bolsillo de su padre, para comprar un sello de dos céntimos. La cosa parecerá idiota, a primera vista, pero cuando se sepa que esto acaeció en San Francisco de California, continuará pareciendo idiota, aunque un poco menos.

Venido a Italia, para hacer fortuna, se ofreció como primer violín al propietario de un café cantante, sin aumento en el precio de las consumaciones. Pero el propietario del café le contestó imperturbable:

—Usted será habilísimo, pero es calvo. Un calvo no puede ser primer violín de una orquesta de tziganes.

—En el Conservatorio de San Francisco he alcanzado el segundo premio sobre novecientos concursantes — protestó platónicamente Amalio Skat.

—No importa — mantuvo el propietario. — Un tzigan pelado no puede tocar más que el contrabajo.

—Pero yo he estudiado catorce años el violín — gimió Amalio, con la calma de los fuertes.

Pues en vez de estudiar todo ese tiempo, lo que debió aprender, en el Conservatorio, es a conservarse siquiera una decente cabellera.

Amalio Skat, entonces, le disparó un revólver, pudiendo haberle atresado la masa intestinal, si hubiera tenido buena puntería. Pero en lugar de eso, la bala fué a atravesar un ojo del retrato de Garibaldi herido en Aspromonte.

El propietario del café no creyó del caso insistir.

—¡Bravo, muchacho! — le felicitó un caballero, más bien gris, pero de animoso y jovial aspecto y de una elegancia londinense, que estaba comiéndose una salchicha de Strasburgo con patatas. — Usted tiene hígados. Me gusta. ¿De dónde viene? ¿Cómo se halla en Nápoles? Su gesto me ha sido simpático. Déjeme ver su revólver.

Amalio se lo alargó, dándoselo por el cañón.

—Es un modelo anticuado: seguramente la pistola con que se mató el pobre Werther.

Y devolviéndosela:

—¿Puedo ofrecerle una cerveza?

Amalio aceptó la cerveza.

Aquel caballero, de grandes anteojos de concha, afeitado como un guantes, tipo "clergyman" que contrastaba con la elegancia de su traje, era el geómetra Zingerbai, el cual conocía California mejor que Amalio Skat, nacido allí.

—¿Qué hacía usted en California? — preguntó Amalio.

—He echo florecer muchas empresas — contestó el geómetra Zingerbai. — Fundé un establecimiento para la producción de pieles con dos pabellones adjuntos. En uno tenía los gatos para sacarles la piel, y en el otro engordaba ratones para alimentar a los gatos. A su vez los ratones destinados a ser pasto de los gatos comíanse la carne de los gatos despellejados. Al principio, esta industria fué viento en popa; pero un día los ratones se negaron a tomar alimento, porque olía a ratón, y los gatos hicieron lo mismo porque el suyo olía a gato. En ocho días murieron delante de mí

El aprendiz de policía

Por Pitigrilli

diecinueve mil gatos y veintitrés mil quinientos ratos. ¡Pobres animalitos! No me importa decirlo, al fin y al cabo he perdonado a más de medio millón.

Transformé entonces el establecimiento en hotel, y lo bauticé con el nombre de Hotel Edén. Pero como estaba en medio del campo, a ocho

sencilla razón de que no hubo caja alguna.

A los tres meses justos de abrir el Hotel Edén tuve que cerrarlo. El nombre Edén no tuvo fortuna. Tampoco la tuvo el Padre Eterno cuando abrió aquella especie de feria internacional con atracciones populares que debió de ser el Paraíso

Inauguramos recientemente
nuestra sucursal en Rosario

"Palacio
Fuentes"

DI RISIO Hnos.

DAMAS Y
CABALLEROS

ROSARIO - SARMIENTO 722
U. T. 23 - 230

BUENOS AIRES - CALLAO 1103
U. T. 44 - 5162

kilómetros de la puerta de la ciudad y a doce de la estación del ferrocarril, resultó que no era frecuentado más que por ladrones, que a menudo asaltaban la administración para llevarse el dinero. Pero todos los más ingeniosos sistemas que los modernos ladrones emplean para abrir las cajas de caudales, fracasaron completamente, por la

Terrenal, y que se llamó igualmente Edén. El también tuvo que cerrarlo al poco tiempo.

Justamente, por aquellos días, la célebre Hamba Exagonal, la domadora persa que metía la cabeza en la boca de uno de sus leones, moría en Winnipeg, de Canadá: el león, bien porque quisiera gastar una broma, o porque aquel día no estu-

viere para bromas, cerró la boca y se engulló la cabeza de la domadora.

—¡Es espantoso! — se horrorizó Amalio Skat. — ¿Y no mataron al león?

—Se opuso la Sociedad Protectora de Animales. Y, en consecuencia, le fué regalado al arzobispo de Toronto, en una de sus visitas pastorales. Los herederos de la domadora, para deshacerse de la herencia, hicieron almoneda de fieras y de jaulas. Yo pasaba justamente por allí, y para no hacer el triste papel de curioso, con las manos en los bolsillos, compré un mono; un soberbio chimpancé. Con un cursillo de matemáticas, lo puse en disposición de presentarse en todos los teatros como calculador, y la primera "tourné" por el Brasil, dió buen resultado: los más importantes cafés-conciertos del mundo me hicieron proposiciones tan ventajosas, que en dos años y medio de trabajo, el mono y yo, hubiésemos podido retirarnos del arte con cinco millones de dólares cada uno. Pero en un maldito "varieté" de la República del Ecuador, mi chimpancé se enamoró de una canzonetista búlgara, y no siendo correspondido empezó a sufrir y a enflaquecerse a ojos vistas, hasta que una noche murió en el mismo escenario, como Molière. El Instituto de Psicología de Filadelfia me ofreció mil dólares por el cerebro de tan portentoso animal, pero yo no quise darlo, y lo inhumé en mi panteón de familia, en Boston.

Solo en el mundo, me hice policía privado. Siempre he sentido una marcada inclinación hacia esta clase de sport. En California perseguí toda una cuerda de misteriosos delitos; arresté, por mis propias manos, a la señora octogenaria que mató por celos a su confesor; capturé al célebre "Herodes del Oeste", que se había empapelado su garconniere con la piel de numerosos niños, arrancados del pecho de las nodrizas, a pleno día en los jardines públicos. Pero si presté servicios inapreciables a la justicia, di algún quehacer a la policía, que estaba interesada en los robos a los Bancos. Y, para premiar mis méritos, me expulsaron de California.

Ahora aquí en Nápoles, soy empresario de pompas fúnebres, con cuatro mecanógrafas, tres contables, un secretario, ocho cocheros, dieciséis criados, un maestro carpintero, seis oficiales, más dos dibujantes de féretros al estilo clásico, y uno de féretros de fantasía. Un total de cuarenta y dos empleados.

—¿Y va bien su negocio? — preguntó Amalio.

—Sí — contestó desdeñosamente el americano. — Aunque reconozco que si cada año se desatase una epidemia, iría mejor. Pero, en fin, la mortalidad en Nápoles está bien. No puedo quejarme.

—Y a sus cuarenta y dos empleados — aventuró Amalio — ¿no podría usted añadir uno?

—¿Y por qué no? Usted es un muchacho simpático.

—Conozco varias lenguas.

—No hacen falta. Tengo pocos clientes en el extranjero, y no atiendo la exportación. Pásese mañana por mi oficina.

Y le entregó una tarjeta, con su nombre y señas.

Al día siguiente Amalio Skat abrazaba a Concettina, la mujer de

LA CONCIENCIA

Hay en el fondo de las almas un principio innato de justicia y de virtud, con arreglo al cual el hombre debe juzgar sus acciones, y ese principio es el que yo denomino "conciencia".

Conciencia ¡Instinto divino, voz inmortal y celestial, guía segura de un ser ignorante y de facultades limitadas, pero inteligente y libre; juez infalible del bien y del mal, que hace al hombre semejante a Dios! ¡Tú eres la que constituyes la excelencia de su naturaleza y la moralidad de sus acciones; sin ti nada siento en mí que me eleve sobre el nivel de las bestias, a no ser el triste privilegio de extraviarme de error en error con el auxilio de un entendimiento sin reglas y de una razón, sin principios!...

A ti, conciencia, debe el hombre que quiera ser digno de tal nombre; someter el juicio de cada uno de sus actos, para evitar el error, en cuya repetición descenderá hasta la ignominia.

J. J. ROUSSEAU.

que se había provisto y se dirigía a la oficina funeraria.

—Es triste — iba pensando — venir de América a tocar el violín, y entrar de empleado, por el contrario, en una casa de pompas fúnebres. Sin embargo, mi razonamiento no podía ser más lógico: Si América se ve invadida por músicos napolitanos, vamos a tocar precisamente a Nápoles, en donde debe haber falta de músicos...

Apenas entró en la Premiada Casa Muerte y Elegancia, para le vanta de féretros de lujo y alquiler de carruajes de gran gala, no estando práctico en los trabajos propios de sus oficinas, se le mandó escribir en quinientos sobres la dirección de otras tantas familias, las mejores de Nápoles, y de meter en ellos igual número de cartoncitos negros y oro, con la siguiente inscripción:

LA PREMIADA, RAZON SOCIAL, MUERTE Y ELEGANCIA

(Casa de confianza)

Para la venta de féretros de lujo y alquiler de carrozas de gran gala.

Con ocasión de las próximas fiestas de Navidad y Año Nuevo, desea los mejores augurios a su vieja y estimada clientela.

Amalio Skot (en Nápoles lo llamaban Sgatte) se permitió observar a su principal, con toda reserva, que la expresión "vieja clientela" podía herir la susceptibilidad de alguno, que vería en esa palabra una especie de solicitud y advertencia.

—¡Es verdad, muchacho! — aprobó Zingerbai, ordenando que raspase en los quinientos cartones la indecisa expresión, sustituyéndola por la palabra "fiel".

En menos de una semana, dió Amalio Skat, tales pruebas de inteligencia que fué destinado al ramo que se encarga de "precios acumulados", para familias numerosas (incendios, terremotos, suicidios colectivos, envenenamientos en masa por el sistema de los fósforos) y de ciertas pequeñas combinaciones, como el alquiler de flores frescas, que la Casa se lleva a mitad de precio después de la ceremonia y la redacción, en las dos primeras horas después del fallecimiento, de discursos sinceros y conmovedores.

El geómetra Zingerbai acariciaba el propósito, desde hacía algún tiempo, de forrar las cajas de los muertos de muerte provisional (con sospecha de muerte aparente) de un pequeño aparato telefónico, una ligera provisión de agua mineral, un hornillo de alcohol para freír dos huevos, una bomba de aire comprimido y algunos libros de amena lectura. Porque decía él:

—El muerto que se despierta no debe tener la sensación desagradable de que ha sido sepultado.

El problema más difícil era el de la iluminación; pero el nuevo empleado, el solícito Amalio Skat, lanzó la idea de escribir sobre la cara inferior de la tapa del féretro con una sustancia fosforescente, este aviso:

"No telefonee usted, más que en caso de necesidad"

La advertencia sería útil para evitar falsas alarmas, y al mismo tiempo difundiría en el ambiente una luz discreta y sostenida, por el poder fosforescente de la sustancia que se empleara, la cual, después de todo, no sería más que la usada en los relojes de esfera luminosa, que permite ver perfecta-

mente la hora, sin necesidad de encender la luz eléctrica. Basta con encender una cerilla.

El geómetra Zingerbai pasaba el día en su elegante despacho, digno del director de un establecimiento tan floreciente, hundido en una hospitalaria poltrona, fumando buenos vegueros, y con los pies encima de la mesa escritorio, como para hacer el reclamo de sus suelas y tacones de goma.

No había querido instalar el teléfono en su despacho, para que no le mareasen. "El que quiera hablar

Cuando pudo llegar a la clínica hallábase ya en tan mal estado, que para explicar al doctor qué diente le dolía tuvo que hacerlo por escrito. Pero la perioritis habíase propagado de tal manera, que fué preciso el levantamiento en masa, de once dientes, todos de una vez, como esas loterías en que los premios son tantos que hay que sacarlos por centenas.

Con estos antecedentes, ¿cómo podía Amalio Skat pedir medio día de permiso para irse al campo con su Concettina y un amigo filatélico.



con mi casa — decía — que se vea con mi secretario, y si no quiere tratar con mi secretario, ¡que reventé! Así habrá un muerto más".

A los empleados les exigía un trabajo intenso y una puntualidad cronométrica. Las paredes de la oficina estaban tapizadas, a la usanza americana, de avisos como éste: "Trabajad en silencio: la oficina no es una cervecería. Si os gusta la mecanógrafa, decidse a la salida".

Por nada del mundo hubiese concedido una hora de permiso a nadie, e inútilmente se lo pidió una vez la señorita del reparto H. C. (horno crematorio) para ver a su novio en la cárcel, donde no puede hablarse más que una hora y determinados días. Como inútilmente le pidió también su secretario veinte minutos, para sacarse un diente que le había puesto el carrillo como un guante de boxeo.

—Vaya usted al dentista cuando salga de aquí.

—Pero si no recibe después de las seis.

—Pues entonces va el domingo. Puede ser que se trate solamente de una neuralgia, y de aquí al domingo se le cura. Y todo eso irá ganando.

En otras oficinas, cuando el jefe niega un permiso, el empleado se lo toma. Pero Zingerbai no se movía apenas de la suya. Lo más que sabía era para comerse en la cervecería de enfrente una salchicha de Strasburgo con patatas. Pero ¿qué dura eso? Dos minutos. Las salchichas no hay que mascarlas porque no tienen hueso. Y lo mismo puede decirse de las patatas, sobre que, a veces, aunque sean tan duras como huesos o piedras, ofrecen la ventaja de que pueden tragarse enteras.

Zingerbai leía todo el día historias maravillosas de policías, que de una simple colilla de cigarro saben reconstruir la historia de un delito. Pero cómo esa colilla es chupada comprenden si el que la tiene entre los dientes es linfático o nervioso, ateo o creyente, si está suscrito a su periódico, o lo compra cuando sale de casa, si su abuelo materno murió de un ataque de apoplejía o de un bastonazo en la cabeza.

Y estas lecturas evocaban en él, además, los buenos tiempos en que a su vez, en California, perseguía a los criminales más recalcitrantes.

ANECDOTA

El rey había concedido audiencia al ministro Sully. A la hora marcada el ministro llamó a la puerta de la regia cámara.

En vez de hacerle pasar se le advirtió que S. M. tenía fiebre y que no podía recibirle hasta después de la comida.

Sully se alejó refunfuñando y fué a sentarse cerca de una escalerilla de servicio que daba acceso a las habitaciones ocupadas por el soberano.

Una joven muy linda, vestida de verde, bajó apresuradamente por la escalera y se alejó esquivando las miradas de los cortesanos.

Momentos después apareció el rey.

—Hola, señor de Sully ¿qué hacéis por aquí? — exclamó el monarca, turbado por la presencia del ministro. ¿No os mandé decir que estaba con fiebre?

—Sí, señor; pero ya se fué. La he visto irse vestida de verde.

—Usted, Amalio Skat — le dijo un día — sería un buen policía. Yo veo en su cara que hay tela. Y ¿quién no me dice a mí que un día cualquiera no abro yo, con usted, un instituto de policía privada?

¿Amalio Skat policía? Sólo un monomaniaco como Zingerbai podía pensar semejante cosa. Se puede hacer que un hombre que pasó su juventud coleccionando sellos extranjeros toque el violín, o entre de empleado en una oficina de pompas fúnebres; se le puede mandar a dirigir una mina re fosfatos o una plantación de caucho; se le puede nombrar de un momento a otro subsecretario de Bellas Artes en Italia, o encargarlo de un curso de sesenta lecciones sobre las enfermedades de la ballena; pero decirle "métete a policía" es la quintaesencia del absurdo, el "delirium tremens", la locura más peligrosa para él y para los demás.

Sin embargo, si eso le hubiese servido para obtener medio día de permiso, en que poder ir al campo con su Concettina y el amigo filatélico (oh, hablar de los sellos coloniales bajo un melocotonero en flor!) la hubiera intentado.

Y lo intentó.

—Camarero, recado de escribir y un vermouth.

—¿Con seltz?

—No; un vermouth solitario.

La terraza estaba llena de los chillidos de los vendedores de periódicos. Uno de ellos le ofreció el Mattino y se le metió entre los pies para coger una colilla.

En el papel de cartas que le llevó el camarero, escribió lentamente algunas palabras enigmáticas, como fórmulas algebraicas, o como esos signos convencionales que los negociantes hacen en la mercancía. Secó el papel, lo dobló, se lo metió en el bolsillo y echó una lira sobre la mesa.

Cuando entró en el despacho de Zingerbai, éste, tumbado en la poltrona, esforzándose en vano en hacer aros de humo.

—Señor Zingerbai, soy el más desgraciado de los hombres. Entre la ropa interior de mi mujer he encontrado un papel escrito con un alfabeto convencional.

—¿Y qué buscaba usted en la ropa interior de su mujer?

—Un cordón.

—¿Para qué, si usted lleva zapatos de lazo?

—Para destapar una botella.

—Pues es mejor servirse de un sacacorchos. Veamos el papel.

El geómetra Zingerbai había recobrado todo su aplomo de policía.

¡Bueno! — exclamó el discípulo de Sherlock Holmes — ¿Qué nos apostamos, querido Amalio, a que lo descifro en diez minutos? ¿Una botella de champagne?

—¿Ni siquiera una botella de agua mineral! — repuso Amalio Skat. — Lo he descifrado yo solo.

—Mejor que mejor. Así veremos si nuestras interpretaciones coinciden.

Tomó un lápiz, copió lo escrito sobre un block de notas: con otro lápiz rojo tachó algunos signos, subrayó otros, transcribió aparte algunos, y sentenció:

—"Te espero..."

Amalio continuó:

—"Te espero mañana a las cuatro. Te beso dentro de la oreja, como a ti te gusta. Tu Jenaro".

—¡Perfectamente! — aprobó Zin-

gerbai. — Es usted un gran policía. Ya lo decía yo. ¿Y no sabe usted quién es ese Jenaro?

—No.

—Pues tiene que buscarlo. Y lo encontrará. Habiendo sido lo bastante hábil para descifrar esto, ha de serlo también para descubrir al autor. Le ofrezco a usted como premio una botella de Chipre. Si no lo descubre, me la da usted a mí. Y le dejo en libertad.

—¿Hasta cuándo?

—Toda la tarde. Y si no lo encuentra hoy le dejaré también libre la tarde de mañana.

Amalio echó a andar.

—Un momento — le detuvo Zingerbai. — Temo en usted una imprudencia. Déme su revólver. Podría hacer una locura.

—No lo tengo ya — repuso Amalio. — Lo he vendido.

Zingerbai sacó de su bolsillo la browning propia, de siete tiros y se la ofreció.

El joven sabueso cogió la pistola y la puerta.

—He sido un miserable — pensaba Amalio mientras se dirigía a su casa. — Calumniar a Concettina, ella que está por encima de toda sospecha, como la mujer de César. Si supiera que la he acusado de sostener correspondencia con un amante por medio de un alfabeto convencional, ¡a ella, precisamente a ella que no sabe leer ni escribir!

Una vez en casa se lo contó todo a Concettina, Concettina, tan buena, tan pura, perdonó y rió. El Amalio, también rió mucho con Concettina y el amigo filatélico aquella tarde, mientras tomaban el ferrocarril circunvesuviano. ¡Cómo se rió, a espaldas de Zingerbai, bajo los melocotoneros y los almendros en flos!

—¡Sí, hombre!... Entre nosotros...

—Es delicioso tu perfume — comprobó Amalio, besándola en el tibio misterio veloso de la nuca.

—Y no es caro — dijo Concettina. — Una botella así, una lira. Se llama *Sueño de una noche en Hong-Kong*.

—En Hong-Kong — dijo el marido — los sellos tienen un bonito dragón...

La tarde en el campo proporcionó una dicha tal al corazón de Concettina que su marido, mientras regresaba a Nápoles, le prometió.

—Y mañana volveremos a hacer lo propio. Tengo un plan para obtener otra tarde de permiso.

En efecto, cuando a la mañana siguiente el geómetra Zingerbai le preguntó por el resultado de sus pesquisas, Amalio Skat respondió:

—Nada todavía. Pero estoy sobre las huellas. Necesito otra tarde de permiso.

—No es necesario — declaró con orgullosa resolución, el geómetra Zingerbai. — No lo ha descubierto usted pero lo he descubierto yo. Envieme a casa la botella de Chipre. Será el Chipre de la explicación. Alégrese usted. He hecho indagaciones por mi cuenta, y puedo asegurarle que el amante de la señora Concettina Skat no se llama Jenaro, sino Natalio Proletti, ligeramente bastardo, de 24 años, peluquero; que su mujer de usted lo recibe todos los días de tres a cinco en casa;

FLOR DE ESPAÑA

A "La Gioconda"



Bajo ronda de estrellas
tibio beleño
de azahares, y sonoro
rumor de fronda,
al concebir las gracias
un dulce ensueño
surgió la encantadora
gentil Gioconda.

Sonriente a los donaires
de su apostura
infúndele Terpsicore
plásticos dones,
y, de entonces, la bella
grácil criatura
no es mujer, es dechado
de bendiciones.

Es una hada que emula
dulce Friné
si exalta sus revuelos
de danzarina,
las graciosas piruetas
de algún minué
o en vivos arrebatos
de alma latina.

Copo leve de espuma
sierpe ondulante,
que lleva en sus cadencias
de giros suaves

el fulgor de una mágica
luz fascinante
o la esbeltez que lucen
solo las aves.

En su ritmo armonizan
la aristocracia
de una silueta clásica
de figulina
con el noble desplante
de altiva gracia
de las hijas de Iberia
que el sol calcina.

Porque hay en tu arte puro
claros de linfa
y fulgor de lucero
de la mañana,
y aunque tienes, Gioconda,
gestos de ninfa,
cautivas con deslumbres
de alma gitana.

Me rindo al privilegio
de tus blasones,
pues confieso que cuando
tu gracia extraña
agita en torbellino
mis emociones,
me embriago en el alma
de flor de España.

ADELA GARCÍA SALABERRÍ

y si usted quiere saber más diríjase a su ex-patrón, en el callejón de la Caridad, el cual la semana pasada lo ha puesto de patitas en la calle por la desaparición de cuatro frascos de un perfume finísimo, que se llama, si no estoy equivocado, *Sueño de una noche en Pekín*.

—No, en Hong-Kong — corrigió Amalio.

Le hubiera añadido que los sellos de Hong-Kong tienen un bonito dragón, a no haber fallecido repentinamente, sin contracciones ni sufrimientos, en los largos brazos del geómetra Zingerbai.

Fué enterrado a expensas de la premiada casa "Muerte y Elegancia".

La leyenda de la vid.

Según cuentan los árabes, sentados a la puerta de sus tiendas, cuando Baco era niño todavía, se puso una vez en camino para ir a la ciudad de Radjapoor.

El camino era largo, el sol quemaba, y el niño se sentó para descansar un rato. Lanzando una mirada en torno suyo, vió una hierba y le pareció tan bella que, sin pensarlo, dos veces, la arrancó para plantarle en su jardín. Se dió con un hueso de pájaro que estaba tirado por allí, lo tomó, metió en él la planta y prosiguió su camino.

En la mano del niño crecía tan rápidamente la planta, que pronto no cupo su tallo dentro del hueso de pájaro. Temiendo que el ardor del sol secara la planta, buscó en torno suyo y viendo un hueso de león, la introdujo en él con el hueso de pájaro. Pero el tallo continuaba creciendo y bien pronto el sol dió de nuevo en las tiernas hojas. Entonces Baco, habiendo encontrado un hueso de asno, más largo que el de león, introdujo éste en su interior, juntamente con el de pájaro y la planta, prosiguiendo su interrumpida marcha.

Por fin llegó a Radjapoor. Pero cuando quiso plantar el hermoso tallo, advirtió que sus raíces se habían entrelazado de tal modo en torno de los tres huesos, de pájaro, de león y de asno, que se romperían al separarlas. La plantó, pues, tal como estaba, hundiendo huesos y raíces en la tierra. La planta creció, rápida y pomposa. Y produjo unos racimos muy bellos. Baco los estrujó, hizo así el primer vino y se lo dió a beber a los hombres. Entonces fué testigo de un verdadero prodigio. Cuando los hombres empezaban a beber, cantaban como pájaros; si bebían un poco más, aparecían fuertes y batalladores como leones; pero cuando bebían demasiado, sus cabezas se inclinaban hacia el suelo, como las de los asnos.

CÓMO HÉCTOR Y AQUILES VIVIAN

¿Qué hacían Héctor, Aquiles y Agamenón, el rey de los hombres, cuando no luchaban ante las murallas de Troya?

La Ilíada y la Odisea nos hablan de grandes palacios con pisos de azules mosaicos, de brillantes armaduras de elegantes modelos, de mantos de púrpura cuajados de bordados, de vasijas de oro, etc.

¿Es verdad que existía tanto esplendor en la Grecia del siglo XII antes de Cristo?

El último medio siglo, ha sacado a la luz una rica civilización que ya era antigua cuando cayó Troya. En la península helénica, la dorada Micenas, la ciudad de Agamenón y Tiriní la de las murallas ciclópeas han sido exploradas y estudiadas.

Allí se han encontrado ruinas de palacios como los que describe Homero, pisos azules, dagas con incrustaciones, vasos de oro labrado, y pinturas murales, que ponen de manifiesto los trajes y costumbres de aquellos antiguos días.

Al otro lado del mar Egeo, en la ciudad de Hissalik, Asia Menor, la desaparecida Troya de Príamo ha sido encontrada bajo las ruinas de tres ciudades posteriores a ellas.

Más aún, en la isla de Creta se han descubierto las ruinas de una civilización olvidada, más antigua aún y mucho más rica que las del continente.

Allá por los tiempos obscuros de la historia, Creta era un país rico y próspero.

En Knosos, su capital o ciudad principal hay ruinas de un palacio real edificado hace cuatro mil años.

La vida en aquel palacio debió ser, no solamente lujosísima, sino llena de comodidades. El gran estanco con su sistema de alimentación y distribución, incluyendo sus bien planeados cuartos de baño, son según los expertos, un modelo de planeamiento y construcción.

Interesantísimos son los datos que se han obtenido para saber cómo vestían estos antiguos habitantes de Creta, trajes muy parecidos a los que usaron siglos después los ciudadanos de Micenas y de Troya.

Las mujeres llevaban amplias faldas, de estrechísimas cinturas y unas chaquetillas cortas muy parecidas a las que llamamos toteras.

Por lo general iban descalzas, y cuando llevaban calzado, éste tenía tacones sumamente altos. Los sombreros de aquellas antiquísimas damas eran parecidos a los que hemos visto en las cabezas de las modernas damiselas.

Los hombres de Creta llevaban una sencilla túnica, sandalias con largas cintas que cruzaban a lo alto de la pierna. El peinado artísticamente arreglado y la profusión de joyas compensaban la sencillez del resto del atavío.

Los héroes de la península helénica en el tiempo de la guerra de Troya llevaban túnicas ajustadas y largas, pero el traje de las mujeres era muy parecido al de las cretenses.

Los habitantes de Knosos debieron indudablemente considerarse muy seguros en su ciudad isleña, pues no construyeron murallas para defenderlas, mientras que los griegos del continente defendían

sus ciudades con grandes muros.

Las leyendas griegas han atribuido siempre la primera marina a Minos, rey de Creta y es probable que los cretenses confiaran enteramente su defensa a sus barcos.

Sea como fuere, la decadencia de la gran ciudad vino fatal y repentinamente hacia el año 1400 antes de Cristo.

El palacio fué robado y quemado, y Creta quedó convertida en una pobre isla.

Antes del desastre de Creta, ya las ciudades griegas del continente europeo y de Asia habían alcanzado gran desarrollo del cual nos hablan las primitivas tradiciones de ese país clásico.

Después de la caída de Knosos, aquellas ciudades como Troya, Micenas, Tiriní, Argos y la rica Orcomenia, eran los centros de una civilización Egea menos espléndida que había sido la de Creta, pero mucho mayor que toda la conocida en los últimos siglos de Grecia.

Luego, las razas del norte invadieron el país, pero los conquistadores adoptaron las costumbres de los conquistados.

Aquellas ciudades, sin embargo, no podían vivir en paz unas con otras.

Troya se encontraba situada en

una posición débil, la cual podía interceptar todo el comercio de Oriente y es evidente que exigía grandes impuestos a los mercaderes que pasaban por su territorio.

Hacia el año 1184 antes de Cristo, fecha tradicional de la guerra de Troya, las ciudades del continente, parece que la destruyeron y esta campaña, quizás apresurada por la inmortal Elena, dió lugar a que Homero escribiese su poema épico.

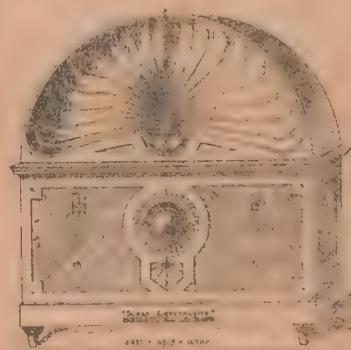
Menos de un siglo más tarde, hacia el año 1100, los dorios bajaron del norte, pero esta vez los invasores, en lugar de aceptar la civilización de los conquistados, la destruyeron y en la época en que la Ilíada tomó forma en el siglo IX, las glorias de Príamo y Agamenón, eran sólo recuerdos, transmitidos en cantares de los héroes desaparecidos, por los poetas.

FAMILIAS COMPREM DIRECTAMENTE A LA FABRICA

EL "SUPER-CRISTALYNE"

EL CRISTAL QUE CANTA

Es la Síntesis de las perfecciones radiofónicas hasta hoy inventadas. Emite conciertos, operas, conferencias, etc., del mundo entero con seleccion absoluta y realidad maravillosa: En la casa, en el campo, en el bosque o en la montaña, con mecanismo manejable hasta por un niño y siendo en gastos el mas económico de todos



PRECIO AL ALCANCE DE TODOS: 50 Dollars

Precio del aparato completo listo para funcionar comprendido gastos aduanas y transportes hasta casa del comprador

FUNDAMENTOS

A base de los principios sobre El cristal que canta de la Doctora Seidl, de la Universidad de Viena: de las teorías atómicas; y de la reducción del Super-Crystaline al Automatismo Integral Mecánico, hemos conseguido después de costosos estudios en nuestros Laboratorios un Modelo Unico, que hoy es nuestro orgullo, pues revolucionó la industria al respecto, con el éxito mas asombroso, que con justo egoísmo hemos mantenido hasta hoy en secreto para mas ampliamente cosechar el fruto de nuestros sacrificios.

DESCRIPCION DEL "SUPER-CRISTALYNE-8"

El Alto-Parlante, cuadro y receptor forman un solo cuerpo, con regulador de sonidos de 100 a 7000 periodos dando hasta los mas graves con incomparable pureza, todo debido al maravilloso invento sobre los principios de Seidl, de El cristal que canta. Dentro del aparato va un sistema acumulador que es una verdadera novedad. Su consumación es inferior a una lampara de alumbrado de 25 bugias. Se carga cada 3 meses conectándose con el alumbrado domestico. Puede variar la tension de 4 a 200 volts. Tiene 8 válvulas sin filamentos con alcance ilimitado. Supresión absoluta de pilas, acuses y lamparas. Permite corriente continua y alterna, con regulador automático. Puede conectarse con el alumbrado Blindage total contra perturbaciones atmosféricas y parásitos. Selectividad rigurosa con separación absoluta aun donde haya potentes emisoras. Sintoniza desde 35 hasta 4000 metros con boton auxiliar que hace aparecer en la ventanilla el nombre de la Estacion de que se quiere recibir. Tableros movibles, todo desarmable. Se envia en 5 paquetes postales de 5 Kgs, c/u. Peso neto 21 Kgs. Facilidad transporte al salir a paseo, en dos maletas puede llevarse.

EL SUSCRITO

CALLE
CIUDAD
PROVINCIA

la ciudad de mi residencia, por el precio total de 50 Dollars que hoy remesa adjunto en (Solo cheque Bancario sobre Estados Unidos, Valores declarados o Giro Postal. No se aceptan envios contra reembolso) a favor y en nombre de la Firma:

RECORTE ESTE CUPON
Con precio valuable
SOLO POR 60 DIAS

Pide le remitan por encomienda Postal el Modelo Unico del Super-Crystaline-8, completo listo para funcionar, franco de todo gasto de Aduana y transporte, entregado en (Solo cheque Bancario sobre Estados Unidos, Valores declarados o Giro Postal. No se aceptan envios contra reembolso) a

ALYNE FABRIL UNIDA

Largo Afonso Pena — Campo Pequeno — LISBOA-NORTE
PORTUGAL

Anuncio Salido "Diario"

T. S. H.

T. S. H.

ESTUDIAMOS EXCLUSIVAS CON IMPORTADORES

RESTAN 32 DIAS PARA APROVECHAR ESTE REGALO DE PROPAGANDA

La ofensa más grave que se ha hecho al príncipe Carlos de Rumania

Ha sido tan enorme el escándalo habido en el mundo entero por los amores del príncipe Carlos de Rumania con la señorita Lupescu; amores que han hecho perder al príncipe la corona de su reino, que tratar de reseñar el asunto sería empresa vana por ser conocida hasta en sus más mínimos detalles.

Pero lo que sí resulta verdaderamente atrayente, y se mantiene ignorado hasta el momento, es todo lo referente a la vida íntima del matrimonio en París, y a la gran amistad existente entre la bella Zizi (nombre cariñoso de la esposa morganática del príncipe Carlos) y una artista de cabaret que ha hecho mucho ruido, que se casó con un rajah indio y que ha llegado a la cima del esplendor, la riqueza y la fama.

La señora Stuart, belleza anglo-americana, se ha casado hasta por tres veces, y en las tres ocasiones sus esposos fueron hombres de figuración en las diversas esferas de la vida. Su existencia, desde que debutó como corista en un teatro de segunda clase de Boston, no fué ciertamente de las que pueden figurar como modelo en el martirologio; pero en cambio, su buen humor, su reconocido talento, y más que nada, su atrayente persona la hicieron bien pronto destacarse en el mundo de las tablas. Los fascinados por la bella corista fueron muchos, ganándose la preferencia, al fin, un millonario, no se sabe si por sus millones o por el capricho de la bella.

Después del millonario, hasta por dos veces, volvió a sentir la venus americana, a la llama del amor incendiar su pecho. Y por dos veces, ante un juez muy severo y un cura muy serio, concedió el ansiado "Sí" en medio de las más sinceras manifestaciones de rubor.

Con sus casamientos, había ido definiéndose su ascensión. Era rica, mimada de los públicos, ansiada como una golosina por los más encumbrados personajes y envidiada hasta por reinas auténticas, como podrá verse en el curso de esta historia.

La señora Stuart, se divorció al fin por tercera vez, declarando con angelical sonrisa a los periodistas, que acababa de darse cuenta de que no había nacido para la sujeción hogareña ni para soportar los arrumacos de los maridos demasado enamorados. No necesitando de nadie, envuelta en una nube de incienso, bastante conocedora de las realidades de la vida, lo único que ansiaba era la libertad que le permitiera disfrutar a su antojo de su persona y sus ideas. Y así, en este dulce celibato, permaneció un año, hasta...

Hasta que llegó a París el Príncipe Hara-Sing, afamadísimo rajah indostano, dueño de riquezas fantásticas, con un harem de doscientas bellezas, con una arrogancia digna de un príncipe de leyenda, y con un corazón que aunque empeñado doscientas veces con sus doscientas mujeres, estaba listo a empeñarse por otra vez más, siempre que la pignorante mereciera el

honor de ser la aventura número 201. Demás está decir, que dadas las condiciones del príncipe y las de la señora Stuart, bastó que se encontraran por primera vez para que estallara entre ambos un incendio incontenible. Y como el príncipe era muy tenaz y la bailarina era blanda de corazón, cayó por cuarta vez en la trampa de ca-

leroso oficial británico, que sintiera las nostalgias de la americana, y le ofreciera generosamente su brazo para sacarla de aquel país y devolverla al lugar donde ella quisiera. Y una tarde cuando el sol incendiaba la franja difusa del horizonte, el rajah lloró copiosamente sobre un diván, al darse cuenta de que la caprichosa bailarina había abandonado la regia mansión.

Viaje de grandes aventuras y fuertes emociones fué aquel que tuvo que hacer la señora Stuart para lograr verse libre al fin de la persecución encarnizada de su augusto esposo. Pero gracias a la fiel compañía del inseparable oficial británico, pudo llegar sin mas contratiempo que los sustos consiguientes a un puerto de la China,



—¿Que puede usted llevar la maleta?...
—¡Sí, señor! ¡Colgada aquí!

sarse y convertirse en la esposa nada menos que de un personaje capaz de personificar con ventaja a cualquiera de los de Las Mil y Una Noches.

Una fiesta de cuento de hadas fué la que tuvo lugar con motivo del enlace del rajah y la danzarina. Durante semanas enteras no se habló sino de la fastuosidad oriental que rodeó a todo el ceremonial, hasta el momento en que los esposos, a bordo de un regio yate, emprendieron el viaje a los dominios del gran señor.

Dos años permaneció en los palacios de Hara-Sing la señora Stuart; pero, según dice ella, la nostalgia de la vida europea comenzó a hacerle insoportable la existencia en el exótico país de las serpientes y los tigres reales.

El pretexto no faltó, como no faltó tampoco un arrogante y va-

que en este caso era nada menos que la libertad incondicional. De la China a París, un moderno transatlántico se encargó de cerrar definitivamente, esta página de aventura de la señora de cuatro matrimonios.

Fué a su regreso de la India que la Stuart conoció en una función de gala al rey Alfonso XIII, quien en un transporte de franco entusiasmo la hizo objeto de sus más ardientes atenciones, llegando el grado de concederle un retrato con su autógrafo, retrato que la favorecida muestra orgullosamente a todo el que quiera verlo, y que para que lo vean todos se encuentra precisamente inserto en este artículo como prueba de la veracidad de sus declaraciones.

Esta regia amistad fué precisamente la que motivó que contrajera conocimientos con el príncipe

LA OCIOSIDAD

Como al bien ocupado no hay virtud que le falte, al ocioso no hoy vicio que no le acompañe. Es la ociosidad campo franco de perdición, arado con que se siembran malos pensamientos, semilla de cizaña, escardadera que entresaca las buenas costumbres, hoz que siega las buenas obras, trillo que trilla las honras, carro que acarrea maldades, y silo en que se recogen todos los vicios.

Mateo ALEMAN



Carlos de Rumania, que estaba en París, y su esposa morganática, la señora Lopescu, que tan honda influencia ha tenido en la suerte del príncipe y en los asuntos políticos de su patria.

Zizi, como cariñosamente la llamaba su regio consorte, es una mujer bondadosa, de cuna humilde, que ama entrañablemente a su marido. Es precisamente la humildad de su cuna, la razón principal invocada por los monárquicos rumanos para la prosecución de la gran campaña, llevada a cabo contra el príncipe Carlos, campaña que ha dado por resultado el que pierda la corona y se le otorgue a su hijo.

Uno de los muchos trances amargos sufridos por el matrimonio rumano, es el que refiere la señora Stuart, en las líneas siguientes:

"Cuando regresé de la India, gracias a la amistad que contraí con el rey de España, conocí al príncipe Carlos, heredero de la corona de Rumania, y a su esposa, la bondadosa Zizi. Esta muchacha me tomó un cariño inmenso, se pasaba las horas escuchando los relatos de mi accidentada vida, y sobre todo lo referente a mi vida en Oriente. Su entusiasmo era tanto, que me decía que cuando su marido fuera rey, lo primero que haría sería tratar de ir a la India.

En una ocasión hubo una gran fiesta en uno de los mejores hoteles de París. Lo más florido del mundo social de la capital francesa se había dado cita en el recinto Carlos y Zizi, que estaban en plena luna de miel, llegaron cogidos de la mano y se mantuvieron inseparables durante la mayor parte de las horas de la noche. Cerca de la madrugada, grupos de parejas comenzaron a desfilar hacia los pabellones que habían en los jardines. La Lopescu y su marido, marcharon entre los grupos, y bien pronto se instalaron los dos solos en un bello pabelloncito. Yo estaba en el de al lado y podía verlos claramente frente a mí.

Estaban completamente amartelados; en sus ojos se leía la suprema felicidad, y no sin envidia podían contemplarlos todos aquellos que desgraciadamente ya llevan un poco de desengaños en el corazón.

Pero inesperadamente sucedió algo muy raro, muy grave y muy bufo, muy doloroso y muy triste. Una mano apartó las ramas de madre selva que envolvían la casi totalidad del pabellón, al mismo tiempo que aparecía un semblante rasgado por una sonrisa diabólica. Con la velocidad de una centella, el hombre de la sonrisa satánica, sacó debajo de los faldones de su frac una botella de sifón, y antes de que nadie pudiera intervenir ni mucho menos impedirlo, disparó la casi totalidad del contenido del sifón sobre los dos enamorados.

La indignación de todos no tuvo límites. No faltó alguien, que excitado por las copas de champafia ingeridas, se dedicara revolver en mano a la búsqueda del misterioso sujeto. Pero todo fué inútil. El hombre cruel de tan dura ju-

gada, desapareció instantáneamente como si se lo hubiera tragado la tierra. La fiesta quedó casi deshecha, pues todos frenéticamente se dedicaron a dar caza al canalla, hasta que amaneció, pero, como ya he dicho, todo esfuerzo fué inútil y el enigma rodeó esta agresión tan dolorosamente burlesca.

¿Se trataría de la broma de un borracho? O uno de los muchos adversarios políticos del príncipe? ¿O alguno de los que sienten intenso desprecio por la pobre Zizi, trató de esta manera de poner en tan gran ridículo a la pobre muchacha como a su propio consorte? Yo no sabré decirlo; pero lo que sí puedo asegurar, es que este hecho era perfectamente digno de justificar un homicidio en caso de haberse descubierto al villano.

Y ahora que contemplo la dura condición en que se encuentra el príncipe; ahora que me reconcentro en mí misma y repaso mi vida en la cinta de mi imaginación, pienso con desdén en lo engañados que viven todos aquellos que envidian a las realezas y creen que entre los príncipes y los reyes, todo es fastuosidad y dicha, todo es alegría y bienestar, y el que el dolor y el sufrimiento no tocan jamás con su nudosa mano a las puertas blasonadas de los palacios y mansiones señoriales.

Piedras preciosas sintéticas

Ya en la Edad Media, en la época de los alquimistas, se ensayó la fabricación sintética de las piedras preciosas. Pero sólo a principios de este siglo lograron dos franceses obtener rubíes sintéticos después de haber encontrado el francés Michaud la reconstrucción de rubíes naturales, sirviéndose de pedacitos pequeñitos de estas piedras. Poco después descubrieron también, investigadores alemanes, la manera de obtener estas piedras preciosas que se fabrican hoy en día por un procedimiento moderno electro-químico. También se ha logrado por fin, fabricar zafiros sintéticos de todos los tonos que existen, y corindones de todos los colores.

Así se fabrican hoy en día con facilidad todas las variedades del corindón rojizo, desde la especie obscura siamesa hasta el rubí de color rosa claro, el tan estimado rubí de Birma color sangre; el zafiro de color azul acero de todos los tonos hasta el zafiro de Ceilán azul celeste. Además el zafiro incoloro, blanco, tan magníficamente, que es más resplandeciente que el verídico. También ha sido posible obtener todas las especies del corindón, como el excelente Padparacha de color amarillo en todos los tonos, el color topacio y el zafir amarillito limón, llamado amatista oriental lila o violeta, el alexandrit verdoso y otros muchos. Y todos estos productos obtenidos sintéticamente son de la misma constitución química y física que los legítimos. Ellos son también, del mismo peso específico, igual dureza, de las mismas propiedades ópticas y reflejan la luz de manera idéntica que las piedras verídicas. Ningún experto llega a distinguir una piedra preciosa de esta clase tallada de su correspondiente natural. Las piedras sintéticas no ofrecen una sola falta, vistas con la lente de aumento y sólo por su rareza puede creerse que se trata de imitaciones.

EVOCACIÓN

Enlutados caballeros!
Hidalgos aventureros!
Navegantes que, en soberbia, deslumbradora mañana,
a la tierra Americana
arribasteis los primeros!

Viriles conquistadores que, por extranjeras tierras,
avanzábais lentamente, soportando duras guerras!
Oh! Paladines de antaño!
Oh! Vosotros que arrastrábais por un gran país extraño
las hojas finas, templadas
de vuestras largas espadas
y tizonas cinceladas
de las viejas armerías de Toledo la Imperial!
Oh! Soldados del Ideal!

Emperadores magníficos!... Atahualpas!... Moctezumas!
(mas!

que, hieráticos, soñábais en vuestros tronos labrados,
como ídolos de oro coronados de mil plumas
y de perlas y esmeraldas adornados!

Viejos Virreyes peruanos
que seguía largo séquito de esclavos americanos,
de hidalgotes castellanos,
consejeros barbicanos
y de frailes franciscanos,
y que, en dorada litera,
pequeñita y elegante,
paseábais vuestra nostalgia por callejuelas umbrosas,
tortuosas
y tenebrosas,
a la espera
de una aventura galante!

Virreinas acicaladas!
Oh! Virreinas que adorábais los encajes primorosos,
las negras capas bordadas,
las pelucas empolvadas,
y los anillos vistosos
y el minué y el madrigal y las tranquilas veladas!
No habéis muerto!... No habéis muerto!...
Vano es que, señalando una tumba, un mausoleo,
me digan los "cicerones": "Aquí duerme el Virrey yerto!"

"Aquí reposa un hidalgo que pereció en el desierto!"
No lo creo!... No lo creo!

Oh! Vosotros que habéis sido de la América el pasado,
vosotros que sois el alma de nuestra América heroica,
vago y borroso recuerdo de un bello siglo olvidado,
Emperadores!... Virreyes!... Y vos oh nobleza estoica
que el cóndor de la Victoria cubrió bajo su gran ala!...
No habéis muerto!

Revivís en el perfume que exhala
la blanca rosa marchita,
en la antigua tabaquera que guardaba el buen rapé,
en el clave que murmura un delicioso minué,
en la armadura que duerme su negro sueño de acero,
en la pluma del guerrero!

Y mi espíritu que os ama y os venera, os resucita...

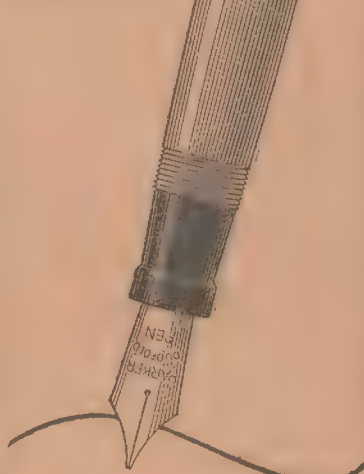
Manuel B. MUJICA LAINEZ

Rivaliza en hermosura



con el cardenal

Oprima Ud. el Aspirador de Presión; meta la pluma en la tinta, suelte el aspirador y cuente hasta 10, mientras la Parker Duofold se llena.



Los que escriben con Parker Duofold van con

7 puntos de ventaja

¡y cada punto vale bien su precio!

- 1 Pluma que dura 25 años
- 2 Clásica Belleza
- 3 Espacio para Reserva de Tinta
- 4 Equilibrio para Escribir
- 5 Aspirador de Presión
- 6 Alimentación "Lucky Curve"
- 7 Casquete Hermético

ESTÁ dándose el caso extraordinario de que miles, sí, decenas de miles, de personas, se deshacen de sus plumas-fuente antiguas para adquirir la Parker Duofold con la pluma que dura 25 años.

Por todo el mundo se ve la cir su cañón de viva laca roja con casquete negro; el color que la hace difícil de extraviar.

Ningún capricho en la forma de escribir tuerce esta pluma-fuente Parker Duofold, de modo que puede prestársela sin temores. ¡Una pluma que se garantiza, sino se la maltrata, por 25 años de USO!

Invitamos a Ud. a que pase a probarla en la primera buena tienda en que las vendan.

THE PARKER PEN COMPANY

Hay Lapiceros Duofold, que hacen juego con las Plumas.

Lady Duofold \$10. "Junior" grande \$11.50.
"Big Brother" grande \$13.50.

Distribuidores:

RIVER PLATE SUPPLY CO.,
Gazzana y Cia., 769 Moreno 7/5,
Buenos Aires

Parker Duofold LA LUCKY CURVE HECHO EN U.S.A.
Con la punta que dura 25 años

Duofold, Jr., \$16. Lady Duofold, \$20.
Igual, pero más pequeña Con aro para cadencia

Amigos en la vida y en la muerte

Por P. C. Asbjörnsen

Hubo una vez dos jóvenes tan buenos amigos, que se juraron mutuamente no separarse jamás ni en vida ni en muerte. Murió uno de ellos antes de llegar a la vejez, y poco después el superviviente galanteó a la hija de un agricultor, llegando a punto de casarse con ella. Cuando estaba haciendo las invitaciones para la boda, el novio fué en persona al cementerio donde descansaban los restos de su amigo, tocó con los nudillos de la mano sobre la tumba y lo llamó por su nombre. Pero ¡quién! no contestó, ni se presentó personalmente. De nuevo dió golpes y llamó, pero no acudió nadie. Por tercera vez golpeó con más fuerza y lo llamó más recio, rogándole que acudiese porque tenía que hablar con él. Después de esperar mucho tiempo, oyó el ruido de unos pasos, y al fin el muerto salió de la tumba.

—Ya era hora de que vinieses — dijo el novio: — hace un siglo que estoy aquí de pie dando golpes y llamándoos.

—Me encontraba muy lejos — contestó el muerto, — y no he podido oiros hasta la última vez que llamásteis.

—¡Bien! — dijo el novio: — pues se trata de que hoy me caso, y ya recordaréis lo que teníamos hablado sobre el particular, esto es, que debíamos asistir a nuestras respectivas bodas en calidad de padrinos.

—Lo recuerdo perfectamente — respondió el muerto, — pero tened la bondad de esperar un instante mientras me arreglo un poco, pues me parece que no es, precisamente, un traje de bodas el que ahora llevo.

Accedió a ello el novio, aunque a regañadientes, porque le iba escausando el tiempo: tenía que estar en casa para recibir a los invitados y era casi la hora de salir para la iglesia. Tuvo, no obstante, que aguardar un buen rato, accediendo a las súplicas del muerto que quiso que entrase con él en una habitación para que le cepillase y dejarle que se acicalara a su antojo, pues el difunto quería presentarse con decencia y pulcritud, ya que tenía que figurar en el cortejo como los demás.

¡Dicho y hecho! el muerto fué con él a la iglesia; pero cuando la boda había llegado al momento en que quitan a la novia la corona, dijo que tenía que marcharse. El novio, en atención a su antigua amistad, se empeñó en acompañarle hasta la tumba. Mientras caminaban juntos hacia el cementerio preguntó el novio a su amigo, si en el otro mundo había visto muchas cosas maravillosas u oído algo agradable de saber.

—¡Ya lo creo! — dijo el muerto, — he visto bastante y oído muchas cosas extraordinarias.

—Debe ser muy curioso — dijo el novio, — ¿sabéis que siento ganas de seguivos, para verlo todo con mis propios ojos?

—Bien venido seáis — contestó el muerto, — pero pudiera suceder que estuviérais ausente durante algún tiempo.

—Sí, lo comprendo — respondió el novio; pero insistió, no obstante, en querer bajar al sepulcro.

Antes de descender tomó el muerto un manojo de césped, que cortó del que crecía en el cementerio, y lo colocó en la cabeza del joven. Baja que te baja, fuéronse alejando cada vez más a través de oscuros y silenciosos eriales, atravesando bosques, ciénagas y pantanos, hasta llegar a una inmensa y pesada puerta, que se abrió ante ellas, tan pronto como el muerto la tocó. Dentro ya, notóse mayor claridad: al principio, como el fulgor de la luna que se fué haciendo más inten-

tan agradable aspecto? A la verdad que ello me admira.

Pues esa, en cambio, es la imagen de los que viven contentos y satisfechos con lo que les ha deparado la suerte — contestó el muerto.

Prosiguieron así, alejándose cada vez más, hasta que llegaron a un gran lago, el cual, como todo lo que lo rodeaba, era tan resplandeciente y deslumbrador, que apenas si el novio pudo fijar en él la mirada.

—Ahora sentaos aquí — dijo el difunto — hasta que yo vuelva. Estaré ausente breves instantes.

Marchóse efectivamente, sentándose el novio para aguardarlo, según le había indicado su amigo; pero no bien hubo tomado asiento cuando el sueño le acometió, olvidándose de todo y quedando dulce y profundamente dormido.

Pasado un rato regresó el difunto.

—¡Hicisteis bien permaneciendo sentado — le dijo, — así me ha sido fácil encontraros enseguida.

Asunción del Paraguay

(Del libro "Amancay", próximo a aparecer).

Cuando el verde esmeralda del cerro Lambaré ya no ocultó a mis ojos tu faz indo-española, Asunción, tierra hidalga, aun no envuelta en la ola del progreso, con honda emoción te miré.

Bordeadas de casonas vestidas de humildad, tus empujadas calles de piedras desiguales tenían rancio dejo, de cosas coloniales y era tu ambiente diáfano, todo serenidad.

En ráfagas llegábame la tropical floresta que te circunda, hecha perfumes y hecha canto lejano de aves. Voces de la hispánica gesta

conquistadora, alzábanse del fondo de la historia y los ecos heroicos, como en un grito santo, Asunción de las Indias, concretaban tu gloria.

Justo G. DESSEIN MERLO.

so a medida que avanzaban. Llegaron, por fin, a un sitio donde florecían unas verdes colinas, en las cuales la hierba llegaba a la altura de las rodillas: un numeroso rebaño de vacas iba rumiando mientras pausadamente caminaba, pero a pesar de lo mucho que tragaban aquellos animales estaban flacos, raquíticos y miserables.

—¿Qué significa eso? — dijo el novio: — ¿cómo se explica que esas vacas estén tan delgadas y ofrezcan tan mal aspecto, si todas ellas, más que comer, devoran?

—Pues eso no es otra cosa más que una alegoría de aquellos que nunca están satisfechos, a pesar de lo que acaparan y por mucho que sea lo que hayan adquirido — dijo el muerto.

Siguieron su viaje los dos amigos, camina que te camina; hasta llegar a unas lomas, donde no había más que peladas rocas, entre las cuales crecían acá y allá algunas briznas de hierba. Pastaba allí otro rebaño de vacas, tan sanas, gordas y rollizas que les relucía el pelo.

—Y eso, ¿cómo se explica? — dijo el novio. — Teniendo tan poco para su sustento, ¿cómo se comprende que ofrezcan esos animales

Trató de levantarse el novio, pero vio entonces, con la natural sorpresa, que estaba aquel sitio completamente transformado, apareciendo ahora cubierto por todas partes de musgo y arbustos, de tal suerte, que se encontró sentado en un matorral de zarzas y espinos que le tenían casi prisionero. Cuando después de muchos esfuerzos pudo librarse de aquellos estorbos y ligaduras, emprendieron otra vez la marcha los dos amigos, pero en sentido opuesto. El muerto le condujo hasta el borde del sepulcro y allí se separaron, marchando el novio directamente a su casa, donde se estaba verificando la boda.

Pero al llegar al indicado sitio, no pudo dar con su casa, ni cosa parecido, preguntó a cuantos halló al paso, pero nada pudo saber de la novia, ni de la boda, ni sus mismos padres. Nada, no halló ni un ser viviente que le fuera conocido. Y la gente se admiraba de su extraña catadura, mientras andaba errante como un espantajo de lado para otro y husmeando por todas partes.

Desengañado al fin, y no pudiendo encontrar a persona alguna conocida, se dirigió a ver al cura, a quien habló de sus parientes y

Fotografados Tricromías Bicromías

Confección de clisés para revistas, Catálogos, Folletos y otras Publicaciones

Precios sin competencia

Trabajo garantizado

— Entrega inmediata —

Pujol, Preysler & Cía.

B. Mitre 1259

Buenos Aires

UNION TELEF. 38, MAYO 2589

cuanto había ocurrido cuando contrajo matrimonio, refiriéndole al propio tiempo la manera como se había ausentado a la mitad de la ceremonia. Al principio el cura no comprendía ni una palabra de cuanto le iba diciendo; pero después de consultar los registros antiguos, dióse cuenta de que el casamiento a que se refería se había celebrado en fecha sumamente remota, y que toda la gente de quienes hablaba habían vivido cuatrocientos años antes.

Durante aquel tiempo había crecido una alta y recia encina en el cementerio, y cuando el novio la vió en uno de sus paseos, trepó por ella para observar todo lo que había a su alrededor. Pero aquel hombre de barba blanca, que había permanecido sentado en el cielo, durmiendo cuatrocientos años, no pudo bajar de la encina tan fácilmente como había subido. Estaba torpe y gotoso, como era natural; pero esto, cuando pretendió descender del árbol, apoyó los pies en falso, cayó al suelo y se rompió la crisma, siendo éste el triste final de su vida.

La potencia del ultramicroscopio.

Con un buen microscopio no se puede ver prácticamente objetos cuyas dimensiones sean menores a cuatro diezmilésimas de milímetros, pero con un ultramicroscopio, se puede ver objetos más pequeños.

Se sabe que el ojo puede ver objetos luminosos muy alejados, porque les puede distinguir la forma. Es el caso de las estrellas, que hace atribuir las mayores dimensiones a las más luminosas. Esta observación se ha aplicado y se han iluminado los objetos observados al microscopio por una luminosidad potente, cuyos rayos no pueden entrar directamente en el objetivo. Gracias a este artificio se han podido estudiar los movimientos de las moléculas y las soluciones coloidales, cuyas partículas son inferiores a una diezmilésima de milímetro.

La vida de sociedad

Reglas y costumbres de buena educación en el trato de las personas.

Las bodas

(Continuación)

"Doña L. de G. y don J. de O. ofrecen a usted su casa, calle X. número X".

A los amigos que asistieron a la boda o fueron invitados a ella, no se les participa, limitándose, sólo a ofrecerles la casa, ya con tarjeta a propósito, ya en la visita que los recién casados deben hacerle cuando regresen de su viaje, después de algunos días de descanso. Hay que hacer estas visitas a todos los parientes, a las personas que asistieron a la boda y a todos los que enviaron regalos, evitando mostrarse en paseos o teatros antes de haber cumplido este deber. Estas visitas serán cortas, de diez minutos o de un cuarto de hora, y la recién casada deberá vestir traje elegante y hasta lujoso, pero luciendo muy pocas joyas, pues debe evitarse todo alarde de orgullo u ostentación.

MODOS DE CONDUCIRSE EN LA CALLE

Las jóvenes solteras se ven en muchos casos, obligadas a salir solas. Esto depende de la fortuna de sus padres, del rango que ocupan en la sociedad o del medio en que viven. Una señorita muy bien educada, puede verse en la necesidad de ayudar a sus padres con su trabajo y tener que salir sola si no cuenta con una persona respetable que la acompañe.

En las grandes ciudades la tolerancia es mayor que en las provincias. Por lo general, se admite que la joven vaya sola, en caso de necesidad, a sus ocupaciones, pero jamás a paseo, o diversiones o de visita.

La casada, en cambio, tiene libertad completa para ir sola o con una amiga a todos los sitios públicos; pero tanto para unas como para otras, particularmente, si van a pie son buenas ciertas reglas de prudencia.

Los trajes habrán de ser sencillos, modestos, poco llamativos para no atraer las miradas, y deberá marcharse con toda corrección, sin defenderse en los escaparates, ni prestar atención a los transeúntes, y, sobre todo, sin volver la cabeza, porque es una costumbre fea y censurable.

Si alguna persona desconocida se permite dirigirle la palabra, la señora debe pasar con completa indiferencia, sin mostrar enojo, y si se trata de una galantería de buen tono, se dan brevemente las gracias y se continúa el camino.

Al encontrar un conocido, la señora o señorita pueden saludar las primeras, pero no se detendrán a hablar en la calle más que con personas de intimidad o de respeto, rehusando toda compañía que no sea de las primeras. Una señorita no debe adelantarse nunca a ser la primera en pararse, ni dar la mano a los que encuentre en la calle, a menos que se trate de una compañera de su edad.

Si se sale en carruaje, el puesto de la derecha es de preferencia para la señora de respeto, a la que el caballero da la derecha.

Caminando a pie, el hombre debe apartarse de la acera, lleve o no la derecha, para dejar paso a una mujer, pero ella no debe exigirle si él buenamente no lo hace. El asiento en el paseo o en el tranvía debe ser siempre ofrecido a las señoras.

Se dice que el deseo de igualdad de la mujer hace desaparecer la galantería, a la que, en efecto, no tiene derecho desde el momento en que abdica su graciosa debilidad. Sea como quiera, la mujer no debe luchar por la posesión de un asiento ni de un puesto, sino caminar modestamente por la acera de la recha, evitando meterse entre la multitud, y más aún, si va acompañada que sola, pues, su imprudencia puede dar ocasión a graves disgustos de los hombres que van a su lado.

Si hay que subir escaleras, el hombre debe pasar delante de la mujer, y para bajarlas, ir la señora delante. Hay en esto matices de delicadeza que las personas finas observan de un modo instintivo.

Las señoras que salen para ir a compras, deben saber de antemano los comercios cuya seriedad les ofrezca mejor resultado, y llevar el presupuesto de precio y la intención decidida de lo que han de comprar a fin de evitarse la conversación inútil y el gasto de tiempo.

En las tertulias que muchas elegantes suelen formar en el paseo, debe guardarse gran compostura y evitar las conversaciones en voz alta y las risas extemporáneas. Es muy común dejar el coche y pasear seguidas del lacayo a distancia, pero hay que tener presente que, cuando los paseos son por el campo, no se puede admitir otra compañía que la de personas de la familia. Para subir al coche, pasa primero la señora, y para descender el caballero se adelanta siempre a fin de ofrecerle la mano.

Son vicios que es preciso evitar el pararse a hablar en lugares donde se pueda interrumpir la circulación o molestar a los transeúntes; y el mirar con descaro a las personas que pasan, o con demasiada fijeza el atavío de otras damas.

C. DE B.

LA FLECHA DE ORO

—“Quien clave esta flecha de oro
En la copa del sicomoro
Que se alza allá en los oteros,
Será dueño de un tesoro”,
Dijo un rey a sus flecheros.

Avanzó el más afamado,
Con el grande arco ya armado;
Con fuerza hacia sí lo cierra
Parte el dardo acelerado,
Mas, al llegar, cae a tierra.

Otro le sigue al instante.
Ya de la flecha volante
Rasga el aire el silbo ronco;
Mas fué a clavarse vibrante
Del sicomoro en el tronco.

El uno al otro sucede;
Y por más que el árbol quede
La cima herida o el flanco,
Ninguno triunfante puede
Poner la flecha en el blanco.

Sale por último, al frente
Noble y bello adolescente;
Miel lleva en los labios rojos;
Mucho pensar en la frente,
Y mucha luz en los ojos.

Desdeñando el real tesoro,
Apunta con hondo anhelo
Mucho más alto: sonoro
Crujió el arco, el dardo de oro
Voló a abismarse en el cielo.

La audacia al pueblo estremece;
Airado el rey se levanta;
Mas, su hija se adelanta,
Tan hermosa, que parece
Una visión pura y santa.

“Al que en la ambición se encona
Dice, — supera el que sueña.
Es sagrada su persona;
Y pues, lo Real desdeña,
Padre, mi amor le corona”.

Calixto OYUELA.

Tradiciones de las piedras preciosas.

El diamante era la piedra de la felicidad; anulaba los sortilegios y atraía la fortuna. La perla simbolizaba la modestia, calmaba la cólera y temperaba los genios exaltados.

El rubí tenía la virtud de infundir valor al que lo llevaba: le hacía caritativo y leal.

La esmeralda simbolizaba la amistad constante; favorecía todo esfuerzo intelectual y si se llevaba pendiente del cuello, ayudaba a adivinar el porvenir.

El zafiro era el emblema de la castidad y del arrepentimiento, y tenía, además, virtudes curativas por excelencia.

La turquesa preservaba de intoxicaciones y de desórdenes cerebrales.

La amatista era la predilecta de los sabios y de los piadosos. Poseía el poder de atraer sobre su dueño el amor de la mujer virtuosa.

El granate, era precioso para los tímidos, que cobraban valor y audacia a su contacto, y para los débiles a quienes robustecía.

El topacio facilitaba la prosperidad y refrenaba la cólera.

La cornalina alejaba los enemigos y ayudaba a vencerlos.

El ágata conservaba la salud y prolongaba la vida; predisponía a la elocuencia.

El coral preservaba de la ira y de la epilepsia, y recreaba el espíritu.

El jaspé y el “ónix”, detenían las hemorragias y concedían constancia y fidelidad.

Florencio Parravicini

“homenajeado” por el servicio doméstico



El incomparable Parra ha cumplido años. ¡Cuántos! ¡No nos importa, máxime cuando nos da, día a día, toda la radiante juventud de su espíritu agudo!... Con motivo de tan grata fecha ha recibido el tributo general de las acendradas simpatías que, en buena ley, se ha conquistado.

Pero, es digno de registrarse el homenaje de su servidumbre que, por intermedio de una mucama, Pilar, rindió culto a Florencio Parravicini en el instante en que en ágape cordial, su familia lo rodeada.

La mucamita hispana, se adelantó con gracia y dijo:

“Señor, usted que es tan bueno, [no, perdónese a esta mucama que en representación de todo el servicio de la casa, y como una embajadora de la escoba y de la plancha, el día de su onomástico, fecha para todos grata, viene con el desparpajo de una gran primera dama a presentarse ante usted que es maestro de la gracia, y es más bueno que el membrillo, [brillo, más alegre que unas pascuas, más suave que la seda, más indulgente que el Papa, más generoso que el vino, de mejor ley que la plata.

Vengo, señor, a traerle por todos mis camaradas que a usted quieren locamente, [te, el homenaje entusiasta de sus votos de ventura por la dicha eterna y santa.

de usted, señor, a quien toda su servidumbre hoy aclama, pues así como en la escena a todo el mundo entusiasmo, así en nuestros corazones usted reina y usted manda. En este día de noble regocijo en esta casa, señor, acepte el modesto homenaje de estas almas sencillas y agradecidas que le admiran por su fama y le quieren por justicia a su bondad tan probada.

Y quiera el cielo, hoy lo digo por todos mis camaradas, que se prolongue su vida, y tenga dicha sobrada, y siga haciendo felices a todos, su doble gracia: la de su buen corazón que prodiga en esta casa, y la de su gran ingenio que usted derrocha en las tareas, [blas”.

LOS PASTELES

Por Max y Alex Fischer

Terminada su instalación en el pisito nuevo, los Moutier acordaron recibir un día al mes, y señalaron para ello el primer domingo.

El domingo 3 de noviembre, Gisela Gustavo Moutier debían quedarse, pues, en casa, de cuatro a siete.

A las tres y media, de vuelta de sus compras, con las manos llenas de paquetes, se encontraron en el portal.

—¿Trajiste las masitas? — preguntó Gustavo.

—Sí...; de una pastelería chiquita, que no es muy elegante, pero está muy bien surtida.

—¡Muy bien!

—¿Y tú, qué vinos has traído?

—Un oporto viejísimo, en una botella que no se puede tocar de su cía que está. Barátísimo.

Cuando iban a empezar a subir la escalera, Moutier retuvo a su esposa por un brazo.

—¡Espera! ¿Y la portera?

—¿La portera? ¿Qué quieres decir?

—Mujer, acuérdate... La recomendación que teníamos que hacerle.

Entraron a la portería, y humildemente rogaron a la señora Ludovic, la portera, qué cuando sus amigos preguntasen en qué piso vivían no respondiera el “quinto”, sino el “cuarto con entresuelo”.

Y para estar más seguros de que les concedería esta pequeña satisfacción de su amor propio, dijeron:

—A propósito, señora Ludovic. Traemos unos pasteles. Cuando se marchen nuestros amigos, tendremos el gusto de bajarle algunos.

De cuatro a siete de la tarde del domingo 3 de noviembre, una docena de personas habían llamado al timbre de la puerta del piso de los Moutier y se habían sentado rendidos en los sillones del salón.

Los Moutier habían comprado veinte palmeras y veinte scoons, y a las ocho menos cuarto, cuando era evidente que ya no se presentaría ninguna visita, hicieron el inventario de las masitas gastadas.

—¡Catorce! — dijo Moutier. — Quedan catorce!

—¿Tantas? ¡Qué gusto! ¡Va a ser un pequeño festín!

Acababan de calcular que, incluso dando dos a la criada, ellos podían tomar seis de postre cada uno, cuando Moutier exclamó:

—¡Caramba! ¿Y la señora Ludovic?

—¿Es verdad! Ya no nos acordábamos de la portera.

—¡Y como le hemos prometido!... Quiere decir que no nos quedarán más que cuatro a cada uno. Le bajaré cuatro.

Llevaba un plato con las cuatro masitas cuando se volvió hacia su esposa:

—Oye, Gisela...

—¿Qué quieres, Gustavo?

—¿Tú crees que es necesario que le bajemos cuatro? Yo creo que con dos es bastante... Toma, pon estas dos en el comedor.

Todos los domingos, por la noche, los porteros, el señor y la señora Ludovic, tienen a cenar a sus dos hijos, a la hija y al yerno, el sargento.

Cuando Moutier entró en la portería y vió tanta concurrencia, sintió no llevar más que dos masitas.

—Sí, sí, señora Ludovic; no hay más que dos — murmuró confuso. — Perdone usted...; queríamos haberle bajo más; pero hemos recibido más visitas que las que habíamos previsto... En fin, espero que el primer domingo que recibamos podrá ofrecerle un plato mejor previsto.

Por segunda vez, ayer, domingo 5 de diciembre, los Moutier recibían a sus amistades.

Desde las cuatro menos cuarto, sobre un veladorcito del salón, aguardaban en línea de batalla las cuarenta masitas.

El regimiento de copas, al mando de las botellas, ocupaba la segunda línea.

Desde las cuatro, Gisela y Gustavo esperaban, impacientes, a sus amistades.

Dieron las cuatro y media, las cinco menos cuarto, las cinco y nadie aparecía.

—¿Qué pasará? — dijo Gustavo. — ¡No lo comprendo! — contestó asombrada Gisela.

Dieron las cinco y cuarto, la media, las seis menos cuarto, y ninguna visita se dignaba llamar a la puerta.

A las seis, Moutier no pudo contener su mal humor.

—¡Mira, hija, yo no hago más el ridículo. ¿No eres tú quien querías recibir? Pues bien, recibirás tú sola... ¡si vienen! Yo me voy a fumar un cigarro a la calle.

Una vez bajada la escalera, Moutier iba a cruzar el portal, cuando se contuvo para no dar un grito de alegría. Dos personas, dos personas en las que reconoció, aunque estaban de espaldas, a sus amigos los Salignac, hablaban con la portera.

—Los señores de Moutier viven en el piso cuarto con entresuelo, ¿no?

La portera contestó:

—¡Sí, sí!... Es en el piso quinto; pero no se molesten en subir, porque no están en casa. Salieron después de almorzar.

Y, estupefacto, oyó que la portera decía a su marido cuando se hubieron marchado los Salignac:

—¡Eh, Ludovic! ¡Ya hemos espantado otros dos! ¡Hoy no nos quitan las masitas!

MAXIMAS

Entre los hombres que claman contra la opresión, muchos hay que quisieran oprimir. — X. X.

La mujer, desde que es mujer, es una enferma. — Michelet.

Conocimientos útiles ::

Fórmulas, procedimientos e indicaciones de provecho para el hogar

Las telas se impermeabilizan fácilmente del siguiente modo:

En cuatro litros y medio de agua filtrada o de lluvia se echa media onza de alumbre en polvo y otra media onza de acetato de plomo. Se agita todo hasta obtener la disolución, y cuando se pone transparente se quita la capa superior del líquido, y en el que queda se sumergen las telas que se hayan de impermeabilizar, dejándolas en remojo durante veinticuatro horas. Luego se tienden, y cuando están secas se prensan.

Este baño impermeabilizador no ataca al color ni daña al tejido.

Cola hidrófuga para el cartón. — Es muy útil este preparado, porque permite exponer a la humedad, por intensa que sea y sin ningún inconveniente, objetos de cartón.

Para hacerla se funde igual cantidad en peso de pez de buena calidad y de gutapercha, y luego, a nueve partes de esta mezcla, se añaden tres partes de aceite de linaza hervido y parte y media de litargirio. Pónese todo a fuego vivo hasta obtener una mezcla completa, y en caso necesario, antes de emplearlo, se puede aclarar con un poco de bencina, después de haberlo recalentado.

Los cuadros al óleo se limpian perfectamente del siguiente modo: partida por en medio una patata cruda y previamente pelada, se frota con uno de los trozos, por la parte plana, toda la superficie del lienzo; al poco tiempo se formará una especie de espuma, que se quita con una esponja muy suave, empapada en agua templada, y por último se quita toda la humedad con un trapo suave o una gamuza.

Esta operación final hay que hacerla con cuidado para no estropear la pintura.

Si el trozo de patata se seca, hay que tirarlo y emplear otro que esté fresco y suelte humedad.

La miel como remedio ejerce una acción benéfica sobre todos los órganos internos del cuerpo, la boca, la garganta y el aparato digestivo. Tiene una acción comprobada sobre las aftas bucales; mezclada con agua caliente y con un poco de vinagre constituye un excelente gargarismo. Por el ácido que contiene, es eficaz contra la ronquera, tos, bronquitis, anginas, catarro pulmonar y asma.

Un vaso de agua caliente o de leche endulzada con miel en abundancia y mezclada con un poco de

ron y coñac constituye una poción agradable que provoca la transpiración y obra contra el reumatismo.

Para hacer cola resistente a la humedad, se echa cola de la llamada fuerte, de buena calidad, en agua y se deja en remojo durante algún tiempo; pero sin esperar a que se transforme en jalea, se añade aceite de linaza y se pone a calentar al bañomaria, con fuego moderado, por espacio de medio día aproximadamente.

Metalización de las flores. — Un grupo de flores metalizadas, es decir, sustituida su materia orgánica por una sustancia metálica permanente, es siempre un adorno caprichoso. Para obtenerlo, se disuelve nitrato de plata en alcohol y se cubren bien con esta sustancia las plantas, dejando que transcurran dos o tres días para que penetre bien y se seque por completo. Queda entonces una capa salina que se expone a las emanaciones sulfu-

rosas. La plata se reduce entonces, y la capa adquiere un color negro. No hay más que someter después las flores a un baño galvanoplástico cualquiera, y se obtendrá un adorno natural que no puede superar ninguna obra de arte.

El agua de alumbre es muy buena para hacer ininflamables las telas finas de los cortinajes y de los delantales y blusitas de niño. Se emplea humedeciendo los tejidos en un barreño que contenga cinco litros de agua, en la cual se hayan disuelto 50 gramos de alumbre.

El cristal esmerilado que sirve para dibujar con lápiz y para las ventanas, se prepara del modo siguiente: colócase el trozo de cristal sobre una superficie blanda, tal como un almohadón, se rocía con polvos de esmeril y un poco de agua, y se frota con un pedazo de piedra pómez hasta que se obtenga el grado de opacidad deseado. Se lava,

por último, y queda en disposición de utilizarse.

El agua de pan como alimento ligero se emplea con frecuencia en casos de desarreglos intestinales. Pero es necesario saber prepararla para que no tome aspecto y sabor desagradables. Hay dos sistemas de prepararla:

1.º Póngase corteza de pan en agua y cuando hierva ésta déjese todavía diez minutos en el fuego. Retírese y cuélese el líquido a través de un lienzo.

2.º Envuélvase un poco de miga de pan en un lienzo fino, sin comprimirla, mójese en agua que esté a punto de hervir, déjese veinte minutos sobre el fuego, comprímase el saquito con una cuchara y retírese. El agua de pan ha de prepararse precisamente en un recipiente de tierra vidriada o de porcelana y es preciso agitarla cada vez que se emplee.

Puede endulzarse con azúcar.

La polilla de las alfombras se destruye con bencina aplicada con un pulverizador. Para que tenga eficacia completa el procedimiento, hay que levantar la alfombra, si está puesta.

Para pintar de nuevo un baño, se empieza por frotarlo todo con papel de lija o piedra pómez, y después se le dan dos o tres manos de pintura de esmalte, la cual se adhiere mejor si la superficie del baño está áspera. Para que la pintura se conserve bien hay que tener cuidado de echar siempre el agua fría antes que la caliente.

Los cristales de las ventanas fregados con agua y vinagre, quedan más relucientes y se conservan limpios más tiempo que cuando se lavan con agua sola.

Después de lavarlos se frotan con un paño suave o con una gamuza.

Con glicerina se puede preparar una masilla de plomo muy dura. Se pulveriza litargirio finamente, de modo que se obtenga un polvo impalpable, y se deseca en una estufa a temperatura elevada. Se añade glicerina de modo que resulte una pasta espesa.

Esta masilla se solidifica completa y rápidamente, lo mismo en el aire que dentro de los líquidos. Su volumen permanece casi invariable durante la solidificación.

Limpieza de la seda. — En todos los casos, y sobre todo si las manchas son de poca importancia, se puede emplear una mixtura compuesta de 50 gramos de bórax, 14 de jabón, medio litro de alcohol, 14 gramos de carbonato de magnesio y dos gramos de yema de huevo.

Se aplica esta composición a las partes manchadas, y al momento se lavan con agua caliente y se aclaran con agua fría.

PENSAMIENTOS

El vino y las mujeres, el juego y la mala fe, disminuyen la fortuna y aumentan las necesidades. Es más costoso alimentar un vicio que criar dos hijos. — X. X.

Emplead bien vuestro tiempo si queréis merecer el descanso, y no perdáis una hora, puesto que no estáis seguros de un minuto. — X. X.

Los locos dan festines y los cuerdos son convidados. — X. X.

Las telas de seda, las de oro y plata y los terciopelos apagan el fuego de la cocina. — X. X.

Un poco repetido varias veces hace mucho. — X. X.

El segundo vicio es mentir y el primero empeñarse. La mentira va montada en ancas de la deuda. X. X.

El orgullo que come vanidad cena desprecio. Si el orgullo desayuna con la abundancia, come con la pobreza y cena con la vergüenza. — FRANKLIN.

La senda que conduce a la riqueza es llana y fácil como la que lleva al mercado. Para seguirla se necesitan dos cosas: asiduidad y sobriedad; o, en otros términos, no desperdiciar nunca el tiempo y el dinero, y hacer de ambos el mejor uso posible. — X. X.

El orgullo se desayuna con la abundancia, come con la pobreza y cena con la infamia. — FRANKLIN

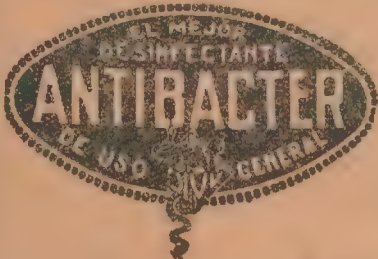
El que vive de esperanza, muere de sentimiento. — X. X.

El que tiene un oficio, tiene un campo; el que tiene una profesión útil y honrosa, tiene un empleo. — FRANKLIN

Debe obrarse siempre en virtud de una máxima de tal naturaleza, que pueda ser erigida en ley universal. — X. X.

La paz perpetua es el ideal hacia el que deben encaminarse los Estados. — KANT.

Las leyes humanas han podido encadenar el cuerpo, pero el pensamiento... ¡Ah, Dios lo ha puesto cerca de sí para que los tiranos no puedan atentar contra él! — BALZAC.



RECURSO HEROICO

Por José M. Matheu

No ha mucho que vivían en Villacoma dos hermanas gemelas, tan parecidas como dos gotas de agua; tanto, que hasta sus propios parientes llegaron en más de una ocasión a confundirlas. Las dos eran rubias, con los ojos azules, de idéntico talle y estatura. En el trato familiar y social se las estimaba como buenísimas y encantadoras. Mas no ignoraba su madre, doña Matilde, que el carácter fuerte y agresivo de Dionisia no se asemejaba al de su hermana Felisa, condescendiente y bondadosa. Había otro pariente, don Dámaso Retama, que conocía tan perfectamente como la madre el carácter de Dionisia. Veamos el motivo.

Vivía esta familia modestamente. Fallecido el padre tres años antes, hubo de dejarles algunas fincas rústicas, dadas en arriendo. Finado el contrato de una de éstas, vino don Dámaso de Collarada, donde moraba, a casa de su prima Matilde, con la pretensión de que el arriendo se concediese a un tal Saturio. Ya había hablado a Dionisia una antigua criada de la casa, en favor de otro arrendatario. En el primer momento, doña Matilde y Felisa, que recibieron a su pariente, consintieron desde luego. Pero, enterada poco después Dionisia, se opuso resueltamente al parecer de su madre. El tío Dámaso no tenía por qué meterse en los negocios de su casa.

—Mujer — observó doña Matilde, — le hemos dado ya palabra de aceptar su oferta...

—Pues yo se la quitaré — replicó muy entera.

Cuando tornó don Dámaso para despedirse y saber las condiciones del contrato, hubo entre éste y su sobrina, una violenta y furibunda escena. Era también hombre de férrea voluntad y, bien a su pesar, tuvo que rendirse ante la fiera, la irascible terquedad de la muchacha.

Volviendo luego a Collarada, y al referirle a su mujer lo ocurrido, añadió por vía de remate:

—Esa chiquita es una hiena. Si vieras como se puso...

Cuidadosamente procuraba doña Matilde, que estas biliosas expansiones de su hija no trascendiesen a sus parientes y amigos, y menos a su novio. Hijo era éste, de una familia rica de Villacoma. A veces, como mal fisnomista, confundía a Dionisia con su hermana Felisa. Sin duda le atraía la dulce y agradable voz de esta última. Ello es que la madre, siempre cauta, reparando en esta propensión del novio, tomaba sus precauciones. En cuanto se oía la voz de éste, Pablo Bermúdez Bovo, que así se llamaba, la dulce Felisa desaparecía de la escena. Si Pablo preguntaba por ella excusábala su madre.

Transcurridos unos cuantos meses de noviazgo, se arreglaron los papeles y se señaló día. Se invitó a los parientes, y entre éstos a don Dámaso.

Tiempo atrás tuvo Pablo sus pujos de experto cazador, muy estimado como tal por don Dámaso, una de las mejores escopetas de la comarca. En muchas ocasiones salieron reunidos al monte con otros compañeros. Faltaban tres o cuatro días para la ceremonia, cuando don Dámaso se presentó en Villacoma. En el mismo día se halló en la calle con el amigo Pablo.

Se saludaron afectuosamente. —¿Quién nos dijera, amigo Dámaso!... ¡Vamos a emparentar!

bofetada fué la Dionisia. Tú me dirás la verdad.

—¡Pero si yo no lo vi!...

—Nada, nada. Tú la conoces mejor que yo... Es muy capaz de abofetear a su hermana, ¿no es eso?

—¡Caracoles, Pablo, que me pones en un brete!

—Y esto es más serio de lo que parece. Ahora mismo voy a hablar con la madre y a suspender la fecha...

—¡No, Pablo, por favor!... Oye

— y esto diciéndole le detuvo por el brazo. — Me colgarían a mí el mochuelo de todo ese zipizape. Hay tiempo... Busquemos otro motivo más racional, más...

—Bueno, bueno. Yo discurriré.

breve conferencia. Al día siguiente, Pablo continuó en cama, visitado por el médico durante dos o tres semanas. A su parecer, la sangre tendía a cristalizarse, enfermedad muy rara y peligrosa, por lo cual convenía que el enfermo fuera a cierto balneario, para tomar unas aguas especiales. Y, en efecto, Pablo, algo más bajo de color, se despidió tristemente de su novia y de su familia.

Pasó el tiempo. Transcurrió año y medio. Lo de la boda fué cayendo en el olvido. Por un asunto comercial, al comenzar el invierno, tuvo Pablo que ir a Collarada, y allí se avistó con don Dámaso. Después de habiar largamente de sus negocios, recordaron la peripecia de la boda.

—Fué un recurso heroico — afirmó don Dámaso.

—¡Y tan heroico! ¿Tú sabes el hambre que yo pasé en los primeros ocho días con la maldecida dieta? Pero eso de casarse con una hiena, como tú decías... ¡Demonio, eso, no! Pablo Bermúdez Bovo, no se verá en ese caso, aunque lo sienta...

—¡Bah, la familia de los bobos no se acaba! ¡Alguno hallará que cargue con ella!

A PACHA MAMA.

¡Oh, tierra gigante!
yo iré a tu seno
sumiso y amante
sin temor y lleno
de fervor constante.

Seré recibido
con filial ternura;
y a tu entraña pido
la tibia dulzura
de amoroso nido.

Tu gélido abrazo
me atrae; me gusta
tu blando regazo

que al alma no asusta
ni causa rechazo.

Tu seno me espera,
¡oh, tierra soñada!
y en voz plañidera
a ti va cantada
mi loa postrera.

Y tu abrazo frío,
al irme a tu seno,
será como un río
de amor todo lleno:
¡de amor tuyo y mío!

Maria Josefina de Lahitte.

Como se jura en distintos paises

Para prestar juramento ante un tribunal inglés, el testigo besa la Biblia.

En Francia pende un crucifijo a espaldas del juez y se jura dirigiendo la mano derecha hacia la cruz.

Los noruegos alzan, para jurar, tres dedos de la mano derecha, que representan la Trinidad, y repiten una larga fórmula, que termina expresando el testigo su deseo de ser castigado con el fuego eterno y ver destruidas sus propiedades en la tierra si jurara en falso. Los mahometanos juran por el Corán y se inclinan ceremoniosamente hasta tocar con la frente el libro sagrado.

Mientras los chinos juran decir la verdad, un funcionario judicial decapita un gallo, rompe un plato o apaga la luz. Estas tres ceremonias son símbolo del porvenir que aguarda al que jura en falso. En

y en Nueva York, donde abundan los chinos, los tribunales respetan su modo de jurar, y como ceremonia se rompe un plato o se apaga una vela, pero nunca se decapita un gallo, por ser ésta una práctica que repugna a los amigos de los animales.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879

Buenos Aires

De 9 a 12 y de 14 a 18

V. T. (28, B. Orden

Sábados: de 9 a 12

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el exterior
Trimestre. . . \$ 2.50	Trimestre. . . \$ 3.00	Trimestre \$ oro 2.00
Semestre. . . 5.00	Semestre. . . 6.00	Semestre. . . 4.00
Año. . . 9.00	Año. . . 11.00	Año. . . 8.00
N.º suelto. 20 cts.	N.º suelto. 25 cts.	
N.º atrasado. 40 "	N.º atrasado. 50 "	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cubridores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Encuadernación de ejemplares

	En cuero	En tela
Encuadernación en formato grande.	cada tomo \$ 12.—	2.70
" " " chico.	" " 8.—	3.—
Tapas sueltas " " grande.	" " 2.—	2.—
" " " chico.	" " 6.—	1.50

Exposiciones de Arte

Ya no es posible dudar de la importancia que asume día a día Buenos Aires, como centro artístico en lo que respecta a la organización de exposiciones. En lo que va de este año se han efectuado numerosas, y algunas de ellas de gran importancia. Aunque es lástima grande que el público no parece interesarse como corresponde por los esfuerzos de la mayoría de los artistas.

A la Asociación Amigos del Arte corresponde el habernos ofrecido, hasta ahora, las muestras de arte más interesantes de la presente temporada, iniciada en su nuevo local, con la exhibición de telas de pintores belgas, que constituyó un verdadero éxito. Hacía tiempo que no admirábamos un conjunto tan selecto de obras de un valor pictórico destacado.

En esa exposición encontramos, seriedad, técnica, y eso tan difícil de definir que constituye el arte.

STEPHAN ERZIA

El artista Stephan Erzia ha presentado un conjunto notable de esculturas que representan la labor en diferentes épocas de su carrera artística, hechas algunas, con maderas argentinas y del Cáucaso y otras con mármoles de los montes Urales.

Aunque para nosotros su obra sea nueva, en Europa no es desconocida, puesto que, desde que terminó sus estudios en la Academia de Bellas Artes, de Moscú, en el año 1905, ha trabajado intensamente, trasladándose a Italia, donde expuso en Milán, en el año 1909. Año tras año las principales ciudades de Europa han admirado sus obras. En París, Roma, Munich, Niza, Moscú, Venecia, etc., se encuentran diseminadas sus esculturas, habiendo obtenido, en la mayor parte de las exposiciones, un éxito rotundo.

Aquí, entre nosotros, la exposición que ha realizado en la Asociación Amigos del Arte, ha llamado poderosamente la atención de entendidos y profanos.

Tiene Stephan Erzia un claro concepto de su arte, que es probablemente para los espíritus superficiales, poco accesible, ya sea por sus sutilezas espirituales o bien por el estilo tan personal que lo caracteriza. Es dueño de recursos que sabe emplear muy acertadamente, con conocimientos indudables del volumen, y de los valores plásticos.

Como ya hemos dicho, sus esculturas llaman poderosamente la atención, encontrando en ellas, calidades verdaderamente selectas y altas manifestaciones del talento del artista, el que ha sabido interpretar, ya sea en el mármol, en la madera o en el bronce, brillantemente lo que se ha propuesto.

En su obra hay inquietud espiritual y una preocupación constante de arte y originalidad que atraen poderosamente.

En conjunto ha presentado unas 28 obras, ejecutadas en mármol, madera, cemento, yeso y bronce. En todas ellas demuestra condiciones acabadas de artista. Demuestra labor y seriedad, lo cual es de hacerse notar en esta época en que abundan las obras triviales e inacabadas.

Es un escultor que confía en sí mismo, en su sensibilidad y en su inteligencia.

Tienen algunas de sus esculturas, una apariencia huraña que ocultan

la manifiesta emoción que ha sabido imprimirles el autor.

JULIAN IBÁÑEZ DE ALDECOA

Un conjunto interesante de escenas y tipos del país vasco, ha presentado en la sala II de la Galería Witcomb, el pintor Julián Ibáñez de Aldecoa.

Entre dibujos al carbón y óleos, son en total 37 las obras expuestas, los cuales, casi todos, interesan por igual.

Hay en este artista, sensibilidad y una técnica precisa, que quizás, a veces, se hace demasiado objetiva.

Se nota en sus telas el cariño con que trata las cosas y los tipos del terruño, estudiadas todas con un conocimiento extraordinario del ambiente y escudriñando las escenas que representa en su menor

No podemos decir que sea un conjunto extraordinario, aunque se contempla con gusto y hay notas interesantes de color, como la titulada "Cosas que evocan".

Luis I. Aquino es un artista que se parece en la mayoría de sus cuadros, bastante a sí mismo, tendencia que en exposiciones posteriores lo va a perjudicar indudablemente.

Sin embargo, no debemos discutir si hace bien o mal en cultivar siempre los mismos o parecidos temas, a riesgo de repetirse indefinidamente, porque ello queda librado a su gusto y a su sensibilidad.

En esta exhibición, Aquino demuestra, una vez más, las nobles condiciones que le reconocimos en su primera exposición del salón Witcomb. Hay tonos luminosos en sus cuadros, aunque a veces resul-

EN PROCURA DE QUIETUD

(A mi distinguido amigo D. Tomás Bravo).

Del infortunio al imperio,
Por fin, en el Cementerio,
Se ha substraído y reposa...
¡La vida es un cautiverio
Que sólo acaba en la fosa!

Si dormir es olvidar,
El cansado de lucha,
La existencia abominó
Y en el suicidio buscó
El sueño sin despertar.

Pues, quien fué tan desdichado,
Al suplicio se ha zafado
Emigrando al mundo ignoto,
Creo estar ante un penado
Que sus grilletes ha roto.

R. de ITURRIAGA Y LOPEZ,

modalidad, ha logrado, Ibáñez de Aldecoa, fijar en sus cuadros, el alma y el carácter del país vasco. En todos ellos se ve la plenitud de la energía trabajadora.

Quizás, algunas de sus telas, hayan sido tratadas más con una visión de pintor meramente técnico, que de artista sensible, y debido a esto, no llegan a impresionar. Pero, en general es un fino espíritu de artista y tiene una técnica agradable y simpática.

Algunos de sus cuadros más interesantes son: "Lanchas boniteras", "Pescador con remo", "Hilanderas vascas", "Aldeano vasco con la pipa", "Puerto de Ondarroa", etc.

Esta exposición es una nueva afirmación de sus condiciones de pintor, que conoce perfectamente los medios de expresión de que se vale.

LUIS I. AQUINO

Una muestra de sus últimos cuadros nos presenta el pintor Luis I. Aquino, en la sala III de la Asociación Amigos del Arte.

ten un poco agrios. Tiene opulencia en el color y un empaste vigoroso. Pero estando seguro de los medios de expresión que usa, no ha evolucionado.

Hay trabajos dignos de atención, como el titulado "En la senda", (que ya conocíamos de su anterior exposición), que es un acierto de colorido y de expresión. Hay en él fuerza emotiva.

En el denominado "Sol y yugo" notamos igualmente vigor y pinceladas exactas, de un rico cromatismo. Este es uno de los cuadros que junto con el anterior sobresalen del conjunto.

La presente muestra sin llegar a entusiasmar, no debemos dejar de reconocer que es agradable.

MUTUALIDAD ESTUDIANTES DE BELLAS ARTES

Se encuentra abierto al público, en la Asociación Amigos del Arte, el Salón especial de la Mutualidad Estudiantes de Bellas Artes.

Esta sociedad, de ordinario lleva una vida silenciosa, demostrando

así que lo que busca no es la ostentación estéril, sino el provecho eficiente.

Ha llegado de esta manera, a realizar un bello empeño de unión, de confraternidad entre la juventud que dirige sus esfuerzos a las tareas artísticas. Sus proyecciones son de una verdadera institución social, ejerciendo una acción positiva entre los futuros artistas, generalmente reacios a aunar esfuerzos, al verdadero espíritu de mutualidad.

En esta exposición, que la forman más de 90 obras, entre óleos, acuarelas, aguafuertes, puntas secas, pasteles, dibujos y esculturas, hay un hálito de juventud, que demuestra disposiciones para el arte, aunque no hay notas verdaderamente originales, ni cuadros que demuestren personalidad, aunque sea incipiente. Los más se dejan llevar por las tendencias en boga o por imitaciones de los artistas que más agradan.

Como muestra de estudiantes de Bellas Artes, no hay duda que es interesante.

La muestra es bastante homogénea y podemos decir, sin temor a equivocarnos, que es un "Salón" discreto y serio.

EXPOSICION ANTONIO CICHITTI

Organizada por la "Agrupación Artística Intip Raymi", de reciente formación, y que componen artistas e intelectuales jóvenes, se inauguró recientemente, en el Salón Muller, la exposición homenaje del malogrado joven pintor Antonio Cichitti, vastamente conocido en los círculos artísticos, donde era considerado por su obra original, de la cual se ocupó la crítica elogiosamente, en diversas oportunidades.

Conjuntamente con sus obras, se exponen cuadros pertenecientes a los artistas que integran la mencionada agrupación.

Marcelo de CASTRO ESTEVES.

El decorativo gallo japonés

El gallo japonés es producto de una selección artificial continuada, de un cuidado que no decae hasta que el seleccionador consigue los resultados que se propone.

En la provincia de Tara, donde es costumbre ancestral lucir plumas iridiscentes en las procesiones anuales, el lograr esos plumeros hace que se someta a los gallos a cuidados determinados para impedir que la cola se les estropee. Al efecto se encierra a aquellos en una pequeña jaula, tan estrecha que el animal no puede dar vueltas en ella. La cola se le deja caer cuidadosamente fuera de la jaula. Las rectrices se les arrancan anualmente y se dejan crecer tan solo, las otras plumas que rodean la cola, las cuales adquieren una longitud fenomenal.

Existen otros ejemplares que son producto, también, de cuidados especiales para obtener de ellos, variedades en consonancia con el fin a que se les destina.

Entretenimientos

CIENCIA RECREATIVA, JEROGLÍFICOS, CHARADAS, etc. PARA DIS-
TRACCIÓN DE CHICOS Y GRANDES

UN SIFON CURIOSISIMO

Es posible vaciar una copa llena de agua o de vino por medio de una botella que esté también llena de igual líquido? El problema parece muy difícil, pero su solución es en extremo sencilla. Se atraviesa el corcho o tapón de la botella por medio de dos orificios, en los cuales se meten a frote suave, dos resistentes tubos de paja, uno de ellos que tenga por longitud la profundidad de la copa, y el otro una longitud doble. Ciérrase el orificio del tubo pequeño con una bolita de miga de pan o de cera, y métase el otro en la botella hasta que el agua salga por su extremidad. Para vaciar la copa, basta invertir la botella en la disposición que indica el dibujo, de manera que la pa-



ja pequeña penetre hasta el fondo del vaso. Estando metida, se corta esta paja con unas tijeras, cerca de su extremidad cerrada, y en seguida se verá como el agua de la botella empieza a caer por la paja mayor, hasta que el vaso quede completamente vacío y sin que el líquido de la botella haya sufrido la menor merma.

He aquí la explicación del fenómeno: las dos pajas forman como las dos ramas de un sifón que no tiene necesidad de llenarse de líquido, puesto que las dos ramas lo están; y a medida que cierta cantidad de agua sale por la paja mayor, tiende a formar en la botella cierto vacío; este vacío se llena inmediatamente por una porción de líquido igual al que entra en la botella por la paja pequeña bajo la influencia que la presión atmosférica ejerce sobre el nivel del líquido contenido en el vaso.

N.º 33. — Comprimido

FA FE FI FU

e i o u

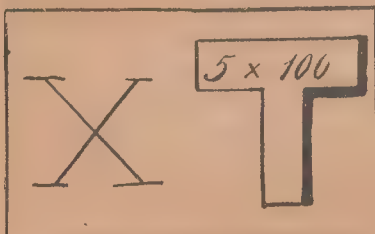
N.º 34. — Acertijo

Si el enamorado
Es galán entendido,
Aquí tiene mi nombre
y el color del vestido.

N.º 35. — Nombre

GO
VLON
Orbe

N.º 36. — Jeroglífico (Por J. Fernández)



N.º 37. — Charada

Cuando *Todo*, falleció
ir al entierro pensó
la esposa de don Andrés
y éste dijo: *una, dos, tres*,
porque te lo digo yo.

N.º 38. — ¡Se terminó!

YO o TU

N.º 39. — Obra de caridad



VLON
1000
HABLO

N.º 40. — Comprimido (Por J. Fernández)

miércoles de

S
O
N
I
D
O

N.º 41. — Acertijo

De padres cantores vengo
Aunque yo no soy cantor;
Traigo los hábitos blancos
Y amarillo el corazón.

N.º 42. — Jeroglífico



ESPIGUITA E PASTO

¿Ti acordás, de gurises, di aquel juego e' nosotros?
Vós justabas espigas di un pastito del campo,
y después, di una en una, me la dibas poniendo,
con las flechas p'abajo, por la manga del saco.

Le pasabas la mano, a favor, dispasito,
y subía la espiga por lo largo del brazo.
Me pinchaba las carnes más blanditas di arriba...
Y después, pá sacarla, me sacabas el saco.

¡Por el campo e' la vida galopiaron los días!...
¡S'enyenó d'esperansas la manguera del alma,
qu'el amor de nosotros, com'un gáucho baquiano,
en la estansia e' los sueños di una en una pialaba!

¡Y jué braso mi alma! ¡Y vós juistes com'una
espiquita de pasto colocada en la manga!
El amor, dispasito, jué pasando la mano...
Te dentrastes, ansina, ¡hasta el fondo de mi alma!

Y te juistes... ¡Te juistes! Por mis pobres taperas
han crusáo, tranco y tranco, los sotretas del Tiempo...
¡Y entuavía te siento, como espiga de pasto,
con las chusas clavadas, que me pinchan adentro!...

Guillermo CUADRI.

SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

N.º 22 — Profundidad.

N.º 23 — Religioso.

N.º 24 — Dimas.

N.º 25 — Nicasio.

N.º 26 — Antepasados.

N.º 27 — Una peseta salta la
doble.

N.º 28 — Aspid.

N.º 29 — Sobrecama.

N.º 30 — Síntesis.

N.º 31 — Avilés.

N.º 32 — Consola.

PAPEL Y TINTA

"Oros de Otoño", por Carlos María Podestá.

Este libro, dado a la publicidad por el señor Podestá, tiene un gran valor, y es la sinceridad con que está escrito, y cuando una obra ha nacido de su autor, tan espontáneamente, desde lo más recóndito de su ser, acusa ya un mérito que hace pasar por alto cualquier lunar que pudiera empalidecerla.

Los temas que toca el Sr. Podestá, son originales, y la armonía no aminora la urdimbre de sus estrofas, aunque algunas de aquellas mantienen pequeñas durezas, dada la construcción precipitada. Sin embargo, este librito deja en el alma una melancolía, porque su autor lo ha tejido así, con lágrimas y penas.

El Sr. Podestá no es un panteísta, sólo le bastan los paisajes a su corazón, para reflejarlos en los marcos de oro de sus poemas, donde el triunfo moderno no ha dejado su huella.

Entre los poemas dignos de citarse por su inspiración y frescura, figuran a nuestro juicio "Otoño", "La paz de la hora" y "Lluvia", es donde están más perfilados los instintivos del espíritu del autor.

"El sonido y el color y otros ensayos musicales", por Julio Lottermoser.

En un volumen de cerca de doscientas páginas, convenientemente ilustrado por el señor Carlos Viale, y ostentando el título que precede a estas líneas, el señor Carlos Lottermoser ha recopilado una serie de artículos aparecidos en diversas publicaciones periódicas, todos ellos referentes a materia musical.

En el libro que nos ocupa, aparece, en primer término, una interesante biografía de Federico Chopin, donde se relata, con evidente acierto, la vida pasional y triste del genial compositor, cuya existencia transcurrió entre la miel de la gloria y el acibar del desengaño. A esta semblanza, en la cual se destaca vigorosamente la personalidad moral del gran músico, siguen varios atinados comentarios críticos sobre las principales obras de Chopin.

También contiene el libro, un interesante reportaje a Emeric Stefaniai, donde el maestro expone y demuestra gráficamente su curiosa teoría sobre la relación que existe entre el sonido y el color.

Otros trabajos sobre Adelina Patti, Jeanne Dumas, Sergei Rachmaninoff, Claudio Debussy, Bortkiewicz, Schumann, Eduardo Mac Dowel, etcétera, igualmente llenos de interés, completan el libro de referencia, donde su autor revela un

acertado juicio crítico y un sólido dominio de la materia que trata.

Es, pues, una obra, no exenta de amenidad, que ha de ser leída con verdadero agrado, principalmente por los cultores del bello arte, quienes hallarán en sus páginas muy atinadas observaciones y preceptos para el perfeccionamiento de la educación artística.

Guía Panamericana April.

Correspondiente al año 1928 aparecerá en el mes de marzo próximo, ampliada con toda clase de noticias acerca de las Repúblicas Sudamericanas y de Centro América, esta importante Guía, que es, sin disputa, la publicación más importante en su género. La Guía Panamericana April llena el rol comercial e industrial de todo el Continente, llevando en sus páginas, además de interesante lectura, todos los datos que son continuamente requeridos por los hombres de negocios. Para el turista será su compañero inseparable de viaje, pues contiene todos itinerarios de vapores, trenes, líneas de aeroplanos y todo medio actual de locomoción que hay en Sud América. Además, todos los datos que sean de su interés, incluso las tarifas que corresponden. Como interesante innovación esta Guía contendrá la tarifa de precios que cobran por sus avisos los principales diarios de habla española, se conseguirá en esta forma, facilitar a los comerciantes para anunciar sus productos en los países que estimen conveniente.

El principal apoyo que ha tenido esta Guía, ha sido de parte de los más importantes Hoteles de Sud América. Compenetrados los Editores de la importancia que tiene esta guía como consultor práctico para el turista ha dedicado especial atención para organizar el rol de los Hoteles Combinados de la América del Sur, motivo por el cual publicarán gustosos todos los datos pertinentes a esta sección.

Especial atención prestarán, igualmente, los Editores, a todo lo que sea exponente del Comercio y riqueza de la República Argentina, podemos adelantar, desde luego, que serán divididas por Provincias las riquezas generales de nuestro país, haciendo un cuadro descriptivo de todo el desarrollo, desde el Norte hasta el Sur. En la parte correspondiente a cada Provincia irán claramente impreso el plano de la misma, haciéndose una demostración gráfica de los ferrocarriles actuales. Además se publicarán todas las leyes vigentes y las últimas reformas administrativas.

El comercio en general, ha recibido con aplausos generales, esta importante obra llamada a un seguro porvenir.

Como decíamos arriba, La Guía Panamericana April aparecerá en el primer trimestre del año 1928.

AVISOS ESPECIALES

MEDICOS

Dr. Amadeo Natale

Jefe del Servicio del Hospital Pirovano

Enfermedades de los ojos
Consultas de 14 a 18

SARMIENTO 135 U. T. 7382, Avenida

Dr. Juan E. Carulla

Médico del Hospital Alvear

Atiende especialmente enfermedades internas

MEJICO 1360

Horas de consultas: de 2 a 4 p. m.
Unión Telefónica: Libertad, 0819

Dr. Victor Moraschi

OCULISTA

Jefe de clínica del Hospital Oftalmológico "Santa Lucía"

DE 2 A 4 1/2

BERNARDO DE IRIGOYEN 257

U. T. 4723, Rivadavia

Dr. Alberto T. Barragan

Dentista Cirujano

De 14 a 18 SAENZ PEÑA 218

U. T. 38, Mayo 6837

Dr. A. R. Zambrini

Prof. Suplente de la F. de Medicina
Jefe del Servicio de nariz, garganta y oídos del Hosp. San Roque

VIAMORTE 728

De 2 a 4

Menos los Miércoles

Dr. Jorge I. del Piano

Médico del servicio de garganta, nariz y oídos del Hosp. San Roque
Asistente a la clínica del profesor Sebléau (París)

Consultas: de 2 a 4 p. m.

LIBERTAD 1375

U. T. 8857, Juncal

Buenos Aires

Dr. Alejandro Pinto

Del Hospital Rawson

Matriz, ovarios y cirugía de señoras

Suipacha 27 U. T. Riv. 0500

Días de consulta: lunes, miércoles y viernes, de 15 a 17 horas

Dr. ELOY A. ESCOBAR BAYO

Médico oficial del Círculo de la Prensa y Director del Servicio Médico del Jockey Club

RIVERA 1278

Consultas: de 3 a 5 p. m.

U. T. Chacrita 2612

Notas cinematográficas

"LA DAMA DE ARMIÑO", PROXIMA SUPERESPECIAL DE METRO-GOLDWYN-MAYER.

En este fil de First National Pictures, distribuido por Metro-Goldwyn-Mayer, destacan, ante todo, por su actuación intachable, dos intérpretes: la bellísima Corinne Griffith, estrella de primera magnitud, en el papel de condesa Mariana de Murillo, y Einar Hanson en el de su esposo, el conde Adrián. La trama de este drama de amor y de guerra, brinda a Corinne Griffith, oportunidades acaso únicas para lucir, no solamente sus grandes condiciones dramáticas, sino también para triunfar con su soberana belleza, realizada por la piel de armiño que presta a su esbelto cuerpo, el encanto de una aparición sobrenatural.

Einar Hanson, el juvenil actor sueco, ha encontrado en Hollywood, terreno propicio para desarrollar sus prominentes cualidades escénicas, y ha ido afirmando y mejorando su posición en una forma realmente notable, que encierra las mejores promesas para el porvenir. Después de haber llegado a América, hace apenas medio año, su cooperación en las grandes producciones se ha hecho ya imprescindible.

"La Dama de Armiño" se exhibe en los cines Grand Splendid, Palace, Callao y Petit Splendid.

LOS PERSONAJES DE "LA BOHEME".

Charles Hackett, tenor de la Ópera Metropolitana de Nueva York, que ha cantado infinitas veces el

papel de Rodolfo en la ópera de Puccini, ha tenido varias entrevistas con John Gilbert en los estudios de Metro-Goldwyn-Mayer, en Culver City, dando al gran actor de la pantalla algunas indicaciones muy útiles sobre la representación del papel de héroe en "La Bohème".

Entre los personajes que desfilan en "La Bohème" figuran la célebre pintora de caballos, Rosa Bonheur, el gran novelista Guy de Maupassant, el poeta Charles Baudelaire, y la gran actriz trágica Sarah Bernhardt. Forman parte de un grupo de parroquianos de un café en que se encuentra También Rodolfo y Mimí con otros jóvenes artistas.

"EN AVION ENTRE LOS SALVAJES", UN DOCUMENTO GRAFICO.

Uno de los films que más interés produce, por su exotismo, es el presentado por la Cinematográfica, Juan Prebst, titulado "En avión entre los salvajes".

Es la gráfica narración de un heroico viaje en avión desde el centro de Europa a lo más intrincado del Africa salvaje.

La Cinematográfica Juan Prebst advierte que este film documental es muy diverso a otro que se anuncia llamado "La Cruzada Negra", pues éste tiene por base una expedición en auto y aquél se realiza en aeroplano.

"En avión entre los salvajes" tiene la grandiosidad de presentar ante el espectador, el sur de Europa, el Egipto y los misterios del Africa salvaje a vista de pájaro.

EL PAYO ROQUE

Se había anunciado que la nueva comedia de Alberto Novión que ensayaba la compañía de Parravicini, era una evocación o poco menos, del popular personaje porteño, de originales perfiles y pintorescos episodios de vida. Empero, no fué así. El protagonista de esta pieza está distante de semejar al verdadero "payo", salvo la caracterización de Parravicini, que "lo vistió" físicamente en forma impecable.

La fábula ideada por el autor, para desenvolver los tres actos de esta comedia se refiere a los sucesos derivados del hecho de improvisarle profesor alemán al protagonista, con objeto de favorecer los planes de un amigo que, para contraer enlace con una rica heredera, necesita saber el idioma de Heine. Se suscitan numerosas incidencias festivas a través de los actos, en los cuales el tipo que encarna Parra, ha menester de desplegar su habilidad e ingenio para triunfar sobre los diversos llos en que se ve enredado.

Con lo dicho, el lector verá que nada hay en el argumento, de lo que atañe a la vida del Benjamín Roqué. Sin embargo no puede negarse que entretiene la pieza de Novión y que así le resultó al público, que pasó tres horas amables, asistiendo al estreno y aplaudió al final, sobre todo a Parravicini, quien con su fecunda vis cómica proporcionó una velada amena.

BUEN DEBUT DE LA FERRANDIZ

Con la nueva producción de Defilippis Novoa, "María la tonta", se presentó en el Marconi el conjunto nacional que dirige dicho autor y del que es primera figura, la actriz Gloria Ferrandiz. La compañía, apresurémonos a decirlo, es discretísima. No hay en ella grandes artistas, pero sí muchos buenos artistas y, entre ellos, la Ferrandiz, temperamento dúcil, comprensivo, de seguro porvenir.

En "María la tonta", su autor sigue la orientación de "El alma del hombre honrado", esto es, de renovación de formas teatrales. En su último trabajo escénico, Defilippis ha hecho obra grande y bella en su simbolismo, cuyo comentario escapa a la gaceta y merece un juicio meditado. No es pieza para el público, que salió del Marconi en su mayoría desconcertado, ignorando la calidad del plato que se le ofrecía. En pocas palabras, puede decirse que "María la tonta" aspira a demostrar que en la vida actual la generosa figura de la madre de Jesús se ha trocado en un ser egoísta, al visitar nuevamente el mundo.

La interpretación fué muy correcta, destacándose la señora Ferrandiz.

LOS ESTRENOS DEL COMEDIA

En la función de honor y beneficio del actor Carlos Morales, la compañía puso en escena "Pelusa", comedia en tres cuadros de Oscar R. Beltrán y "La chica del perfume", adaptación de Viérgol de una pieza del autor inglés Worral. En la primera su autor, con un asunto muy conocido, ha presentado a su modo, esto es, con su visión personal, un conflicto parecido al de otras obras.

En "Pelusa" una mujer de dudosa virtud, prueba, una vez más, que lo más femenino en las de su sexo es el sentimiento del sacrificio cuando ama. El asunto está tratado con la dexteridad que ya ha conquistado el autor en la construc-

TEATROS

ción de obras teatrales y que le han valido numerosos éxitos. Es simpática la nueva producción de Beltrán porque campea a través de sus cuadros un dejo de dulce romanticismo, sin llegar a la sensiblería y los diálogos son agradables y escritos con lenguaje culto y armonioso.

En cuanto a "La chica del perfume", es una obrita amena, cuyo interés repusa sobre una mujer harto desenvuelta, que llega en su audacia a meterse en casa del vecino, donde encuentra al hombre que ha de casarse con ella. No es una comedia muy graciosa, pero está discretamente desarrollada y se presta el papel de la protagonista para destacar las aptitudes artísticas de Evita Franco, que se desempeñó muy eficazmente, lo mismo que en "Pelusa". El beneficiado Morales fué también aplaudido por el público, aplausos que alcanzaron a José Franco.

EL CARTEL DE MUÑO

Ya no hay duda de que "Juancito de la Ribera", el pintoresco sainete de Vacarezza, es un éxito de los mejores logrados por la compañía del Buenos Aires, que lo viene representando desde su estreno ante salas muy pobladas de público. Es posible que al salir esta edición, comparta el cartel, la nueva pieza de Rafael Cabrera y J. C. Fernández. "La hoja de Parra". Otra novedad que prepara Muñoz es "La vida es una milonga", de Alberto Godel.

ATENEÓ

De Rosas prosigue con éxito su temporada de buen teatro, cuando precisamente, casi todas las salas explotan sainetes o grotescos obritas en un acto, sin gracia ni valores de ninguna especie. "Seis personajes en busca de un autor, la originalísima obra de Pirandello, ha sido reprisada en una excelente versión.

SONASTE BENAVIDEZ, EN EL APOLO

En el género teatral que comprende como especies afines al juguete cómico, el vodevil y la pochade, según su verosimilitud, son necesarios dos elementos que, por igual contribuyen al éxito de estas piezas: el ingenio y la técnica. El ingenio sirve para aprontar un argumento que encierre en sí posibilidades de multiplicidad de situaciones equívocas y pluralidad también de derivaciones disímiles que sirvan para la presentación de acontecimientos insospechados. Por su parte la técnica es indispensable en obras de tal jaez para dominar el movimiento de los personajes, no ya en su línea de acción psicológica que es de menor cuantía para estos casos, sino en lo que concierne a su entrada y salida en la escena y a los enredos, tubterfugios y confusiones que puedan ir haciendo más compleja y difícil la trama, sin que el espectador llegue a perder el interés por la confusión o el extravío en el laberinto de los sucesos.

Claro es que, además quedaría otra suerte de ingenio reservada para el diálogo, pero ésta, por ser común de todas las obras, no merece aquí especial mención.

Octavio Sargenti, en "Sonaste Benavidez", y más aún con algunas

otras pochades de su ya considerable producción, ha puesto de manifiesto que posee en buen grado ambas cualidades de ingenio y técnica, que le han valido justicieros aplausos. Tiene este autor, un agudo sentido del enredo y sabe ir tejiendo la red del vodevil hasta un punto máximo en el que radica el nervio primo, desatado el cual, todo se deshace sencilla y lógicamente, por un proceso análogo y opuesto al que lo formó.

En "Sonaste Benavidez" no hay, ciertamente, un asunto original. Todo estriba, como en tantas obras de igual índole, en las situaciones que originan las calaveradas de un sujeto que tiene la habilidad de hacerlas recaer sobre un inocente. El tema es viejo y lo ha de ser mucho más porque sin duda es terreno de suma fertilidad para trabajar en él con provecho. Todo ello bien construido, dialogado ágil y graciosamente llevado hasta un final satisfactorio para el gusto general, dan a esta obra valores suficientes como para conquistar la simpatía del público y la amable tolerancia de la crítica.

Los Ratti y sus elementos, muy bien.

CON PERDON DE USTED

Nos han colocado un chistecito que no resistimos a la tentación de transmitírselo al benévolo lector, con las excusas correspondientes.

—¿Cuál es el Liceo más elegante?

—Eliseo Gutiérrez.

LA RENOVACION DEL CARTEL DE CASAUX

Se estrenó en el Liceo la pieza en 3 actos del Dr. Gustavo Alvarez Guzmán, titulada "Mi amigo don Hipólito o la futura presidencia". Dice el autor, que se trata de una farsa apenas política, pero nosotros, que conocemos los entretelones de esta rama de la inactividad humana, creemos que por poco que tenga de política, la obra contendrá mucho de farsa.

En el próximo número le dedicaremos a "Mi amigo don Hipólito", así como a Casaux y demás intérpretes, un largo comentario y anticipamos que por las referencias de los ensayos, la obra durará cien noches o cuando menos una representación consecutiva.

LAS ACTIVIDADES DE BLANCA

La compañía del Smart, que sigue picafloreando en todos los repertorios para lograr continuados éxitos preparaba la reposición de "Flor de un día" y "Espinass de una flor", las clásicas piezas en versos que tanto han hecho lagrimear a las sensibles damiselas de viejos tiempos. Después de esa excursión a lo antiguo, la compañía de Blanca Podestá estrenará una pieza nueva para Buenos Aires y que tuvo en Madrid, residencia del autor, un éxito muy lisonjero. Se trata de "El veneno del tango" del escritor argentino Valentín de Pedro.

Oportunamente nos ocuparemos de esta pieza.

EL REALISMO Y LA REALIDAD

No ha prosperado la temporada realista que inició Casamayor en el Nuevo, a pesar de haber sido estrenadas algunas obras buenas. Son misterios de la escena. Para Ca-

samayor, pues, el realismo estaba en el nuevo y la realidad en el Ba-taclán, donde reinició su temporada.

"PINTA BRAVA", EN EL COMICO

Sin salir de las formas que ya son habituales en nuestro género chico, tanto en el asunto como en los personajes, el señor Alejandro E. Berruti ha escrito una pieza con la que ha logrado dignificar una categoría desprestigiada por el abuso, la repetición y la carencia de valores artísticos. El tema del individuo maleante y bravucón, la mujercita sensible y enamorada y el sujeto que se hace bueno al influjo de una noble pasión no correspondida, es familiar a nuestros actores. Pero si lo es el tema, rara vez lo son los procedimientos empleados en "Pinta brava", donde lo tipos están observados y movidos con acierto, el diálogo es siempre apropiado y noble, los caracteres se mantienen en su línea de conducta lógica y humana, el interés de la acción se sostiene sin esfuerzo y no hay ni chabacanería, ni caricatura, ni recursos de mala ley.

En suma, "Pinta brava" es una pieza sin emprender rumbos nuevos y circunscripta al marco de las del teatro de la hora, puede registrarse como una producción meritoria.

El señor Arata y la señorita Delgado asumieron la responsabilidad de los papeles de mayor importancia, logrando destacarlos con todo acierto. Los demás, tan correctos como de costumbre.

AVENIDA

Una sucesión de funciones benéficas se ha realizado en esta sala, por la compañía de opereta española que esta dando sus últimos espectáculos después de una profícua temporada.

Para el 8 de octubre se anuncia la reaparición de la compañía de Lola membrives, la notable actriz argentina que cultivó la comedia española.

HINDU PALACE

La bella sala de la calle Lavalle, que realiza sus funciones con llenos desde que se inauguró, anuncia para estos días el estreno como exclusiva de "El nacimiento de una nación" y "Los novios", dos grandes trabajos del arte silencioso.

GRAND SPLENDID

"La bruja", producción super especial de M. G. M. recientemente estrenada, ha gustado mucho, destacándose entre las mejores películas estrenadas en los últimos tiempos.

Recordamos al lector, que los martes y viernes las funciones son de moda, caracterizándose los espectáculos por la excelencia de las cintas y la selección de la concurrencia que llena esta grandiosa sala, una de las mejores de la capital.

CAPITOL

Terminadas las exhibiciones de "Beau geste", el cartel de este prestigioso cine, que obtuvo notable éxito con aquella película, ofrece ahora otras muy interesantes.

CINE PARC

La bonita sala cinematográfica de Palermo continúa atrayendo a sus funciones numeroso público, que admira las buenas películas que ofrece la empresa, siempre pre-ocupada del crédito del salón.

ULTIMAS CREACIONES DE LA MODA FEMENINA



TRAJES PARA DEPORTES. — 1. Modelo Blanche Lebouvier. Vestido de jersey de lana, color rosa antiguo y tiras de un tono más sostenido, con motivo de follaje de roble bordado en el tono natural. Falda de jersey plisada. — 2. Vestido compuesto de una blusa de crepón de China color azul claro, bordado con arabescos de seda negra. La falda, como también sus guarniciones, son de jersey de seda negra. Cinturón de cuero barnizado con hebilla oro. — 3. Modelo Blanche Lebouvier. Vestido de jersey de lana color beige gris, con trabajos de puntas en los tonos escama y "calders". Borla de seda en el lado izquierdo. Falda con pliegues huecos.



Como el primer día a pesar de los años



GALLETITAS
ADELINA
BAGLEY

Tienen poco azúcar. Es su gran proporción de manteca lo que las hacen tan sabrosas y quebradizas. Con el desayuno y con el te son riquísimas.



MITRE, la deliciosa galletita MITRE que Bagley elabora desde hace unos 30 años, tan buena como las mejores importadas. Después de ella, este moderno establecimiento ha creado más de 52 clases de galletitas distintas, llegando a producir bocados considerados hoy verdaderos, postres por su delicada finura y sabor exquisito.

Pero la Galletita MITRE mantiene invariable su alta calidad y su puesto de preferencia, y a pesar de los años continúa siendo una tradición en los hogares. Tan buena y deliciosa es. Usted la encontrará en todos los almacenes y despensas.

GALLETITAS BAGLEY **MITRE**